PQ 6549
.N7 H5
Copy 1

PQ 6549
.N7 H5
Copy 1

LIBRARY OF CONGRESS.

Chap. PQ6549

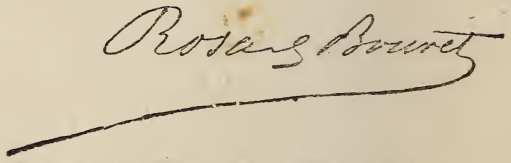
Shelf .N7H5

UNITED STATES OF AMERICA.

UN

HIJO NATURAL

PROPIEDAD DE LOS EDITORES



POISSY. — IMPRENTA DE A. BOURET.

UN

HIJO NATURAL

POR

JULIO NOMBELA

. . . . . .

Malditos sean los libros que no enseñan á amar y á consolar á los que nos aman.

(TRUEBA, *Desde la patria al cielo.*)

SEGUNDA EDICION

LIBRARY OF CONGRESS
1879
CITY OF WASHINGTON

PARIS
LIBRERIA DE ROSA Y BOURET
23, CALLE VISCONTI, 23

1865

GEORGE R. LOCKWOOD
NEW-YORK.

PQ6549
.N7 H5

A. . . . . .

Paris, 19 de Julio de 1861.

DOS PALABRAS

Despues que un escritor tan célebre como Alejandro Dumas hijo, ha presentado en escena su conocido drama *El Hijo natural*, parece una temeridad que otro escritor sin su reputacion, y lo que es mas, sin su privilegiado talento, se atreva á publicar un libro, tratando con un título semejante el mismo asunto que el inspirado dramático francés.

Parece temeridad, y lo es; pero por la misma razon de que en esta especie de lucha no son iguales las armas, y de que siempre las simpatías acompañan al mas débil, yo pobre de mí, no tengo inconveniente en presentar mi humilde obra al lado de su brillante creacion.

Alejandro Dumas ha querido resolver el problema diciendo al hijo : « No necesitas para nada á tu padre, y puesto que él te niega el dulce título de hijo, tú puedes á tu vez negarle el cariñoso título de padre. »

Yo respeto esta opinion del talento, pero no profesándola, he acudido para resolver el problema por mi parte, al único criterio que puede resolver estas cuestiones, al criterio del corazon.

La venganza filial no es un castigo justo y mancha á un hijo haciéndole verdugo de su padre; lo

que no puede querer Dios, lo que no quiere la naturaleza, porque para ella no hay mas que una clase de hijos y una clase de padres.

Yo digo al hijo desheredado : « Sé hijo antes que todo, la sangre de tus venas es la que corre por las de tu padre, el puñal con que puedes herirle se volvería contra tí. » Digo á la sociedad : « No aumentes la desgracia del hijo que no puede pensar en su padre sin ruborizarse, no le envilezcas con tu desden, sírvele de familia, ábrele tus brazos, dale el cariño que le falta. » A la ley : « No le escluyas, no le mates moralmente, porque si quieres vengar á la sociedad ultrajada y castigas al hijo ya que el padre se escapa de tu manos, cometes una injusticia, y ademas el castigo que tú no puedes dar lo inflije siempre la Providencia. »

Por último consuelo á las madres desgraciadas, y me propongo, en vez de hacer heridas, curar las

que han abierto en el corazon humano muchas preocupaciones enemigas del progreso, de la luz, del bienestar.

La mision de la novela moderna, hija de la observacion, espejo de la sociedad, foco de todas las ideas civilizadoras, es presentar lo bueno y lo malo con toda su verdad estética. Los que, por decirlo así, han monopolizado el título de escritores *realistas* para presentar solamente las llagas del corazon humano, corrigen las costumbres como los antiguos maestros de escuela, haciendo sangre; y para las generaciones civilizadas, lo mismo que para los seres desgraciados, una palabra de consuelo, una virtud presentada con su natural sencillez, una leccion cariñosa, vale mas que todos los horrores, que sea dicho de paso, en su mayor parte solo existen en la acalorada imaginacion de algunos novelistas modernos.

Yo así lo creo. De lo contrario, si fuera el corazon humano como le pintan muchos libros en absoluto, no seria justo que el sol nos alumbrara con sus ardientes rayos, que las flores nos ofrecieran sus bellezas, que hallásemos al nacer el regazo de una madre, que la gloria nos diese el galardon de nuestras buenas acciones; y el sol alumbra, las flores embellecen los campos, nuestras madres nos adoran, y la gloria ciñe coronas de laurel á la virtud y al genio.

UN HIJO NATURAL

CAPITULO PRIMERO

El convento de Pau.

En un dia de Otoño del año 1856, caminaban lentamente al caer de la tarde, por una de las vias que conducen á Pau desde Burdeos, una muger y un jóven que tendria veinte años á lo mas.

Los dos iban pobremente vestidos, y en el rostro de la primera se adivinaba toda una historia de sufrimientos.

El jóven la contemplaba con ternura, prestándole su apoyo, porque además de ser su madre era muy desgraciada.

Las gigantescas montañas de los Pirineos pobladas de árboles y blancos caserios, surcadas por arroyos cristalinos que reflejaban las tristes luces del sol poniente, ofrecian á la vista de los dos viageros un cuadro tan espléndido como grandioso.

La infeliz madre se detuvo de pronto.

—Gabriel, hijo mio, exclamó dirigiéndose al jóven, aunque me has visto sufrir tanto, cree en Dios porque existe. Mírale, añadió indicando con el dedo el magnífico cuadro que aparecia en el horizonte.

Gabriel guardó silencio y contuvo la emocion de su alma para no aumentar la tristeza de su madre.

—Cree en él, hijo mio, continuó diciendo la pobre muger, y sé honrado. Un instante de olvido hace eterno el dolor : no escuches nunca la voz de las pasiones, sigue siempre los impulsos de tu corazon, y cuando la mas pura de las felicidades te sonria, acuérdate de mí que anduve ciega por el mundo, y que al abrir los ojos á la luz me halle sugeta en las cadenas del martirio.

La desgraciada madre ocultó con sus manos las lágrimas que nublaban su vista.

—No llores, madre mia, dijo el jóven ¿ no me tie-

nes en el mundo, no sabes que Dios me ha dado un alma capaz de comprender los dolores que sufres y de amarte por ellos aun mas de lo que te amaría si no los conociera?

— Sí Gabriel, sí; tú eres el único consuelo que me ha dejado la Providencia, y seria feliz para que tu lo fueses si no me atormentara el pensamiento de que mi enfermedad va á separarnos para siempre.

— Qué dices...?

— Ah! las fuerzas me abandonan por instantes, el pecho se me parte, y ese presentimiento que dá Dios á las madres para que ántes de morir puedan aliviar la orfandad de sus hijos, me persigue y aumenta mi dolor, porque... que es lo que puedo hacer por tí en el postrer instante de mi vida?

— Bendecirme, madre mia... pero no pienses en eso, ten ánimo... Esta noche llegaremos á Pau; mañana atravesaremos la frontera que nos separa de nuestra patria, tu anciano padre vivirá aun, te perdonará y nos abrirá sus brazos.

— Si así fuera, hijo mio... si yo pudiera al menos volver á ver las queridas montañas que ocultaron los venturosos dias de mi infancia, si al llegar al

hogar de mi familia pudiera arrodillarme ante la losa que guarda las cenizas de mi adorada madre, si en premio de mi resignacion y de mis sufrimientos alcanzase el perdon, ay! entónces no me atormentaria mas que el pesar de dejarte huérfano, pero confiaría en la Providencia.

—No pienses mas que en ella y espera. Ahora, querida madre, continuemos nuestro camino, se hace tarde y aun está lejos la ciudad.

Los dos viageros prosiguieron su marcha, y dos horas despues llegaron á Pau. Lucía, que así se llamaba la madre de Gabriel, estaba extenuada.

Anduvo sin embargo algunos segundos por la espaciosa calle que tomaron al entrar en la ciudad, pero de pronto se detuvo.

—No puedo mas, dijo con apagada voz... no puedo mas, hijo mio.

El jóven la sostuvo en sus brazos y se asustó al notar que se cerraban los ojos de su madre, y que una mancha de sangre aparecia en el pañuelo que al detenerse llevó á sus labios.

En el primer momento su mano trémula, impulsada por el amor filial, tiró del llamador de campa-

nilla que habia en una puerta próxima al sitio en donde se encontraban.

La puerta se abrió y una muger con hábito negro y toca blanca apareció en el dintel.

— Perdonad, hermana, dijo Gabriel, soy extranjero, mi pobre madre se halla enferma, no puede dar un paso mas, no sé á donde llevarla, y si nos socorrierais hariais una obra de caridad.

El grupo que formaban la enferma desmayada, y su hijo sosteniéndola era conmovedor, y la beata no pudo menos de apiadarse de aquellos infelices.

Corrió á dar parte de su llegada á la Superiora, y no tardó en volver con el permiso para hacerles entrar, ofrecerles una habitacion, y prestarles cuantos auxilios necesitasen.

Gabriel, y su madre conducida en sus brazos, entraron en aquella santa y hospitalaria morada.

Era un convento consagrado á la educacion de señoritas, y al pasar madre é hijo guiados por la hermana, á la habitacion en donde debia reposar la enferma, una multitud de jóvenes con hábitos azules y bertas blancas, acudieron excitadas por la curiosidad á ver á los dos huéspedes, á los que el sufri-

miento hacia interesantes para todas las almas puras.

Lucía fué depositada en un cómodo lecho y Gabriel permaneció á su lado estrechando su mano calenturienta.

— ¿Cómo te sientes? le preguntó al verla un poco sosegada.

— Mucho mejor, dijo Lucía, pero este alivio no es mas que una tregua. Mi corazon, hijo mio, está herido de muerte : el único horizonte de mi vida es el perdon.

Gabriel iba á ofrecer nuevos consuelos á su madre, cuando la Superiora presentándose en la puerta de la habitacion, le interrumpió, saludándole con la mayor cordialidad.

Lucía y su hijo le demostraron su gratitud, le refirieron algunos pormenores de su desgracia, y sus palabras conmovieron de tal modo á la Superiora, que al separarse de ellos mandó llamar al médico del convento para que visitase á la enferma.

Deseando ademas dar con aquel ejemplo una leccion moral á sus educandas, las reunió, y exhortándolas á tender una mano á la pobreza, les pidió que

separasen de sus ahorros algunas monedas para socorrer á Gabriel y á su madre.

Todas depositaron en las manos de la Superiora cuanto tenian, y una de ellas le dijo :

— Madrecita, nos habeis indicado que esos dos infelices son españoles, y como son mis compatriotas desearia asistir á la enferma.

— Bien, Rosalía, bien... no seré yo quien contraríe tus nobles sentimientos, repuso la Superiora.

El médico examinó á Lucía y hallándola de gravedad la exhortó á que buscara en la religion los auxilios que con la ciencia no podia prestarle.

Cuando entró Rosalía por la primera vez en la habitacion de la enferma, eran las nueve de la noche.

Gabriel tenia cubierto el rostro con sus manos, y lloraba.

Su madre presa de una fuerte congoja sufria horriblemente.

Rosalía se acercó á ella, y la contempló silenciosa algunos instantes.

— Niña, dijo Lucía al verla, ¿quereis pedir á la Superiora que me envie su confesor?

Rosalía, sin explicarse la emocion de su alma, se apresuró á cumplir las órdenes de la enferma.

Media hora despues se hallaba el capellan del convento á la cabecera del lecho de Lucía.

Gabriel, Rosalía y una beata, permanecieron mientras duró la confesion, en una habitacion contigua.

La colegiala contemplaba á Gabriel, y pedia á Dios que no le arrebatase el amor de su madre.

El confesor salió, y Gabriel que corrió á postrarse al pié del lecho de la enferma, la halló sumamente abatida, sus ojos estaban hundidos, sus facciones lívidas, su respiracion era muy fuerte y muy continua... Ah! la muerte proyectaba su sombra sobre aquel rostro que representaba el infortunio!

Entre tanto el sacerdote entró en la iglesia á buscar el viático, y rodeado de las colegialas que le acompañaban con velas encendidas, se encaminó hácia el cuarto de la enferma.

Rosalía se colocó al lado del ministro de Dios: Gabriel estaba de rodillas junto á su madre.

La escena era solemne, y parecía que el Todopoderoso, seguido de sus ángeles, iba á buscar un alma

estraviada y arrepentida, para perdonarla y llevársela al cielo.

Lucía comulgó, y quedándose un poco sosegada pidió que la dejasen hablar á solas con su hijo.

Gabriel escuchó entónces una completa revelacion de la historia de su desventurada madre, y recibió de sus manos un anillo y dos cartas. Estas dos cartas y el anillo debian darle á conocer á su padre, y al de la autora de sus dias.

Lucía cesó de hablar, su respiracion fué apagándose, y creyendo Gabriel que reposaba, permaneció silencioso para no turbar su tranquilidad, hasta que las luces del alba penetraron á través de los cristales de la ventana que habia en el aposento.

A favor de la claridad fijó sus ojos en los de la infeliz que yacía en el lecho y vió que estaban apagados. Cogió su mano y la halló heleda, besó su frente y notó en ella el mismo frio glacial.

Lucía habia muerto!

— Ah!... exclamó cubriendo de besos y de lágrimas el cadáver de aquella desventurada muger que habia acabado de sufrir; nada me queda ya en el mundo.

— Sí, dijo una jóven que habia velado cerca de él toda la noche; sí, aun le queda á V. algo en el mundo : ha perdido V. una madre pero aun tiene una hermana.

Estas palabras pronunciadas en español, resonaron en el alma de Gabriel, y sus ojos se encontraron con los de Rosalía.

— Querrá V. aceptar este afectuoso título? añadió la jóven.

Poseido de una emocion extraordinaria :

— Sí... murmuró Gabriel con voz conmovida, lloremos juntos por nuestra madre!

Los dos se arrodillaron ante el lecho mortuorio.

. . . . . .

Al dia siguiente fué enterrado el cadáver de Lucía en el cementerio de la ciudad, y Gabriel quedó solo en el mundo...; pero no, su soledad no fué completa... al borde del sepulcro de su madre halló una hermana.

La Providencia es siempre justa.

La Superiora del convento, no quiso que partiera hasta que mitigado su dolor pudiese continuar su camino, y le tuvo á su lado durante algunos dias.

¿Cómo llegó hasta allí y cual era la historia de su madre? nos preguntarán nuestros lectores.

No tardaremos en satisfacer su curiosidad, pero antes es preciso que lean con nosostros las páginas que despues de la muerte de Lucía, escribió Rosalía á su hermana Isabel.

Esta lijera indiscrecion nos dará á conocer los sentimientos que abrigaba la jóven colegiala, la jóven que habia sido para aquella madre y aquel hijo tan desgraciados, la encarnacion del purísimo ángel de la caridad.

CAPITULO II

La plegaria de una madre.

Lucía pidió á Dios que no desamparase á su hijo, y Dios escucha siempre la plegaria de una madre.

Gabriel no estaba solo en el mundo : nuestros lectores juzgarán.

ROSALIA A ISABEL

Pau, 23 de Octubre.

« No puedes figurarte, mi querida Isabel, lo que me ha sucedido desde la última vez que te escribí.

» Tengo en el alma una profunda tristeza y al mismo tiempo soy muy feliz. ¿Cómo esplicarte este

contraste? No lo sé, pero te contaré todo lo que me ha pasado, y me comprenderás mejor.

» Hace muy pocos dias que llegaron al convento un jóven y su madre.

» La infeliz estaba moribunda.

» Nuestra buena Superiora se compadeció de su desgracia, los ofreció un asilo, y yo le supliqué que me dejase asistir á la enferma, porque madre é hijo habian nacido en nuestra patria, ó por lo menos hablaban nuestro idioma.

» Todas mis compañeras se retiraron á las diez de la noche, y sor Paulina y yo nos quedamos velando. ¡Cuanto sufrí, Isabel! Aquella desventurada familia me parecia ser algo de mi alma, y sufria por los dos; por él, porque pensaba en su madre y en la nuestra á quien tanto adoramos; por ella, porque figúrate si la infeliz sentiría dejar á su hijo abandonado, sin apoyo, sin medios de vivir!

» Te aseguro que todo esto es desgarrador, y que al notar por la mañana muy temprano que la enferma habia muerto, y que su hijo presa de un terrible dolor cubria de besos el cadáver, no pude menos de acercarme á él y tendiéndole una mano le

dije que si habia perdido á su madre aun le quedaba en mí una hermana.

» Mis palabras le consolaron y exclamó... — Sí, sí : oremos por nuestra madre!

» Al oirle hablar de este modo me estremecí... ¿Cómo habia tenido valor para ofrecerle mi cariño? Suceden cosas incomprensibles!

» Los dos oramos juntos, y yo si quieres que te diga la verdad, sentí no ser su hermana.

» Huérfano como es ¿á donde volverá sus ojos, á quien confiará sus penas, quien partirá con él sus alegrias? Debe ser muy cruel vivir solo en el mundo!

» Sin querer, y movida por un impulso de mi corazon, busqué los medios de aliviar su desgracia. Ay! Isabel, entónces me fije en una idea que siempre me ha ruborizado.

» Mi familia es muy rica, dije yo; si fuera esposa de este desventurado, podria arrancarle de la miseria.

» Este pensamiento me llenó de felicidad, pero despues he comprendido las dificultades de su realizacion y estoy triste, muy triste... necesito llorar....!

» Desde la noche en que espiró su madre no le he visto hasta ayer.

» Paseaba por el jardin, y al hallarse sus ojos con los mios, se animaron y parecia que me suplicaban... no sé qué.

» Adela estaba conmigo, y como no sabe el español no pudo comprender lo que me dijo. Figúrate que el pobre se despidió anunciándome que por la noche iba á salir de Pau; y al hablarme, asomaban las lágrimas á sus ojos.

» Me preguntó si habia olvidado la promesa de ser su hermana ó si me hallaba arrepentida. Hizo bien en decirme esto último, porque me dió valor para contestarle.

» Despues me preguntó si volveriamos á vernos, á lo que respondí que por mi parte regresaria á Madrid dentro de uno ó dos años, y prometió buscarme. ¿Cumplirá su promesa? Yo no puedo esplicarme lo que tenia, estaba sumamente conmovido, y al decirme adios estrechó mi mano... Sentí una emocion tan dulce... ¿Porqué no viviria siempre á mi lado? Si no vuelvo á verle seré muy desgraciada, pero no le olvidaré nunca!

» Aun estoy asustada del atrevimiento que tuve al ofrecerle mi fraternal cariño... Ah! si yo pudiera hacerle feliz!

» Paseando por el jardin he encontrado una flor que no hacia mucho, habia estado en sus manos, la he reconocido y la he guardado... como memoria.

» Adios, hermana mia, te escribiré todo lo que me pase. Dá muchos besos á mamá, que no descubra mi secreto, y piensa en mí, por que te quiero con toda mi alma. »

. . . . . .

Al anochecer recibió Rosalía un billete en el que Gabriel habia escrito estas palabras.

« Rosalía, perdóneme V. si esta tarde no he tenido bastante ánimo para confiarle mis sentimientos. Los dos hemos llorado por mi madre, y V. me ha dado aliento cuando me veia próximo á desfallecer. Soy muy pobre y muy desgraciado, pero V. me ha hecho comprender que existe una felicidad en el mundo y ansio conquistarla. Si algun dia me presento á los ojos de V. digno de su cariño ¿querrá V. concederme el título de esposo?

» Una esperanza, una sola esperanza, y partiré

con ánimo para luchar y vencer. Dentro de dos años estaré en Madrid, buscaré á V. y la hallaré... ¿Espero? »

Rosalía contestó á Gabriel muy laconicamente.

« Espere V. y no me olvide. »

Antes de partir, pudo Gabriel hablar con ella, le confió los sentimientos que le inspiraba, algunos de los secretos que su madre le habia revelado en los postreros instantes de su vida, las almas de los jóvenes se identificaron, se unieron para siempre, y el huérfano abandonó el convento encaminándose á Baztan.

Permítannos nuestros lectores que le dejemos proseguir su viage, para contar la historia de su desventurada madre.

CAPITULO III

El Valle de Baztan.

Al pié de los Pirineos y en el confin de Navarra se estiende un ancho y pintoresco valle coronado por las altas montañas, y bordado por cristalinos y bullidores arroyuelos.

Algunos caseríos diseminados en la llanura ú ocultos entre los seculares árboles, sirven de morada á los labradores mas ricos de aquella comarca que no quieren habitar en el pueblo que se levanta al lado del valle y toma de él su nombre.

A principios del siglo actual, vivia en uno de los caseríos mas grandes del valle y mas cercanos de las montañas, une familia patriarcal como todas las que han nacido, se han formado y vivido en aquellos retirados parages.

Don Miguel de Zornoza, que asi se llamaba el cabeza de la casa, oriundo de una de las familias mal nobles de Navarra, se habia retirado á su quinta de Baztan para pasar en ella el resto de sus dias al lado de su esposa Catalina y de sus dos hijos Miguel y Pedro que estaban consagrados á las faenas del campo.

Una santa paz reinaba en aquella casa, siempre limpia, siempre abundante y pronta á favorecer á la indigencia.

Aquella sedentaria vida agradaba á los dos esposos, y allí esperaban con la tranquilidad de una conciencia pura la hora de su muerte, honrados por sus hijos, venerados por sus criados, y estimados por sus vecinos y por cuantas personas los conocian.

Francia y España se hallaban en guerra desde el año 1793.

Cataluña, Navarra y las provincias Vascongadas fueron las primeras comarcas que sirvieron de teatro á la lucha, y las huellas de los soldados franceses, y los destrozos ocasionados por las batallas, se encontraban á cada paso al lado de la pacífica quinta de la honrada familia de Zornoza.

Sin embargo don Miguel, desengañado de los hombres, asistia impávido á aquel terrible espectáculo, y solo procuraba libertar á sus hijos de los estragos que producian las pasiones exacerbadas.

A pesar de su impasibilidad, la calumnia le hizo blanco de sus iras, y cuando menos lo esperaba los soldados del general francés d'Armagnac fueron á su retiro á apoderarse de su persona, acusándole de ser el gefe de los insurgentes de Baztan.

Ante la fuerza todo cede, y el anciano tuvo que abandonar su hogar para seguir á los soldados enemigos, dejando á su infeliz esposa en el mayor desconsuelo.

Sus hijos no supieron esta infausta noticia hasta el anochecer, que fué cuando llegaron despues de haber empleado el dia en las faenas del campo.

Miguel habia cumplido ya veinte años : Pedro solo tenia diez y siete.

Los dos eran robustos, varoniles; los dos amaban y respetaban á sus padres, y al saber cual habia sido la suerte del autor de sus dias, acompañaron con sus lágrimas á la desconsolada Catalina.

Miguel quedó en marchar el dia siguiente á la ciudad para informarse del estado de su padre : asi lo hizo, y al llegar á Pamplona supo que habia sido llevado á la ciudadela, donde un consejo de guerra debia juzgarle en cuarenta y ocho horas.

Al salir Miguel del palacio del Virrey, en vez de volver á su valle para comunicar á su madre las noticias que habia adquirido, tomó una desesperada resolucion y se encaminó resueltamente á la ciudadela.

— Vengo á pediros el perdon de mi padre, dijo al general francés. Yo soy jóven, señor, y él es anciano ; él no puede hacer nada contra los vuestros, mientras pue yo impulsado por la sed de venganza si le sacrificais, seré un leon que os devorará á todos. Sed compasivo, dejad en libertad á mi padre, yo ocuparé su puesto; si es preciso que uno de los dos muera yo moriré: sino, en vuestro poder, responderé con mi vida de las actos del anciano.

El general aceptó su proposicion, y Miguel ébrio de gozo iba á besar la mano de Armagnac porque le daba la vida de su padre, pero un sentimiento de orgullo, del orgullo que esperimenta el hombre de

bien cuando recibe algun favor del hombre villano, le detuvo.

Aquella misma tarde estrechó entre sus brazos á su padre, y convenciéndole con sus ruegos y con sus lágrimas de que debia aceptar su sacrificio, porque su madre y su jóven hermano le necesitaban mas que á él, le vió partir lloroso y angustiadio; y Miguel satisfecho de su comportamiento, quedó en un calabozo de la ciudadela á merced del tirano.

Desde entónces la paz que reinaba en la solitaria casa del valle de Baztan se alteró para siempre; á la satisfaccion sucedió la ansiedad, el sobresalto; á la alegria el dolor!

El desgraciado padre vivia á costa de su hijo, y la lucha que sostenia su alma era terrible.

Catalina estaba inconsolable, y Pedro que empezaba á formar su corazon, recogia y guardaba en él para siempre la tristeza que hallaba en todas partes y á todas horas.

El dolor comprimido no tardó en estallar.

Miguel dió á conocer la fuerza de voluntad, el valor indomable de su alma, y con algunos de los otros navarros presos en la ciudadela, fué sen-

tenciado á muerte, y ejecutado en el silencio de la noche al pié de las murallas exteriores.

Este suceso del que nadie se atrevía á hablar en alta voz, circuló y llegó á noticia del afligido padre.

Desde entónces no se le vió tranquilo un solo instante : Catalina por su parte no hacia mas que llorar. Los dos estaban heridos de muerte y con la distancia de muy pocos meses bajaron al sepulcro, dejando huérfano á Pedro, quien dueño de los bienes de su familia y odiando al mundo sin conocerle, solo por los dolores que habia esperimentado en su retiro, se prometió no salir nunca de su valle y pasar en él el resto de sus dias, cuidando de sus tierras y de su casa, y honrando la memoria de su martir hermano y de los infelices autores de su vida.

Sufriendo las consecuencias de la guerra, vivió los años que duró la memorable lucha de España contra Francia sin mas trato que el de algunos vecinos.

No lejos de su quinta, vivia con sus padres una jóven, modelo de virtud y de bondad. Enamorado de ella, la pidió por esposa, y á primeros de Marzo de 1814 se celebró su boda.

Un año despues nació Lucía, á quien ya conocemos por haber asistido á los últimos momentos de su vida en el convento de educandas de Pau.

Antes de que naciera, la desgracia habia perseguido á su familia, y debia heredarla de sus padres.

La felicidad del hombre que reposando en los brazos de un amor bendecido por Dios, se vé reproducido, calmó la intensa pena de Pedro de Zornoza, y cuidando á su esposa y á su hija, pasó nueve años venturosos olvidado de las ambiciones del mundo, y reducido al pequeño pero dichosa circulo de su familia.

La desgracia debia volver á perseguirle, y en 1824 perdió á su buena esposa, quedando con su hija de nueve años, niña hermosa y de nobles sentimientos, que Dios le conservaba para que fuese el ángel de su guarda, su consuelo, su esperanza, su felicidad.

Las tristes horas de viudez y de orfandad á que Pedro de Zornoza estaba condenado, endulzadas por las caricias de Lucía, era menos penosas para su corazon.

Cifrando el amoroso padre toda su gloria en la alegria y en el bienestar de su hija, se consagró á educar su alma, á desarrollar en ella los buenos sentimientos que le adornaban, y se creia remunerado cuando en cambio de sus desvelos, recibia un cariñoso beso de aquellos labios inocentes, que no sabian mas que besar á su padre, consolar á los tristes y bendecir á Dios.

¡Cuantas felicidades íntimas indescriptibles, inexplicabels, disfrutaba el pobre Pedro al contemplar á su hija, al pensar en ella; y Lucía, ¡comó gozoba al ser acoriciada por su padre!

Hay momentos en la vida de un padre y un hijo, en los que parece que si los separasen no podrian vivir. Sin embargo un dia se afloja este estrecho lazo, el hijo se separa de su padre, ofrece á otros cuanto de bueno existe en su alma, formada por el primero, busca lejos de él sus placeres; y el padre le acompaña á todas partes con su cariñosa mirada, le anuncia el peligro cuando va ciego, le guia, le consuela en todas las aflicciones, y en vez de buscar en otras almas lo que ha perdido al perder la de su hijo, le siguo con la mayor resignacion, y no le

pide en cambio de todos sus sacrificios mas que una lágrima cuando baje al sepulcro, una oracion cuando la vida le abandone!

Lucía llegó á la edad en que las mugeres al verse hermosas y al comprender que Dios las ha dotado con un alma para amar, se entregan á esos sueños solitarios que hacen de su adolescencia un Eden, presentándolas á los ojos del hombre con todos sus encantos; pero ella en vez de apartarse de su padre para formar aislada sus proyectos de porvenir, no podia vivir sin él, era depositario de toda su confianza, y no soñaba sola : soñaban los dos juntos!

— Mire V. padre mio, le decia, los dos viviremos siempre unidos y yo seré para V. lo que mi buena madre hubiera sido, si Dios no hubiera dispuesto de ella. Yo cuidaré la casa, haré que los criados cumplan con todos sus deberes; para descansar pasearemos juntos por el huerto, y si algun dia como me ha dicho V. que puede suceder, un hombre honrado me toma por esposa, lo primero que le diré será : « Yo no quiero separarme de mi padre, le debo la vida, la felicidad que disfruto, y el que se

una conmigo, tendrá que ser su hijo y amarle como yo.

Pedro al oir estas palabras, gozaba una ventura inmensa, y á pesar de sus años las creia; en lo que hacia bien, porque la jóven las decia con toda su alma. Además ¿qué padre hay que no crea en sus hijos?

Pero ay! el porvenir es un libro cerrado : en los primeros años de la vida lo llevamos con nosotros, nos falta tiempo para hojearle ; y cuando llegan los cansados años de la vejez y reposamos, cuando para ahuyentar las tristes ideas que nos persiguen lo abrimos para leerle, ó solo hallamos blancas páginas en las que nuestros ojos reflejan sus pesares, ó encontramos lo que es peor aun, nuestra sentencia de muerte!

Lucía pensaba poder cumplir las promesas que hacia á su padre, de todo corazon, y contenta con su suerte sin echar de menos los atractivos de la vida de las capitales que solo conocía de oidas, sin mas cuidados que el de que no faltase ninguna comodidad al autor de sus dias y el de regar sus flores y dar de comer á sus pájaros y limosnas de sus

ahorros á los pobres que acudian á su caritativa casa, pasaba el tiempo, feliz por su presente y confiando en que sus buenos sentimientos y la proteccion de la Providencia le concederian por todo porvenir la realizacion de sus modestas esperanzas.

Sin embargo su *mañana* debia ser mas terrible de lo que imaginaba.

Un dia, todos sus planes de felicidad cambiaron de base, y su corazon tranquilo y virtuoso, comenzó á recorrer la expuesta clave de la pasion, sin escuchar la voz del ángel de su guarda que la excitaba á detenerse.

No tardaremos en descubrir este misterio de su corazon : ahora hablemos del hombre que debia trocar su porvenir risueño, en el horrible presente en que la hemos hallado al dirigirse á Pau con la muerte en el alma.

CAPITULO IV

El emigrado.

La mayor parte de nuestros lectores de hoy, recordarán las épocas de sobresaltos, de crímenes y de luchas que se han sucedido en España desde que los heróicos hijos de la nacion Ibera, abatiendo el orgullo del indomable capitan del siglo y reconquistando su independencia, colocaron sobre sus hombros y proclamaron como Rey absoluto al séptimo de los Fernandos.

No es nuestro objeto trazar aquí la historia contemporánea, pero necesitamos fijar la atencion de nuestros lectores en la sociedad española del primer tercio del siglo actual, porque algunos de nuestros personages educados en ella, van á probarnos hasta quépunto las luchas interiores de un país, la codi-

cia pública, las mezquinas pasiones de los pueblos influyen en la educacion moral de los hombres.

El pueblo español acababa de dar un ejemplo sublime á la Europa de su valor, de su patriotismo, de su amor á la libertad; pero al terminarse la tan gloriosa como terrible lucha que habian sostenido nuestras armas con las francesas, los hermanos se dividieron para luchar unos con otros, olvidaron que una misma madre los habia amamantado; y los campos de España todavía regados con la sangre de los heróicos españoles y de los vencidos extranjeros, se cubrieron otra vez con la sangre que derramaban manos fratricidas, sin pensar que destruian á su patria comun, y que el dia del triunfo no hallarian quien ciñese á sus sienes el laurel de la victoria.

Desencadenados todos los elementos, la vida era una continua emocion : hoy se referian los estragos de una batalla, mañana un crímen espantoso; un dia era una gloria la que se levantaba, al siguiente perecia en el cadalso una madre indefensa por el solo delito de ser madre.

Al lado del heroismo, de las santas ideas de liber-

tad que alentaban el brazo de los unos, comenzaba á bullir esa raza de hombres sin conciencia y sin fé, aplaudidores de los victoriosos, sin mas principio que la ambicion, sin mas sentimiento que la codicia, hombres que todo lo sacrificaban á sus malas pasiones.

Algunos de ellos, verdaderos caballeros de industria, abandonaban las capitales, para convertir las aldeas y los caseríos en teatros de sus vergonzosas estafas.

Fingiéndose emigrados en los pueblos carlistas, por haber defendido á don Carlos, en los liberales por haber tratado de catequizar á los soldados enemigos, hallaban siempre la mesa puesta y los brazos abiertos de los honrados campesinos, dispuestos á recibirlos movidos por la mas pura y noble compasion.

Algunas veces los *emigrados* que buscaban refugio en las aldeas, no eran solo caballeros de industria: los empleados, los comerciantes, los habilitados de los regimientos, cuya conducta no era honrada, se escapaban con los caudales confiados á su custodia, y presentándose como emigrados en los

pueblos fronterizos de Francia, pedian en ellos asilo durante algunos dias para aguardar una ocasion favorable, pasar la frontera y ocultarse en las poblaciones extranjeras á disfrutar tranquilamente de los recursos debidos á un abuso de confianza, á un delito impune.

Un miembro de los de esta última clase, un jóven cajero de una casa de comercio de Málaga, llegó en los primeros dias de Otoño del año 1836 al valle de Baztan, presentándose á los honrados habitantes de aquella comarca como uno de los partidarios mas acérrimos de don Carlos, expulsado del campo de los liberales por haberse descubierto que trabajaba en contra suya.

Mas que nada dolidos de su mísero estado en una edad tan privilegiada como la suya (tenia entónces veintiseis años) le abrieron sus casas algunos labradores, y prometieron ocultarle de las tropas liberales hasta que pudiera pasar la frontera y reunirse á la córte de don Carlos, que se hallaba en aquellos momentos en un pueblo francés al lado opuesto de los Pirineos.

Los distinguidos modales del jóven *emigrado*,

las historias que referia, las ideas de religion y de virtud que en sus conversaciones manifestaba, todo predisponia en su favor, y en breve tiempo fué conocido y apreciado por los sencillos habitantes del valle de Baztan, qui se disputaban el honor de obsequiarle.

Don Pedro de Zornoza le conoció tambien, y le tendió sus brazos compadecido de su desgracia.

Las puertas de la casa del padre de Lucia se abrieron para Diego, que este era el nombre del supuesto emigrado.

Ojalá nunca le hubiera conocido!

Diego ganó en la primera entrevista la voluntad del padre, y el corazon de la hija.

Discípulo aventajado de la escuela romántica, escuela que importada de Francia por los verdaderos emigrados liberales, comenzaba á influir en las costumbres del país; con cualidades físicas que desde luego le hacian recomendable, al presentarse ante aquel grupo que no veia mas que el cielo y los campos, produjo un efecto maravilloso.

Hemos dicho que comenzaba el Otoño.

Los campos de Navarra ofrecian ese aspecto de

tristeza propio de la tercera estacion del año, pero mas cargados de tintas melancólicas cuanto mas hácia el Norte se encontraban.

Lucía pasaba muchas horas sola en el caserío, porque su padre recorría sus posesiones, en donde á la sazon estaban ocupados en la vendimia casi todos los criados, y muchos aldeanos y aldeanas del pueblo.

En aquellos momentos que la jóven permanecia solitaria en su cuarto, detrás de las vidrieras de su ventana, desde donde veía las elevadas cumbres de los Pirineos, aunque siempre se ocupaba en coser ó bordar, adelantaba poco en sus labores; y si su padre hubieria entrado sin que la jóven se hubiera apercibido de su llegada, la hubiera sorprendido mano sobre mano, pero pensativa, extasiada.

¿Qué tenia, qué nuevos sentimientos alteraban la tranquilidad de su alma purísima?

Si se lo hubierais preguntado y hubiera sido franca con vosostros, su respuesta se hubiera limitado á estas palabras.

— No sé lo que me pasa, hubiera dicho: gozo y sufro á la vez, me gusta la soledad y el silencio, por-

que cuando estoy sola, se me aparecen unas imágenes hermosas que me relevan misterios dulcísimos, felicidades desconocidas; y cuanto todo calla, oigo unas voces melodiosas, unos murmullos tiernos que me embelesan...

Si al mismo tiempo de revalaros estos secretos íntimos, le hubierais anunciado la llegada del jóven emigrado, la hubierais visto ponerse muy encendida y temblar como la hoja en el árbol al soplo de la brisa, como la tórtola cuando la mano de un niño la acaricia.

Los síntomas no podian ser mas espresivos : sin que ella lo supiera estaba enamorada, pero enamorada como suelen estarlo las jóvenes nacidas y criadas entre las flores del campo, bajo un cielo transparente; enamorada del amor.

Su alma tenia necesidad de comunicacion, necesitaba un eco, anhelaba caricias, se habia forjado mil fantasmas de dicha, y el primer hombre que habia visto que no se parecia á los monótos y rudos labradrores á quienes conocia desde su infancia, fué para ella la encarnacion de sus ensueños, de sus deseos; realizó los delirios de su imaginacion, y

lo repetimos, sin saberlo se habia dejado dominar por un sentimiento que debia impresionarle fuertemente é influir en su porvenir de una manera lamentable.

Diego comprendió desde el primer momento el buen efecto que habia producido, y se prometió aprovechar aquella nueva ocasion de hacer daño que se le presentaba, porque sentía una propension irresistible al mal, y estaba además completamente dominado por sus pasiones.

Trazó su plan, y prendado como estaba de la hermosura de Lucía, puso todo su empeño en realizar sus infames designios.

Debemos advertir que se habia presentado en Baztan con un nombre supuesto.

Para todos los que le habian acogido con tan noble y desinteresado afecto, se llamaba Gabriel García; y era porque su verdadero nombre estaba ya manchado con uno de esos delitos que ruborizan: habia cometido un abuso de confianza, y los recursos con que contaba eran el fruto de su mala accion.

CAPITULO V

Tardes de Otoño.

Hemos dicho que Lucía se quedaba en su casa por las tardes, miéntras que su padre acudia á inspeccionar los trabajos de los vendimiadores.

Como Don Pedro era un hombre de bien, incapaz de pensar mal de nadie; y como por otra parte Diego ó Gabriel, le habia parecido un jóven muy juicioso y de rectos principios, un dia le dijo :

— Porque no viene V. á casa por las tardes á acompañar á mi hija miéntras yo salgo á la vendimia. V. no se hace nada, y al lado de ella, hablando, no se fastidiarán ustedes.

Esta proposicion aceptada con entusiasmo por Diego, llenó tambien de contento á Lucía que aun-

que soñaba, no tenia inconveniente en que participara de sus sueños el *emigrado*.

Dispuestas de este modo las cosas, Lucia y Diego se reunian á las dos de la tarde en el gabinete de la jóven, cuyas ventanas como hemos dicho, permitian admirar las elevadas cimas de los montes vecinos.

Una antigua criada hacia calcetas en una habitacion contigua, pero era completamente sorda y los dos jóvenes podian conversar á sus anchas.

Diego que no tenia tiempo que perder, aprovechaba los instantes; y aunque la jóven se mostró tímida al principio, no tardó en confiarse á él porque la embelesaba con sus palabras.

— Que tal...? que tal? preguntaba el honrado Zornoza al volver fatigado de sus viñedos ¿se ha pasado bien el rato, hija mia?

— Sí papá, contestaba la jóven corriendo á darle un beso para que no adivinara en sus ojos y en el rubor de sus megillas, las palabras que habia escuchado.

Diego por su parte añadia con un acento de humildad que encantaba á Don Pedro:

— No hemos hecho otra cosa que hablar de V...

afortunado el padre cuyos hijos solo piensan en él.

Embriagado con estas palabras el pobre hombre, estrechaba en sus brazos á Lucía y cogia la mano de Diego, apretándosela con verdadera efusion.

Sin embargado Lucía y Diego le engañaban.

Lucía habia callado durante toda la tarde, pero Diego le habia dicho:

— Lucia, V. no debe vivir aislada y encerrada como una monja en este caserío.

El mundo es grande y la felicidad está en su seno: el amor lleva al mundo.

Las mugeres que como V. son hermosas, deben brillar, y no se brilla en el fondo de una aldea, al lado de un viejo padre y entre rústicos aldeanos. No, V. debe salir de esta prision donde la ignorancia y unas caricias que no pueden durar siempre, ocultan para V. el aspecto triste que ofrece á mis ojos.

Yo no puedo ver á V. vejetar... no sé porqué mi alma interesada por la de V., desea ofrecerle toda la felicidad de la vida... Lucía, ánimo, deposite V. en mí toda su confianza, detrás de esas montañas hay ciudades espléndidas, hay placeres desconocidos, hay supremas felicidades que V. debe gozar...

Una palabra, una sola palabra, diga V. que me ama, que acepta de mis manos un porvenir brillante, y el sacerdote nos unirá, y abandonando estos monotonos parages, este tristísimo destierro, correremos juntos á buscar esos magníficos cuadros, esas venturas ignoradas.

Al pronunciar estas palabras, estrechaba sus manos, y Lucía gozaba una secreta dicha; creia llena de fé cuanto Diego decia, y aunque no se atrevia á responderle, sus furtivas miradas, el temblor de sus manos, su agitacion, demostraban bastante que aceptaba con entusiasmo las proposiciones y los ofrecimientos que le hacian.

Todas las tardes repetia Diego su deslumbrador discurso, aumentando á las seducciones nueva fuerza.

Un dia cayendo á los piés de la jóven, le suplicó en nombre de su felicidad que le manifestase los sentimientos que su amor le inspiraba.

Lucía no pudo contenerse mas, y le confesó que le amaba.

Al pronunciar su confesion, sintió un estremecimiento en todo su cuerpo, una felicidad desconocida inundó su alma purísima.

Diego habia dejado reposar sus labios sobre los de la jóven, y desde entónces Lucía fué una esclava de su voluntad.

Una secreta intuicion le hacia notar que no obraba con lealtad ocultando á su padre el nuevo afecto que esperimentaba su alma; pero acallaba la voz de su conciencia con la pasion, y perdiendo cariño al autor de sus dias, fué poco á poco retirándose de él, olvidando sus promesas, sus sueños de la infancia, para entregarse por completo á aquel nuevo y ardiente sentimiento que llenaba toda su existencia.

De este modo trascurrió un mes, y Lucía no podia ya vivir sin Diego.

La conclusion de la vendimia puso fin á las entrevistas de los jóvenes, sin que Diego á quien no ponia ménos de detener la candidez y la pureza de Lucía, lograra conseguir los depravados fines que le alentaban á seducirla.

Al mismo tiempo sentia que sus deseos se aumentaban estimulados por la hermosura de la jóven, hasta el punto de convertirse en una pasion violenta.

Hubiera sido capaz de llevarla ante el altar de

Dios y darle el título de esposa para abandonarla al dia siguiente, pero necesitaba documentos que acreditasen su persona, y nuestros lectores comprenderán cuan difícil era para él presentarse en el templo de Dios con los requisitos que las leyes exijen.

Previendo estos obstáculos ideó un plan, cuyo resultado debia ser la realizacion de sus propósitos.

Don Pedro notaba algun cambio en su hija, pero no podia imaginarse el motivo que lo ocasionaba.

Sin embargo uno de sus criados, jóven de veinte años que profesaba la mayor veneracion á su señorita, y que habia sorprendido alguna de las citas ocultas de los dos amantes, trató de llamar su atencion sobre la verdadera causa de las distracciones de Lucía; pero Zornoza que era honrado, rechazó la advertencia como una calumnia, y ni siquiera pensó en que fuera verosimil.

El criado continuó vigilando á su señorita, y se prometió salvarla si corria peligro su honor ó su existencia.

Diego concibió el proyecto de arrancar á Lucía

de la casa paterna, y traspasar con ella los Pirineos.

— Necesito que seas mi esposa, le dijo, pero acabo de recibir una carta en la que me avisan que se ha sabido mi paradero, y que se ha destacado una compañía en mi persecucion.

Si permanezco aquí dos dias mas, caeré en poder de mis enemigos. Arreglar mis papeles para unirnos, no puedo hacerlo en tan corto tiempo... dejarte aquí cuando yo parto, y cuando ignoro si podré volver, no me es posible, ni tú tampoco debes consentirlo... La prueba que te exijo es grande, pero tú tienes confianza en mí... Partamos mañana por la noche sin ser vistos de nadie, traspasemos la frontera, pidamos su bendicion á un sacerdote en la primera aldea que encontremos, y estando en salvo llamemos á tu padre para que nos perdone y nos bendiga.

No hay otro remedio, y si aceptas el plan que te propongo, todo nos saldrá bien; sino yo no podré alejarme de tu lado, mis perseguidores se apoderarán de mí, y asistirás á mi suplicio.

La impresion que causaron estas palabras en Lu-

cía fué terrible; la lucha entre su amor y su deber espantosa; pero estaba ciega, y Diego sabia que era su esclava.

El *emigrado* buscó al dia siguiente dos caballos, ganó á hombre que conocia bien el camino para que los guiase á la frontera, y al anochecer todo estaba dispuesto para la fuga.

CAPITULO VI

El rapto.

Lucía pasó la mañana y la tarde poseida de una terrible agitacion.

Su pobre padre se encontraba algo enfermo, no habia podido levantarse del lecho, y á pesar de esto su hija no pasó el dia á su lado como otras veces.

Solo al oir su voz temblaba. Diego fué á verla por la tarde.

— El momento decisivo se acerca, le dijo... quieres seguirme, ó prefieres verme fusilar?

— Nos uniremos ante Dios al pasar la frontera? preguntó la jóven.

— Puedes dudarlo un solo instante...?

— Tambien me das palabra de que mi padre vendrá despues á reunirse con nosotros?

— Pues no...? si yo le quiero mas que tú... No abrigues ningun temor... Confiada en mi lealtad, ¿quieres seguirme ó no?

Lucía cayó en sus brazos.

No podia manifestarle de otro modo mas espresivo, cuanto se hallaba decidida á sacrificar, para probarle el amor que le inspiraba.

Los dos amantes convinieron en los medios de realizar su plan.

Diego y el guia acudirían con los caballos á la puerta falsa del caserío.

Una palmada indicaría á la jóven su llegada, y sin perder un momento bajaría á arrojarse en los brazos que debian conducirla á la felicidad, segun la infeliz se imaginaba, á la desgracia, como justo castigo de la falta que cometia.

Llegó el momento decisivo.

La noche estaba oscura, á la caida de la tarde habia lloviznado, pero las nubes indecisas suspendieron la lluvia, y la naturaleza se hallaba en uno de esos momentos de calma, en los que parece una jóven muerta en medio de todos los que la conocieron y la amaron, y que ni aun á llorar se atreven

para no interrumpir el silencio, el reposo que reina en torno suyo.

Los árboles estaban mudos, apenas se escuchaba el monótono zumbido de los insectos, la brisa de la noche ni siquiera mecia las ramas.

Esta quietud, esta tranquilidad coronada por un cielo tenebroso, era imponente.

Diego llegó á la puerta del caserío, y al apearse del caballo para hacer la señal consabida, no pudo ménos de estremecerse.

El paso que iba á dar era arriesgado, iba á arrebatar de los brazos de un padre amoroso á una hija pura, apasionada, á una jóven inocente, á un ángel; iba á cometer una mala accion, quizás la mas infame, y el criminal por avezado que esté al crímen, siempre antes de empapar su puñal en la sangre de sus víctimas siente en el fondo de su alma una fuerza que le detiene, oye una voz misteriosa que le amenaza... la pasion lucha, pero vence y la víctima cae!

Diego dió una palmada.

El guia teniendo de la brida los dos caballos, permanecia á alguna distancia del caserío.

Lucía luchaba tambien, pero su lucha era mas terrible, mas violenta que la de Diego.

No conocía el peligro que le amenazaba, no comprendía que su resolucion de un instante iba á separar para siempre de su lado al ángel de su guarda, y condenarla á una vida de martirio; creia en el amor, en las promesas de su amante, no era el temor de su desgracia lo que le acobardaba, porque no le conocia, era el dolor que le causaba abandonar á un tierno padre á quien debia inmensos beneficios, á quien habia prometido muchas veces no abandonar, y le dejaba enfermo. Pero tambien pudo mas en su alma la pasion que el deber, y al oir la señal, con los ojos arrasados en lágrimas, temblorosa, vacilante llegó hasta al cuarto donde dormia tranquilamente el autor de sus dias, arrodillada besó el suelo implorando con su pensamiento la bendicion paterna, se levantó, anduvo á tientas por las habitaciones oscuras, y en aquel terrible estado de angustia llegó á la puerta, la abrió con mucho cuidado y se presentó á la vista de Diego, dejándose caer en sus brazos sin fuerzas.

El guia se aproximó, montó en su caballo, Diego

en el suyo, colocó en la grupa á Lucía sugetándola con su brazo izquierdo, é iba á partir, cuando de pronto vió á un hombre que cogiendo al caballo de la brida gritó :

— Atrás infame... no partirás... al asesino...! al asesino!

Diego cegado por la ira sacó de su bolsillo una pistola, la descargó á boca de jarro sobre el hombre que trataba de detenerle, y partió á galope, sin escuchar los gritos del infeliz que habia caido en tierra.

A sus voces acudieron los criados, el mismo Sr. de Zornoza, pero en algun tiempo no pudieron averiguar la causa que habia motivado aquel suceso.

El herido, que no era otro que el honrado sirviente que habiendo descubierto los amores de Diego con su señorita, los espiaba, recibió toda la descarga en los ojos.

Afortunadamente la pistola no tenia bala, pero de todos modos la herida fué terrible.

Al amanecer despues de haber sufrido la primera cura, notó que sus ojos se habian cerrado para siempre : estaba ciego!

Informado Zornoza de la desaparicion de su hija y de la del emigrado, cayó en un abatimiento imposible de describir.

El mas agudo de los dolores, el mas terrible, el que mas compasion y mas respeto merece, es el de un padre que despues de haber consagrado toda su vida, todo su cariño, á una hija pura, hermosa, á una hija única, alegria y esperanza de su ancianidad, la vé en los brazos de la deshonra, sin poder tan siquiera perdonarla, y teniendo que maldecirla!

El hombre que ocasiona este dolor en el corazon de un padre, es el mas criminal, el mas infame de la tierra; todos los castigos, todos los tormentos de la justicia humana son pocos para él.

El infeliz don Pedro no supo en el primer momento lo que le pasaba.

Parecia que el cielo se habia desplomado sobre su cabeza, y quedó en un estado de postracion terrible.

Sus vecinos, sus criados, que repartian sus cuidados entre el leal herido y el desventurado padre, no se atrevian tampoco á tomar ninguna determinacion; y despues de la detonacion, de los gritos del

herido y del movimiento que ocasionó el suceso, todo quedó en silencio; pero aquel silencio era horroroso se asemejaba al de la muerte.

La consternacion se difundió por todo el valle y los aldeanos y los señores acudian de los caseríos vecinos al de Don Pedro.

Entre tanto Diego y su guia corrian á todo escape con direccion á la frontera.

Lucía se desmayó al escuchar el tiro y la voces del criado, pero movida por un secreto impulso se asió fuertemente á la cintura de Diego, y de este modo pasó algun tiempo.

Una fresca brisa comenzó á agitar los árboles: el cielo que servia de horizonte á los fugitivos presentaba á sus ojos un bellísimo cuadro, las apiñadas nubes se esparcian, la luna, velada por un pequeño grupo de transparentes nubecillas, derramaba sobre las campos una tibia claridad, las estrellas brillaban en el manto azulado de la noche.

Al abrir sus ojos Lucía despues de su desmayo, olvidada por un momento de su situacion, no pudo ménos de admirarse al ver el cielo puro y hermoso que se aparecia á su vista, sus miradas se bañaban

en aquella melancólica luz, y todas las imágenes de sus dichas pasadas, todos sus sueños de inocencia y virtud, se dibujaban en los objetos que tenia delante.

Soñaba y soñaba por la última vez.

Aquellos recuerdos de su infancia, las esperanzas que tantas veces habian halagado su imaginacion, se aglomeraban en torno suyo, se mostraban á sus ojos mas bellas, con mas atractivos que nunca, pero para darla un adios eterno.

Su alma se inundó de una profunda tristeza: una voz que la estremeció vino á recordarle su presente, y desde entónces su corazon angustiado, constrastando con la serenidad de la noche, comenzó á mortificarla para no dejarle ya un solo instante de descanso.

La justicia de Dios es inexorable: en el delito encarna el castigo, y el delincuente lleva siempre consigo el tormento, que es su conciencia.

Los fugitivos anduvieron toda la noche con direccion á las montañas, que levantándose como grandes masas negras, los amedrentaban, y parecian amenazarles con una muerte terrible.

Al amanecer ya habian pasado la frontera y se hallaban en San-Juan-de-Pié-de-Puerto.

Allí se despidió de ellos el guia, y Diego y Lucia se encaminaron á Bayona.

Don Pedro pasó toda la noche sin cerrar los ojos, sufriendo un intenso dolor, sin alzar la vista del suelo, sin derramar una sola lágrima, sin proferir una sola palabra.

Nada mas cruel que los pensamientos que le atormentaban!

Todos los habitantes del valle supieron al dia siguiente el suceso, y todos se ofrecieron á salir en distintas direcciones en busca de los fugitivos.

— No, dijo Zornoza en un aranque de despecho, no, ha huido de los brazos de su padre, ha llenado de duelo el hogar de su familia, ha manchado la honradez de su nombre y no merece perdon.

Que sufra el castigo que le reserva el cielo, y que mi maldicion la acompañe á todas partes!

Estas palabras pronunciadas con la conviccion mas profunda, consternaron á cuantos las oyeron, y todos se apresuraron á obedecerlas.

Don Pedro quedó solo, y un mar de lágrimas fue-

ron sus ojos al pensar que habia perdido para siempre la única dicha de su corazon, la mas dulce esperanza de su vejez.

Maldijo á Lucía y la adoraba mas que nunca; estaba decidido á no perdonarla, á cerrarle para siempre las puertas de su casa, y pedia á Dios que se apiadase de ella, que la guiase en su camino, y que separase de su lado los males que con su ceguedad buscaba.

Juan, el pobre criado, ciego por querer salvar á su señorita, por querer detenerla al borde del precipicio, reemplazó á Lucía en el corazon de Don Pedro.

— Has sido fiel y me has dado una prueba de lo mucho que estimas mi honra, dijo Zornoza; mi suerte será la tuya, en mí tendrás un padre, y si un infame te ha privado de los medios de ganar el sustento, un hombre honrado te proportionará cuanto necesites, pagándote además con un afecto eterno.

Desde entónces Juan encontró en su amo mucho mas de lo que habia perdido por su señorita.

El caserío tomó un aspecto triste.

Don Diego despidió á algunos de sus criados, puso en arrendamiento sus tierras y no volvió á cuidarse de sus intereses.

En vano procuraban hablarle de su hija : ni oirla nombrar queria.

Se encerró en su casa, no salia de ella sino de tarde en tarde, y cada vez que aparecia de nuevo en el dintel de su puerta, los que le veian no podian ménos de exclamar.

— Pobre Señor, parece que los dias son años para él... ¡Qué destruido está!

Y sin embardo Don Pedro acababa de cumplir cuarenta y seis años, pero representaba mas de sesenta.

El tiempo, que cura todas la heridas, ni siquiera alivió la suya.

A nadie hablaba de su martirios, á nadie confiaba sus dolores, pero todos leian en sus ojos las penas que le consumian, todos le respetaban, y al pasar á su lado bajaban la cabeza, porque no hay nada que inspire mas veneracion que el dolor de un padre, y un secreto instinto les hacia pensar lo que el desventurado sufriria al encontrarse con los que en otro tiempo habian sido testigos de su felicidad.

En medio de su continua angustia alimentaba una esperanza.

El infeliz creia que al verse desgraciada, se acordaria su hija de él, imploraria su perdon, y volveria á sus brazos.

Esperó un año, dos... y esperó en vano.

Nada volvió á saber de Lucía, su casa y la campiña que le rodeaban le entristecian porque ella no estaba á su lado, sus descuidados intereses disminuyan sus rentas; y agobiado por el peso de sus pensamientos dolorosos, viéndose solo en el mundo, quizá para siempre, porque no sabia si su adorada hija habria muerto, cobró la resolucion de consagrar sus últimos años á la religion, y se dirigió á Madrid en compañía del pobre ciego para recibir las sagradas órdenes del sacerdocio, y acabar su vida en el templo, rogando á Dios por la ingrata que habia herido de muerte su corazon de padre.

Desde entónces nada volvió á saberse de él en Baztan, y los moradores del valle contaban la historia de Don Pedro de Zornoza y de su hija Lucía como un ejemplo y como una memoria.

El caserío y las tierras que dependian de él, fue-

ron subarrendadas, y un vecino de Don Pedro nombrado su administrador, le enviaba á Madrid todos los meses el producto de sus rentas.

Juan siempre acompañaba á su amo.

Abandonemos por ahora á estos dos desgraciados, á quienes mas tarde volveremos á hallar, para seguir á Diego y á Lucia en su precipitada fuga.

CAPITULO VII

La seduccion.

Diego y Lucía llegaron á Bayona y se instalaron en un *Hôtel*.

Diego pidió una habitacion para los dos, y hasta que estuvieron solos, puede decirse que no cambiaron una sola frase que revelará los sentimientos de que se hallaban poseidos.

Durante el camino, el temor ó acaso el remordimiento empezando á mortificar sus almas, enmudeció su lengua, pero aquella situacion no podia durar, porque era muy violenta.

Diego no habia perdido por completo su conciencia, y luchaba siempre antes de sacrificarla á sus sentidos; así es que contemplaba ébrio de gozo á Lucía al verse dueño de ella, al haber triunfado en

su corazon, al sonar á su lado sensaciones desconocidas, pero al mismo tiempo sufria por haberla conseguido á tanto precio.

Los dos se hallaban solos en la habitacion del *Hôtel,* el balcon de su cuarto daba á un jardin, y las últimas tintas del crepúsculo se dibujaban en el cielo.

Comenzaba á anochecer.

Lucía sentada en un ancho sofá apoyaba su codo en uno de los brazos del mueble, y su cabeza sobre su mano.

Estaba pensativa, triste.

Diego se paseaba del uno al otro extremo de la habitacion, ideando los medios de salir triunfante en la lucha que debia sostener con la inocencia y la virtud, los enemigos mas terribles de los libertinos.

De pronto se detuvo y acercándose á Lucía y sentándose á sus piés sobre una banqueta, cogió sus manos, las besó, y los dos permanecieron algunos instantes en silencio, pero aquel silencio era mas expresivo que todas las palabras del mundo.

Diego fué el primero que habló.

— Te debo la vida y la felicidad, le dijo, dármelas te ha costado muy caro, lo conozco, pero yo sabré recompensar los inmensos sacrificios que has hecho.

Mañana mismo serás mi esposa.

— No me engañas? le preguntó la jóven. ¿Y mi padre... vendrá?

— Vendrá, pero no tan pronto como desearíamos. El acccidente que pasó al abandonar el caserío le habrá irritado, al echarte de ménos habrá enviado gente por todas partes en nuestra busca, la desesperacion llegará á su colmo; para aplacar su enojo será preciso algun tiempo, y por esto tardará en reunirse con nosotros, pero al fin no lo dudes nos perdonará y nos bendecirá. ¿No me àmas, Lucía?

La jóven besó su frente.

— Mañana, continuó diciendo, iremos á la iglesia mas cercana y el sacerdote nos unirá ¿no te crees ya mi esposa, no sientes una felicidad suprema?

Lucía cayó en sus brazos, y al despertarse al dia siguiente todavia estaba en ellos, pero la luz del sol le hizo cerrar los ojos.

— Gabriel, dijo la infeliz estrechando contra su

corazon á Diego, mi vida es tuya ¿quieres que viva ó muera?

— Quiero que vivas y me adores como yo á tí.

Pues corramos al templo del Señor, que bendiga y proteja el lazo que han formado nuestras almas.

Diego salió dejándola sola : los remordimientos aprovecharon aquella ocasion para mortificarla, extrañas ideas cruzaban por su mente; en una noche, en un minuto habia cambiado sus alegrías de ángel por los dolores de muger, se avergonzaba al pensar en su pasado, y el porvenir se le presentaba con todo el horror, con toda la miseria que mas tarde debian atormentar su espíritu.

Al ver á Diego se reanimó, pero venia sobresaltado...

— Qué tienes? le preguntó corriendo á colgarse con sus brazos de su cuello.

— Nos persigue la desgracia. Han llegado emisarios de tu padre acompañados de mis perseguidores, nos buscan y no tenemos tiempo que perder si no queremos perderlo todo. Necesitamos salir hoy, ahora mismo de Bayona irnos directamente á París...

allí bien mio se verificará nuestra union, y tú que á los ojos del cielo eres mi esposa, lo serás á los ojos de los hombres.

Lucía creyó de buena fé las palabras de Diego, y se apresuró á seguirle.

— Me ama, se dijo, y no me abandonará.

Eran las nueve de la mañana, y á las diez partia una diligencia para Orleans; tomaron en ella dos asientos, y cinco dias despues llegaron á la capital de Francia.

Cualquiera que hubiese visto á Lucía al salir de su casa, y hubiese vuelto á verla al entrar en París, la hubiera desconocido.

Sus mejillas sonrosadas estaban pálidas, sus expresivos ojos revelaban humildad y sufrimiento, habian perdido la alegría, la serenidad que tenian en otro tiempo.

Sus pensamientos la mortificaban : habia pecado y comenzaba á sufrir la expiacion!

CAPITULO VIII

El abandono.

Un año despues, Lucía era madre, y todavía no podia llamarse esposa de Diego.

El seductor empleó todos los medios imaginables para aplazar su enlace, prestando siempre dificultades y mitigando el dolor que causaba en el alma de la jóven, con mentidos halagos.

Un dia notó Lucía por la primera vez los síntomas de su embarazo, y cayendo en los brazos de Diego, cubierto el rostro de lágrimas, y presa á un tiempo de la alegría de madre y de la vergüenza de serlo sin la bendicion del sacerdote, le confesó su estado pidiéndole de rodillas que le diese cuanto antes el título de esposa, para no hacer desgraciado al hijo

que bullia en sus entrañas, para no tener que ruborizarse de su falta á los ojos del mundo.

Diego que durante su estancia en París habia cultivado su pasion al juego en compañía de otro Español, llamado Manuel, á quien mas tarde encontraremos, y que en los momentos en que Lucía le hablaba de su estado, acababa de perder una excesiva suma, descargó todo su mal humor sobre la desventurada muger, cuya única culpa habia sido creer honrado á un libertino, y arrojarse confiada en sus brazos.

— Solo eso me faltaba, exclamó Diego al escuchar la confesion de Lucía. ¡Maldito sea el momento en que te conocí!

Esta terrible maldicion, quitó la venda que hasta entónces habia cubierto sus ojos; pudo ver á Diego tal cual era, y horrorizada del paso que habia dado al abandonar á su padre para seguirle, cayó desfallecida.

Diego salió de la habitacion sin hacerla caso, y cuando Lucía volvió en sí, se halló sola.

No podia creer que fueran ciertas las palabras que algunos minutos antes habia oido. ¿Qué seria de

ella si Diego, el hombre á quien habia entregado todos los tesoros de su corazon, el que mil veces le habia jurado que sería su esposo, la abandonaba, la despreciaba y la condenaba á devorar en la soledad y en la miseria una falta que podia y debia redimir? Este pensamiento excitó en ella una ansiedad vivísima de saber la verdad, de apurar hasta las heces aquel cáliz de amargura que el amor acercaba á sus labios, y corrió á buscar á Diego, promoviendo una explicacion de dolorosas consecuencias para su alma.

Diego no la amaba, no la habia amado nunca; la habia engañado para arrancarla del seno de su familia: sostenia su ilusion mientras sabia que podia abandonarla cuando se le antojase, pero desde el momento en que un hijo iba á enlazarle á ella, desde el momento en que una série de nuevos compromisos le amenazaban, próximo á perder sus últimas monedas en el juego, y comenzando á hastiarse de Lucía, sentia vivos deseos de apartarse de ella, de enviarla al lado de su padre para que la cuidase y socorriese á su hijo y sobre todo de cambiar de vida de no estar sujeto, de emplear su talento en recupe-

rar, en formarse de nuevo una posicion opulenta, aunque lograrla le costase un nuevo delito, siempre que se arreglasen las cosas de manera que la ley no pudiese alcanzarle.

— ¿Cómo has podido imaginar que yo me casaria contigo? dijo un dia á Lucía.

Esta pregunta era infame: Lucía la escuchó resignada y esperó conmoverle á fuerza de súplicas; esperó... ¡pobre jóven! que al ver á su hijo se apiadaría, no ya de ella sino de él, y que para que nunca tuviera que maldecirle le legitimaría uniéndose á su madre; y se hallaba dispuesta á ser su esclava si por el bien de su hijo y movido de lástima, cumplia la sagrada palabra que habia dado para decidirla á abandonar su hogar y á seguirle, palabra que tenia un derecho á exigir, y cuyo cumplimiento tan solo se atrevia á suplicar.

Pasaron algunos meses, Diego perdió todo su dinero y comenzó á vender sus alhajas y las de Lucía; pero esta conservó una sortija de escaso valor que le regaló Diego el mismo dia en que llegaron á Bayona.

El mal humor del falso *emigrado* creció á medida

que se disminuyeron sus recursos, y pasaba dias y semanas enteras sin cambiar una sola palabra con Lucía.

Ella esperaba el próximo momento de su parto, creyendo que la vista de su hijo conmoveria el corazon de piedra de su seductor.

Un dia — en el se hallaba octavo mes, — al levantarse del lecho fué á la habitacion de Diego : no le halló, pero vió sobre su mesa una carta cerrada.

Miró el sobre y era para ella.

Su corazon latió sobresaltado.

— ¡ Dios mio ! exclamó... ¿ Qué será?

Rompió el sobre y leyó lo siguiente :

« Lucía : me pesa en el alma haberte sacado de » casa, y sobre todo haberte colocado en la situa- » cion en que te encuentras. Si las cosas pudieran » hacerse dos veces, ni tú ni yo tendriamos que arre- » pentirnos; pero que quieres el mal está ya hecho » y yo no puedo remediarle porque conozco que no » te amo lo bastante para hacerte mi esposa, y por » otra parte si me resignara á darte mi nombre, sal- » drias perdiendo, porque la desgracia me ha » obligado á cometer algunas faltas de las que ni yo

» mismo quiero acordarme. Los medios de vivir » se me acaban, y antes de que se complique nues- » tra situacion, prefiero dejarte lo poco que me que- » da y marcharme á buscar fortuna. Debes volver á » tu casa: tu padre te perdonará, porque los padres » perdonan siempre. No sé si volveremos á vernos » en el mundo. Cuando llegue esta carta á tus manos » habré salido de París, y nadie podrá darte noti- » cias de mi paradero, porque he tomado mis me- » didas para ello. No me maldigais, y perdonadme » tú y tu hijo, si es que alguna vez llega á sa- » ber á quien debe la vida. Adios para siem- » pre. — GABRIEL.

Esta carta produjo en el corazon de Lucía un dolor mas terrible que todos los que hasta entónces habia experimentado.

Su situacion se le apareció con toda su realidad, y ciega, en uno de esos instantes en que el dolor nos hace impíos, olvidada de todo, salió de su casa y se dirigió resuelta á uno de los puentes retirados del Sena.

¿Para que queria la vida si habia manchado su nombre con el deshonor? ¿A quien podia interesar

una muger seducida y abandonada? ¿Lograría acaso el perdon de su padre?

Haciéndose estas reflexiones, llegó al puente de Iena, é iba á arrojarse al rio cuando sintió en sus entrañas un movimiento que le recordó su estado, y se retiró horrorizada del pretil del puente.

— ¿Qué iba á hacer? exclamó: necesito vivir, soy madre.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

— He cometido una falta, se dijo, y necesito expiarla... Dios que conoce mi arrepentimiento perdonará mi culpa, y me dará resignacion.

La desventurada Lucía que algunos momentos antes iba á buscar en la muerte un cobarde consuelo, se dirigió á su casa, y poco despues entró en una tienda de la vecindad á pedir trabajo.

Compadecido de su estado el dueño de la tienda, le dió á coser algunas camisas, pagándoselas á menos precio que á las demas obreras, porque su miseria no le permitia regatear el precio que su trabajo debia recibir.

Así pasó un mes, al cabo del cual sintiendo los dolores que cuesta la felicidad del amor maternal,

entró en el *Hôtel-Dieu* y allí dió á luz el niño á quien mas tarde hemos visto hecho ya un hombre, asistir á los últimos instantes de su madre.

¿Comprendeis la existencia de esta pobre muger y de su hijo desde entónces hasta el momento en que los hemos encontrado al principio de nuestra historia, arrastrándose ella apoyada en el brazo de Gabriel para volver al valle de Baztan é implorar de su anciano padre, si vivia, el perdon á que le hacian acreedora los sufrimientos?

Dificilmente podriamos nosotros describir con toda su horrorosa verdad las horas de martirio que lacera-ron el alma de esta muger, nacida para el bien, y se-parada de la senda de la virtud por una mano infame.

Con una santa resignacion, queriendo redimir su falta de un instante con muchos años de tormentos, pasó veinte en Paris, aislada, viviendo de su tra-bajo, no atreviéndose á volver los ojos al hogar de su padre, y prefiriendo la muerte á la vergüenza de presentarse ante la vista del ser á quien mas cariño debia, y á quien mas dolor habia causado con su conducta.

La muger que olvidada de sus deberes escucha

la voz de las pasiones y es capaz de renunciar á todo lo bueno, á todo lo santo de la vida, para sacrificarse á una ilusion, para abrazar una sombra que al distinguirla no vé en ella mas que un remordimiento; la muger que seducida ó apasionada, repetimos, se separa de la senda que le traza la sociedad y la religion, comete una falta grave y en el pecado lleva la penitencia, porque es seguro que la expiacion no deja de atormentarla.

Bueno es que sufra el castigo del cielo, ¿pero merece ser condenada por la sociedad, cuando su falta ha sido mas bien motivada por su inocencia que por su voluntad? ¿Si despues de pecar conserva la virtud y el pudor, si en vez de abandonar el fruto de sus entrañas, le conserva, le educa y fomenta sus buenos sentimientos, se sacrifica á él; ¿merece que la sociedad la escupa en el rostro? — No.... : merece respeto y veneracion... merece al menos lástima, y no puede en justicia castigársele como á esas mugeres perdidas que sin vergüenza, sin arrepentimiento, recorren placenteras la carrera de la prostitucion, hasta estrellarse en el precipicio que encuentran á su fin irremisiblemente.

Una cosa es la desgracia, y otra el vicio.

¿Hubiera sido justo que Lucía sufriese ademas de la expiacion de su pecado, la humillacion de verse despreciada por su hijo?

— No : y por eso la Providencia dió al alma de Gabriel generosos sentimientos.

Lucía encontró en su hijo un consuelo y una esperanza, porque no era ella sola la que debia sufrir todo el castigo.

Es cierto que despues de una vida de martirio halló la muerte, pero murió bendecida y perdonada. Dios escuchó su plegaria, y al borde de su tumba puso un ángel para que fuera en el mundo el ángel de la guarda de Gabriel.

Ya conocemos el orígen del jóven y la historia de su pobre madre. Sigamos ahora al *emigrado*, para volver despues al lado de Gabriel, quien como ya dijimos, salió del convento de Pau con direccion al valle de Baztan.

CAPITULO IX

Lo que es el mundo.

Apesadumbrado Diego al comprender la série de compromisos que el estado interesante de Lucía podia ocasionarle, y al ver que sus recursos se agotaban, resolvió abandonar á su amante y á su hijo, para buscar fortuna en otra parte.

Desde Paris se encaminó al Havre, y la casualidad hizo que viajase con un personaje español, el Marqués de la Llana, que iba á embarcarse para los Estados-Unidos comisionado por el gobierno de su país para resolver una cuestion importante cerca de la república de Washington.

Como la figura y los modales de Diego hablaban en su favor, y no carecia de talento natural, no tardó en hacer amistad con el Marqués.

— Me fastidio en Paris y en todas partes, le dijo; tengo ansia de viajar, de aprender, y la fortuna no me favorece: ¿Quiere V. llevarme á su lado, aunque sea para desempeñar el empleo de su ayuda de cámara?

El Marqués que era un hombre de la escuela romántica, á quien no disgustaba el papel de Mecenas, porque él tambien habia hecho su carrera paso á paso, contento al ver que una casualidad le proporcionaba los medios de protejer á un jóven de talento, no solo escuchó sus ruegos, sino que deseando honrarle, en vez de admitirle como ayuda de cámara, le nombró su secretario particular.

Salieron en un vapor con direccion á los Estados-Unidos, llegaron á Washington, y prestó Diego tantos servicios al Marqués, que al terminar un año despues de su comision, recomendó su secretario á uno de los banqueros mas ricos de la capital norte-americana, y al volverse á Madrid le dejó de tenedor de libros en la casa de su amigo, en camino de hacer una fortuna.

Mientras estuvo al lado de su protector, la conducta de Diego fué irreprensible, así es que al vol-

ver el Marqués al seno de su familia, prodigó los mayores elogios á su jóven secretario, é interesado vivamente por su prosperidad, quedó en correspondencia con él.

Por efecto de un raro fenómeno, Diego continuó siendo honrado en casa del banquero, y como su capacidad aumentaba el buen estado de los negocios, queriendo establecer en Méjico una sucursal de su casa, le envió á esta ciudad, poniéndole al frente de un establecimiento que con el tiempo debia igualar en importancia á su casa de Washington.

La vida activa, el cuidado de los negocios, apaciguaron en cierto modo sus desordenadas pasiones, y la ambicion de ser muy rico absorvió por completo su mente.

Nunca ó muy rara vez se acordaba de la pobre Lucía : y aunque se lamentaba muchas veces de la suerte que por su culpa habia cabido á la infeliz muger arrancada del seno de su familia, miraba estos sucesos de su pasado como locuras reprensibles de la juventud, queria olvidarlos, y no cesaba ni un instante en realizar su idea de formar en pocos años un capital crecido, volver á España, y darse la im-

portancia que su vanidad deseaba para satisfacerse.

Al cabo de cinco años de continuos trabajos y especulaciones, logró reunir la suma de 60,000 duros.

Con este capital podia retirarse del bufete para emprender negocios por su cuenta.

Realizó 10,000 duros, el resto lo dejo en la casa del banquero donde le producia un 14 por 100, y volviendo á los Estados-Unidos se embarcó para Europa.

Dos meses despues, á principios de Julio de 1842, llegó á Madrid.

Su primer cuidado fué visitar al Marqués de la Llana.

Es de advertir que para no ser nunca conocido por el comerciante á quien habia estafado en Málaga, tomó el apellido de su madre, y se presentó en los Estados-Unidos y en Madrid con el nombre de Diego de Valdivia.

Recibido por la familia de su protector como un amigo íntimo, no tardó en enterarse del estado de la fortuna del Marqués; y presetándose por su parte como dueño de un capital cuatro veces mayor de

lo que en realidad era el suyo, fué recibido en el gran mundo, y comenzó á disfrutar de una vida de príncipe.

El Marqués tenia dos hijas educándose en las Salesas Reales. Diego logró captarse el afecto de la Marquesa, y procuró observar á sus ojos una vida ejemplar.

Sus diez mil duros se agotaron en los dos primeros años, y deseando poner en juego su actividad, su inteligencia para el manejo de fundos, trasladó su fortuna á Madrid, empezó á plantear negocios de importancia, y en pocos años se triplicó su capital.

En 1848 murió el Marqués, y la Marquesa pasó dos años viajando con sus hijas por el extrangero, con el fin de calmar distrayéndolo, el profundo pesar que la causaba la viudez.

Diego continuó aprovechando su buena suerte, y aunque sufria interiormente por los recuerdos de su azarosa juventud, llegó hasta el año 1858 sofocando con la opulencia los remordimientos, y siendo y presentándose á los ojos de todo el mundo como uno de los mas poderosos capitalistas de Madrid.

Entre tanto Lucía y Gabriel vivian en la miseria!

La Marquesa volvió á Madrid, y algunos años despues llevó su hija menor á Pau, poniéndola en un colegio de señoritas dirigido por religiosas, para que completara su educacion.

Por eso halló en el mundo Gabriel á Rosalía.

Isabel quedó en Madrid al lado de su madre.

Ya conocen nuestros lectores la posicion del padre desnaturalizado : volvamos ahora nuestra vista al inocente hijo, que en medio de su soledad, de su abandono, avanzaba con la fé en el alma, sin saber, sin presumir siquiera los inmensos dolores que iba á costarle una existencia debida al crímen, á la seduccion.

CAPITULO X

Dios y el hombre.

Hay en la vida del hombre un momento solemne, en el que tratando de reconocerse por la primera vez, en el que procurando definirse, vuelve los ojos al pasado, los dirige hácia el porvenir, y se pregunta á los objetos que le rodean : ¿Cuál es mi mision en el mundo?

Los dolores no tienen valor para el niño que no ha conocido los goces, pero forman su corazon, le despiertan antes de tiempo, le imprimen una melancolía que llega á ser su carácter distintivo, y le hacen comprender la mas terrible y al mismo tiempo la mas bienhechora verdad de la vida, *la necesidad del trabajo!*

Los que han llorado con duelo antes de abandonar los dulces dias de la infancia, los que no han disfrutado de los purísimos juegos de la niñez, sobrecogidos por un pesar inexplicable, los que no han visto en los ojos de sus madres esas alegrías que forman un horizonte risueño, los que pueden reasumir los primeros años de su vida en esta horrorosa palabra : el *sufrimiento*, al entrar por las puertas del mundo, al abandonar el regazo de una madre por la compañía de los hombres, al encontrarse solos, aprestándose á la lucha social, no pueden menos de preguntar á Dios : ¿Quién soy? ¿Cuál es mi mision en la tierra?

Y el Supremo Hacedor no es nunca sordo á estas preguntas que tan pocos le hacen, responde á ellas, previene el mal y guia al hombre.

Los que le escuchan, triunfan. Los que le desoyen, perecen víctimas de su desobediencia, de su presuncion, de su olvido.

Gabriel quiso atravesar á pié las elevadas montañas de los Pirineos. Su alma estaba inundada de emociones; por instinto conocia que los hombres no le comprenderian, y necesitaba la naturaleza salvaje

para echarse en sus brazos, pensar en su pasado, en su presente y en su porvenir, y buscar en el caos de su inexperiencia una luz, una voz que le guiase, que le hiciese digno de sus pensamientos, que le elevase del polvo en donde la desgracia le habia arrastrado desde el primer instante de su vida.

Unos pastores franceses le indicaron un sendero que le haria llegar mas pronto á la falda española de los gigantescos montes, y aunque la tarde estaba muy avanzada y podia cogerle la noche en aquellos caminos escarpados que no conocia, ese deseo del peligro, esa fiebre de buscar lo desconocido, le impulsó á caminar hácia adelante; necesitaba estar completamente solo para hablar por la primera vez con su conciencia, y aquel sendero ignorado, aquellos montes solitarios, aquel cuadro magnífico que la mano del Altísimo desarollaba ante su vista, tenian para él un poderoso encanto, y deseaba que la noche tendiese su oscuro crespon sobre el cielo para gozar aun mas de aquella posesion completa de sí mismo á que aspiraba, de aquel momento de su presente que debia trazar su porvenir.

Las sombras de la noche no tardaron en ahuyentar las tintas del crepúsculo.

Cuando Gabriel llegaba á la cima de los montes, el cielo presentaba un azul trasparente, las estrellas brillaban temblorosas, la luna derramaba una dulcísima claridad.

La noche estaba serena y apasible.

Gabriel desde aquella altura, parecia dominar al mundo y estar mas cerca del Todo-Poderoso.

A sus piés veia numerosas aldeas, arroyos cristalinos, fogatas que indicaban el sitio de las cabañas de los pastores; ningun ruido se oia, nada turbaba en aquel momento solemne la atencion de Gabriel.

La emocion de su alma era inmensa, sentia su corazon oprimido, le parecia pequeño para respirar aquel estenso espacio, y agitado y conmovido cayó de rodillas, anegados sus ojos en lágrimas.

— « ¡Madre mia! exclamó; ¡sí, hay Dios! »

Permaneció algunos instantes silencioso, y abandonándose á las impresiones que recibia su alma, continuó pensando de este modo :

— » Sí, hay Dios; yo le comprendo, yo le siento en mí mismo; Él es mi vista que se dilata hasta llegar

al límite del horizonte y distingue en cada átomo un mundo nuevo, una maravilla, un destello sublime de la divinidad; Él es mi oido que en cada rumor que percibe escucha una bendicion, descubre una esperanza; Él es mi mente que juzga y admira, que le adivina y le comprende; Él es mi alma que le adora, que recuerda y siente, que cree y espera; Él es mi voluntad que me aparta del mal; Él es mi inteligencia que busca el bien... Ah! sí... vive en mí y al mismo tiempo en todos los objetos que se me asimilan, que me completan; y me ha escogido para redimir por medio del martirio una falta que ha manchado á dos almas, á dos almas á quienes debo el ser.

» Esta naturaleza salvaje que ha creado con solo su voz, que es hija suya, le obedece sin preguntarle porque la ha condenado á una eterna soledad, y ensalza su poder y su magnificencia. Yo siento en mí una fuerza creadora, yo hallo en mi corazon consuelos y esperanzas; soy la obra de un crímen, y debo producir una virtud.... ¡Ah! gracias, Dios mio, gracias, por no haberme abandonado, por haber querido iluminarme, por haber dado á mi alma resig-

nacion y voz : yo seré digno de tí, yo enjugaré las lágrimas del mundo, yo cerraré las heridas, yo te bendeciré y haré que te bendigan los que no te conocen, yo imprimiré esa chispa de tu ser de que has formado mi alma en todas mis obras, en todas mis acciones, en todas mis palabras; yo no olvidaré nunca que una vez me has hablado y que tu acento ha quedado para siempre impreso en mi memoria. Bendita seas, madre mia, pobre mártir, que has pagado un instante de abatimiento con una existencia de dolores; bendito seas, padre mio, tú que dándome el ser, me has concedido la inefable felicidad de comprender á Dios ¡Qué me importa que no me hayas dado un nombre, si me has dado un alma!

» Y tú, ángel purísimo, que al borde de la tumba de mi adorada madre, te has presentado á mi vista ofreciéndome lo que la muerte me arrebataba, tú que con una esperanza has despertado en mí los buenos sentimientos; yo te juro ser digno del afecto que has consagrado al pobre huérfano, yo te juro alcanzar lo que la suerte me ha negado; sí, yo borraré los delitos del pasado con las virtudes del presente, y cuando termine mi obra de redencion, el

desprecio del mundo que me aguarda, se tornará en bendiciones que me acompañarán al sepulcro. »

Sumido en estos pensamientos, quedó Gabriel dormido sobre la cima de los Pirineos, y al dia siguiente los rayos de un purísimo sol, los cantos de los alegres pajarillos, le despertaron de su apacible sueño.

Habia comprendido á Dios, y el mundo era suyo!

Descendió la suave pendiente que debia abrirle camino, y al medio dia, despues de haber tomado informes de los pastores que encontraba, llegó á la falda de la montaña, y se dirigió hácia el pintoresco valle de Baztan.

Los horizontes que descubrian sus ojos eran risueños, cuanto veia consolaba su corazon; y era porque su conciencia estaba tranquila, y le acompañaba la madre mas cariñosa del mundo, la esperanza!

CAPITULO XI

Una indiscrecion del autor.

A principios de Abril del año 1857, escribió Isabel una carta á su hermana, la puso en el correo, y nuestros lectores ignorarian toda su vida el contenido de esta epístola, si el autor cometiendo una indiscrecion punible, en cualquier otro caso, en el presente disculpable, si el autor, repetimos, no la copiara aquí letra por letra.

Pero esta indiscrecion nos hará conocer una vez mas, que pasan en la vida cosas tan sumamente extraordinarias que parecen novela.

Hé aquí la carta de que hablamos, fechada en Aranjuez :

« Me apresuro á escribirte, querida Rosalía, para contarte lo que ayer me ha pasado.

» Mi vida estuvo en gran peligro.

» Ya sabes que mamá me ha traido á Aranjuez á disfrutar de los mejores dias de la primavera al lado de la córte, que se halla de jornada en el Real sitio.

» El tiempo corre aquí con una rapidez inmensa. Por la mañana muy temprano vamos con nuestro primo Juanito á tomar leche y á pasear á caballo por las calles de árboles que rodean los jardines del palacio. Pues bien, ayer no quiso pasear mamá, y como tiene confianza en Juan, porque es un infeliz, me dejó ir con él; mandamos ensillar los caballos, montamos y nos encaminamos al sitio acostumbrado.

» Juanito acercó su caballo al mio.

— » Isabel, prima mia, me dijo, no puedes figurarte cuanto me alegro de este paseo solitario, porque hoy voy á descubrirte uno de los secretos de mi corazon, secreto que tú debes saber y que yo no me atrevería á revelarte, si no contase de antemano con tu bondad y con tu afecto.

» Estas inesperadas palabras me sorprendieron; continuamos caminando, y yo sin interés pero con una viva curiosidad, esperé la revelacion tan solemnemente anunciada.

» Juanito permaneció algunos instantes indeciso, turbado.

» — ¿Te gusta montar á caballo?... me preguntó de pronto.

» — ¿Pues no lo ves? le contesté. ¿Es ese todo tu secreto?

» — No tal, pero... vamos, no me atrevo á decirte lo que... ¿Te gustaría que nos perdiéramos ahora, que no volviésemos á hallar nunca el camino de casa, y que tuviésemos que vivir entre los bosques como Pablo y Virginia?

» — No quiera Dios que esto suceda, respondí yo... ¿Tú lo desearías?

» — Yo sí, repuso, porque...

» Se detuvo un instante, metió la mano en el bolsillo, sacó un papel doblado en forma de carta, y añadió:

» — He hecho bien en escribir lo que estaba seguro de no poder decirte. Toma y dispon de mi vida ó mi muerte.

» Esta última frase me reveló el enigma, y si te he de decir la verdad, no pude menos de soltar una carcajada. Era una declaracion; ¿y de quién? ¡De Juanito! Confieso que tomé á broma sus amorosas manifestaciones, y queriendo reirme á su costa, al ver que me daba la epístola, sacudí un latigazo á mi caballo, partió á galope, y como yo esperaba, la carta cayó al suelo...

» —¡A qué no puedes alcanzarme! grité al mismo tiempo que galopaba.

» Juanito, que presume ser el mejor ginete de su época, olvidó por su amor propio, su amor... ajeno, y aplicando las espuelas á los hijares del caballo, partió á galope con el fin de alcanzarme.

» Yo corria y sentia las pisadas del caballo de Juan.

» Vuelvo mis ojos hácia él, y al mismo tiempo el aire arrebató el sombrero de su cabeza, haciéndole rodar por el camino.

» Entónces quiso detener su caballo, pero no podia, el animal daba saltos, se encabritaba, y el espectáculo era graciosísimo. Yo reia á carcajadas.

» De pronto siento que mi caballo se detiene, dá

un salto haciéndome perder las bridas, y corre desbocado.

» Mi alegría se trocó en temor, mis risas en lamentos.

» Me así fuertemente á la crin, me olvidé de mi primo, y cerrando los ojos y creyendo mi muerte segura, me confié á la Providencia.

» No me faltó, querida Rosalía : el caballo se detuvo como herido por un rayo, y al abrir mis ojos me encontré con los de mi salvador.

» Era un jóven : un jóven de quien no me olvidaré nunca ¿Cómo me vió en peligro, cómo contuvo el ímpetu del caballo? No lo sé. Lo que puedo decirte es que me pareció el ángel de mi guarda, y que sentí hacia él desde el primer momento una profunda simpatía.

» Busqué á Juanito con mi vista, pero en vano. Mas tarde supe que al ver que mi caballo se habia desbocado, corrió á avisar á mamá y á hacer que algunos militares del cuartel que hay cerca de nuestras habitaciones, acudieran en mi auxilio.

» Este solo rasgo te probará la agudeza de nuestro querido primo.

» Cuando mamá toda azorada, y Juanito con los suyos, acudieron á socorrerme, salí á su encuentro contenta y orgullosa por deber la existencia á aquel jóven desconocido, que como si nada hubiera hecho por mí apenas se atrevia á mirarme.

» Conté á mamá cuanto me habia sucedido, y como es buena, ofreciendo su mano al jóven, le suplicó que viniera á comer con nosotros.

» Hé aquí lo que nos dijo:

— Perdone V. Señora, si no acepto su obsequio: soy un pobre pintor, ni mi clase ni mi fortuna me permiten admitir las bondades que V. desea dispensarme, y al mismo tiempo lo que he hecho por esta señorita no merece ni recordarse.

» A pesar de sus escusas y de su modestia, mamá le rogó que viniese hoy á comer, y le estamos esperando.

» Desde ayer estoy mas alegre que nunca, y me parece que en el jóven pintor va á hallar mi alma un verdadero amigo.

» Nos despedimos de él, y desde entónces no he vuelto á hablar con Juanito, que está muy cabizbajo.

» Gozo mucho recordándole. Adios, hermana mia, te contaré todo lo que suceda.

» ISABEL. »

« *P. S.* Esta mañana ha venido á despedirse de nosotros el Sr. de Valdivia. Vá á emprender un viaje á Inglaterra, y me ha encargado mucho que te recuerde su afecto.

» Le he contado mi historia de ayer, y siento que tenga que marcharse, porque le recomendaria á mi jóven desconocido, y como es rico podria comprarle algunos cuadros. Adios. »

Isabel pasó dos meses sin escribir á Rosalia.

Ansiosa esta de saber el resultado de su entrevista con el jóven pintor, le preguntó muchas veces por él. Isabel rompió por fin su silencio.

« Carabanchel, Julio 1857.

« Perdóname, Rosalía; pero he estado en los últimos meses tan preocupada, que aunque muchas veces he cogido la pluma para escribirte, he tenido que dejarla porque tenia tantas cosas que contarte,

que me parecia imposible poder decírtelas todas, y queria contártelas á la vez.

» Soy una egoista y necesito tu perdon, hermana mia. Hoy que me haces falta te escribo, pero tú eres buena y me escucharás como siempre.

» Te he dicho que me haces falta, Rosalía. Antes de ayer ha salido para Roma pensionado por el Gobierno mi jóven salvador, mamá le recomendó al ministro, y él ha visto realizadas sus esperanzas.

» Al dia siguiente del suceso que te referí, vino á casa á comer, y aunque apenas hablé con él, le escuché con el mayor gusto. ¡Qué excelentes sentimientos!

» Nos dijo que era pobre, que deseaba ser un artista distinguido, y nos prometió hacer el retrato de mamá.

» Con este motivo le suplicamos que viniera á pasar una temporada con nosotros en nuestra casa de campo de Carabanchel, y le ofrecimos cuantas recomendaciones necesitase para progresar en su carrera.

» Nosotras debiamos ir seis dias despues á la casa de campo, y como él tenia que marcharse á Madrid

porque no estaba en Aranjuez mas que de paso, tomando apuntes para unos paisajes, quedamos en que los primeros quince dias de Mayo, los pasaria en nuestra compañia.

» Al fin le volví á ver.

» Mamá dispuso que habitara en uno de los pabellones del jardin, comenzó á hacer el retrato, y al poco tiempo ya todos le tratabamos con familiaridad.

» Mamá le ha tomado mucho cariño y lo merece. Tiene un alma... unos pensamientos... Te aseguro que no es como los demas hombres.

» A próposito Juanito está incomodado conmigo, dice que me he burlado de él, y no quiere venir á casa á ver á mamá, sino cuando sabe que estoy fuera.

» Miéntras estuvo el jóven pintor en la quinta, pudimos hablar algunas veces en confianza y nos ofrecimos una amistad eterna.

» Me ha revelado muchos secretos, comprende el amor como yo, y me ha confesado que ama en silencio á una muger á quien se ha promedito hacer feliz.

» Un dia me confió que como era pabre nunca se

atrevia á presentarse á los ojos de la muger que ama, sin poder ofrecerle un nombre ilustre, una felicidad sin límites. Por eso queria ir á Italia, para estudiar, para obtener un triunfo y ofrecerlo á la muger que inspira su adoracion.

» Hace dos dias que ha salido para Roma, y ha ofrecido escribir.

» Durante este tiempo me he acordado mucho de tí, porque este jóven se asemeja bastante al que tú has conocido, los dos son desgraciados pero dignos de toda clase de sacrificios. »

La jóven tenia razon : su salvador y el huérfano se parecian, pero la felicidad con que soñaba, aunque no se atrevia á revelarla á Rosalía, era un sueño, porque su jóven salvador y el huérfano eran un solo hombre, y este hombre amaba á Rosalía, y no ignoraba que Isabel podia llegar á ser su hermana.

Digámos ahora como Gabriel llegó á Aranjuez, y cuales eran las ideas que bullian en su mente, al dirigirse á Roma á realizar sus ensueños de artista.

CAPITULO XII

Sueños de gloria.

Gabriel penetró en el pintoresco valle de Baztan, se dirigió á la aldea del mismo nombre, buscó en la iglesia al cura párroco, le preguntó por el caserío de Don Pedro de Zornoza, y el sacerdote admirado al oir pronunciar un nombre tan memorable en aquellas comarcas le refirió la historia del desgraciado padre, el odio que en los últimos años de su estancia en Baztan habia manifestado hácia su hija, y concluyó diciéndole que el bueno de Don Pedro residia en Madrid donde se habia consagrado al sacerdocio.

El mismo eura de la aldea le dirigió al apoderado del Sr. de Zornoza, y Gabriel supo las señas de la habitacion que ocupaba en Madrid.

— Si sufre tanto, se dijo el jóven, no debo renovar la herida de su alma presentándome á su vista y descubriéndole mi orígen.

Yo procuraré acercarme á él, le cuidaré, haré que me profese el afecto que necesito, y cuando mi revelacion no pueda hacerle mal, sabrá quien soy.

Gracias á los auxilios que la Superiora del convento de Pau recogió para él, contaba con los medios de llegar á Madrid y de vivir algun tiempo con mucha economia, hasta encontrar una ocupacion, un trabajo que le proporcionase lo necesario.

Ya hemos dicho que Gabriel habia vivido con su madre en París, que la pobre Lucía habia ganado el diario alimento cosiendo para una tienda de lencería, pero hemos pasado por alto algunos detalles de la infancia del jóven.

Gabriel asistió á las escuelas gratuitas de París, y para no olvidar el idioma de su madre, la pobre muger rogó á un sacerdote de la parroquia de San Roque que le iniciase en las reglas de la gramática castellana, razon por la cual Gabriel con una privilegiada inteligencia, aprendió á un

mismo tiempo el idioma de su familia y el de la nacion que le ofrecia un asilo.

Llegó á los once años, y su madre que recordando la posicion en que habia vivido hasta el instante de su caida, preferia perder su vista trabajando dia y noche á ver á su hijo desempeñar un oficio mecánico, para ayudarla á adquirír los recursos mas perentorios, dió cuantos pasos pueden imaginarse á fin de que pudiese entrar en la escuela nacional de dibujo.

Tres años despues, Gabriel era el mejor dibujante de su clase; habia ganado varias medallas de honor, y los profesores de la Escuela de Bellas Artes se disputaban el avantajado discípulo.

Lucía lloraba de alegría al ver los adelantos de su hijo, y Gabriel, por su parte, conociendo la mision de su arte, estaba entusiasmado y daba gracias á su madre de todo corazon por el buen acierto que habia tenido al poner en su mano el pincel.

El jóven, soñador y poeta por naturaleza, dejaba el campo de la historia para los pintores sabios, y escogia para sus composiciones asuntos de su época, procurando enseñar una gran verdad, reprodu-

cir esas mil escenas de la vida que reasumen en sí una esperanza, un dolor, una alegria, un remordimiento, por último un misterio del corazon humano.

Gran dibujante é inspirado colorista, sus ensayos llamaban la atencion de los conocedores, y sus maestros y sus condicípulos le auguraban un porvenir brillante.

Gabriel sentia en su alma el fuego creador que habia animado la mano de Murillo, pero su posicion, la de su triste madre, por mas que esta tratase de ocultársela, le agobiaba de tal manera, que aun en sus mayores momentos de inspiracion una sombra de pesar, un dolor producido por la lucha del presente con el porvenir, le hacian abandonar sus sueños y le sumian en un profundo abatimiento.

¿Cómo podré pintar un grand cuadro, se decia, si no cuento con los recursos necesarios para pagar el lienzo, los colores, los modelos?

Esto le desesperaba, y cuando estaba ya en disposicion de optar al premio de Roma, su pobreza mas apremiante, mas aflictiva que nunca, mató en su alma todas las nobles aspiraciones que le soste-

nian. Comprendiendo el tormento que padecia su infeliz madre, y deseando consolarla antes que realizar la mas insignificante de sus ideas de gloria, escuchó los ofrecimientos que uno de sus condiscípulos le hizo de darle una cantidad, si le pintaba el cuadro que debia presentar al concurso.

Con efecto Gabriel al mismo tiempo que llevara á su madre un socorro, quiso satisfacer su amor propio de artista.

— Si premian el cuadro que yo pinte, se dijo, gozaré porque seré yo quien obtenga el galardon, aunque no lo disfrute.

El cuadro fué premiado, y Gabriel recibió la suma convenida, harto mezquina para pagar el mas costoso, el primer triunfo de un artista.

Pero su satisfaccion no tuvo límites al poder entregar á su querida madre algun dinero y decirle.

— Recíbele, es el primer fruto de mi talento.

Lucía le estrechó entre sus brazos derramando abundantes lágrimas de alegría, y Gabriel olvidó aquel primer sacrificio que hacia por su madre. Una enfermedad que obligó á esta á guadar cama du-

rante cuatro meses, acabó de destruir las ilusiones del jóven artista.

No consintiendo en que su madre fuese á un hospital, y siendo con este motivo muy crecidos sus gastos, se vió en la precision de pintar cuadros para los mercadares-usureros, pudiendo reunir con un asiduo trabajo, y esclavizándose á la voluntad de estos verdugos del arte, lo necesario para comprar las medicinas, pagar al médico, y que nada faltase en su modesta casa.

La enfermedad dejó estenuada á Lucía, creyó que su martirio seria bastante para alcanzar el perdon de su padre, por otra parte sintió que su último momento se acercaba, y no queriendo dejar solo á su hijo, decidió abandonar el suelo hospitalario que habia ocultado durante tantos años su desgracia y encaminarse con Gabriel al valle de Baztan.

El resultado de este proyecto, ya lo conocen nuestros lectores.

Gabriel abandonó la aldea donde habia nacido su madre, y cuatro dias despues llegó á Madrid.

En Baztan le dijeron que D. Pedro de Zornoza era

cura de la parroquia de San Ildefonso, y que vivia en el número 6 de la calle de la Ballesta.

Gabriel se instaló en una casa de huéspedes de la misma calle, y por los acólitos de la iglesia vecina se informó de la hora en que decia la misa el Sr. de Zornoza.

Al dia siguiente de su llegada á Madrid fué á la iglesia de San Ildefonso, y por la primera vez y no sin asomarse á sus ojos lágrimas de emocion, vió al hombre honrado, al cariñoso padre, buscando en la religion un piadoso consuelo; y descubrió en su rostro las huellas de la profunda herida que una hija olvidada de su deberes y un hombre sin conciencia, habian abierto en su corazon, herida que solo la muerte podia curar.

Gabriel, cerca del presbiterio, ante la imágen venerable del sacerdote que tanta influencia tenia en su vida, arrodillado al pié del altar de Dios, recordando su pasado y su presente, y afirmándose mas y mas en las ideas que su meditacion en medio de la naturaleza salvaje que habia inspirado á su alma, recibió la bendicion del ministro del cielo, que para él fué tambien la del padre afligido que le perdo-

naba, que olvidaba que era á sus doloridos ojos la sombra viviente de un dolor, de un eterno tormento.

Un mes trascurrió, y en todo este tiempo Gabriel no cesó de ir á recibir las bendiciones del anciano, y de buscar los medios de adquirir su amistad, pero como los recursos con que contaba eran escasos, empleaba la mayor parte del dia en buscar nuevos medios de vivir, y como era un correcto dibujante, no tardó en hallar una occupacion, contraria á sus deseos, pobre, mezquina, pero necesaria porque no podia sostenerse sin el auxilio de su trabajo.

Un editor le encomendó algunos dibujos para la ilustracion de una obra, aprovechándose de la pobreza del jóven : mas tarde otros usureros como los de París le encargaron imágenes de Cristos y de Vírgenes para venderlas en los pueblos.

Poco á poco fué dándose á conocer, sus obras aumentaron sus ganancias, llegando á poder hacer algunos ahorros, porque su vida laboriosa y ordenada era muy económica, y por otra parte deseaba alcanzar una fortuna para cumplir la palabra que habia empeñado á Rosalía de buscarla al cabo

de dos años y ser digno del cariño que en el mas doloroso momento de su existencia le habia ofrecido como el mayor consuelo, como la mas bienhechora esperanza.

Constante en sus deseos de llegar hasta el anciano sacerdote, encontró un medio de presentarse á él captándose su aprecio.

Como vivian en la misma calle, no tardó en conocer las costumbres del anciano y las únicas satisfacciones que daban tregua á su dolor.

En compañía del sacerdote, habitaban dos personas mas la pequeña morada de la calle de la Ballesta.

Estas dos personas eran una muger de unos cincuenta años, especie de criada en cuyo rostro se veian pintados la honradez y el respeto; un ciego de unos cuarenta y dos, tan estimado por don Pedro que todas las tardes le sacaba á pasear sirviéndole de lazarillo.

Gabriel que oyó de boca del cura párroco de Baztan el complemento de la historia del rapto de su madre, reconoció en el ciego al criado leal que por salvar á su amo del deshonor, perdió la vista para siempre.

Desde entónces, considerándole como un miembro de su familia, le profesó un inmenso cariño, y halló en él un pretesto para llegar á la presencia de su abuelo materno.

Procuró conservar en su memoria la fisonomía de Juan; cuando la trasladó el lienzo, recordó hasta los mas insignificantes detalles de aquel rostro en el que resaltaban á un mismo tiempo la lealtad y una sombra del dolor de la familia que le habia aceptado en su seno; y concluido el retrato, lo envió con el criado de su casa á Don Pedro, acompañando al cuadro una carta concebida en estos términos:

« He comprendido que el pobre ciego á quien acompaña V. algunas veces, es uno de los seres mas queridos de su corazon. Yo desearia tambien serlo, porque no tengo en el mundo nadie que se interese por mí; y la costumbre de ver á V. todos los dias me ha hecho apreciarle y desear su aprecio. Si para conseguirlo es bastante un deseo de complacerle ¿habré adivinado, trazando para que dure siempre la imágen de un ser á quien yo tambien estimo y á quien V. profesa el cariño de padre? De

todos modos dignese V. aceptar este retrato que le envia con el mayor placer.

» Gabriel Garcia. »

Don Pedro sorprendido con esta carta, pronunciando con pena el nombre de Gabriel, porque le recordaba el del infame seductor de su hija, pero olvidándose de esta casualidad para agradecer aquel delicado presente, no pudo menos de dirigirse á visitar al jóven, á darle gracias por su atencion, y á tenderle los brazos ofreciéndole el afecto que le pedia con un lenguaje tan natural, tan conmovedor, tan sentido.

Gabriel experimentó una inmensa felicidad al verse en los brazos que tantas veces habian estrechado á su madre, y despues de manifestar al sacerdote algunas de las ideas que formaban su profesion de fé, despues de referirle algunos fragmentos de su historia, ocultándole cuanto pudiera despertar en él sospechas y recuerdos, logrando interesarle, contó desde aquel momento con la amistad del anciano; y conseguido aquel primer paso

esperó con calma el instante de alcanzar el perdon para su madre, y para él la bendicion y el cariño que anhelaba.

Gabriel visitó á su vez á Don Pedro, estrechó la mano de Juan, y pasados algunos dias formó parte de aquel grupo de seres, participando con ellos de sus secretos dolores y de sus instantes de calma y de satisfaccion.

Aunque Don Pedro, tenia pocas relaciones, mostró grandes deseos de proteger al jóven, y consiguió que le encargaran algunos cuadros para los templos de Madrid.

Contando Gabriel con los recursos suficientes para atender á sus primeras necesidades, sintió renovarse en su alma los dulces ensueños de gloria que le habian alentado en los primeros años de su adolescencia, anhelaba ir á Roma, visitar los grandiosos museos de la ciudad eterna, en una palabra se proponia alcanzar con su talento, lo que su padre le habia negado con su crueldad, un nombre, que adornado con el resplandor de la fama, fuese un título para acercarse un dia á Rosalía.

Pero para realizar este afan necesitaba una proteccion poderosa, recursos con los que no contaba, y el pobre jóven se consolaba soñando y refiriendo sus ensueños de artista al anciano, quien descubriendo en él los excelentes sentimientos que le adornaban, su privilegiada inteligencia, le queria entrañablemente y gozaba con sus triunfos, y sufria con él en sus instantes de desaliento.

Aun no hacia medio año que se hallaba en Madrid, y ya poseia el cariño de Don Pedro y de Juan, y ya sus obras comenzaban á ser estimadas.

Un vendedor de cuadros le encargó una coleccion de paisajes de Aranjuez, y el jóven corrió al Real sitio para tomar apuntes.

Allí la casualidad le hizo salvar de una muerte segura á la hermana de Rosalía, y alcanzar la amistad de la familia que mas tarde debia influir en su felicidad.

Aunque no conocia lo bastante la sociedad para poder apreciar el excelente trato de la marquesa y de su hija Isabel, le parecieron ambas amables bondadosas, y al ver que le mostraban un afecto

leal y desinteresado, sintió hácia ellas una inmensa gratitud.

Su alma necesitaba espansion, y al encontrar en la de Isabel una amiga cariñosa se confió á ella, revelándole algunos de los secretos que guardaba.

La jóven creyó que aquellas revelaciones eran una declaracion embozada, y alentando á Gabriel y consagrándole su pensamiento, llegó á necesitar un amor que desgraciadamente para ella, el jóven no sentia, porque absorbia su alma la esperanza del amor de Rosalía.

La situacion de las dos hermanas y del pintor era mas terrible de lo que los tres se figuraban, y creyéndose todos próximos á una felicidad sin límites se hallaban al borde de un precipicio.

Solo la Providencia podia librarlos del inmenso peligro que les amenazaba.

Gabriel en un momento de espansion manifestó á la marquesa los deseos que tenia de ir pensionado á Roma á completar sus estudios, y la madre de Rosalía que, como ya hemos dicho, le apreciaba y queria de un modo ó de otro demostrarle su gratitud por el precioso retrato que le habia regalado, puso

en juego sus relaciones y consiguió que el ministro de Fomento le señalase una pension para que durante un año pudiera estudiar en Roma, y hacer un cuadro que debia aparecer en la exposicion del año 1858.

Comprendiendo la marquesa cuanto gozaria su hija Isabel al comunicar la noticia á su jóven salvador, le entregó la credencial del ministro, y ella con el entusiasmo del agradecimiento y del amor, la puso en manos de Gabriel.

Aquel triunfo era un precioso don del cielo, y al recibirlo Gabriel de su amiga, sintió en sus ojos esas lágrimas de gratitud que derrama nuestro corazon, y que al asomarse á las pupilas dicen lo que nuestra voz conmovida apenas podria explicar.

Ebrio de gozo con la realizacion de su primer sueño de artista, corrió Gabriel á dar parte de su triunfo al Sr. de Zornoza, y aquel dia fué un verdadero dia de fiesta para la familia del sacerdote, de la que ya formaba parte.

Pero á la alegria sucedió una reaccion de pesar.

Era precisa una separacion, y Don Pedro, su ama

y el criado se habian acostumbrado de tal modo á las diarias visitas de Gabriel, que solamente al pensar en su ausencia se llenó de tristeza su corazon, y no les pareció tan grande un triunfo que iba á privarles de sus mas legítimas satisfacciones, de la dicha que experimentaban al ver y oir hablar al jóven pintor.

La suerte de Don Pedro era terrible : todos los seres mas queridos de su corazon los separaba de su lado el destino.

Gabriel por su parte no podia desprenderse sin mucha pena de aquellos brazos que el sacerdote le habia tendido con paternal cariño; pero antes que todo era artista, bullian en su mente las ideas, los sueños de gloria, Rosalía le esperaba, la inspiracion le ofrecia sus mas preciosos tesoros de belleza.

Todo esto reunido aturdia, por decirlo así, los pensamientos de pesadumbre que la ausencia de su familia le causaba, y disponiendo lo necesario para el viage, se halló pronto á emprenderle en los primeros dias del mes de Julio.

Una lucha tenaz sostenia su alma : queria revelar

al anciano su origen, y al mismo tiempo temia abrir de nuevo la herida que creia haber cerrado con su cariño.

— Y si muere, se dijo, ¿cómo perdonará á su hija? cómo bendecirá mi nacimiento?

Esta última idea le decidió, y un dia, el anterior al de su marcha, le suplicó que íuese á verle porque deseaba hacerle una confianza del mayor interés.

Don Pedro accedió á este deseo, y á la caida de la tarde, esa hora en que las tintas del crepúsculo dan al cielo un apecto de tristeza que se refleja en todos los objetos, y en todos los corazones que meditan, se dirigió á su casa.

No tardaremos en saber lo que hablaron.

CAPITULO XIII

El pobre ciego.

Gabriel, cuya mision, ya lo hemos visto, era redimir el pecado de sus padres, curar las heridas que en un instante de estravío habian causado, pensaba mucho en la suerte del pobre ciego.

— Es necesario, se decía, que encuentre en mí un hermano, si pierde por desgracia el amparo que le ofrece Don Pedro.

Hasta entónces, temeroso de que su emocion le descubriese, no habia sondeado el corazon de Juan, pero estando próximo á partir, no podia menos de advertir al honrado sirviente, de que si por acaso perdia un padre adoptivo encontraria en su cariño y en su proteccion los medios de mitigar esta sensible pérdida.

Don Pedro salió al anochecer de su casa, y cómo tenia de costumbre pasó en el templo las horas del crepúsculo, esas horas en las que no puede menos de conmoverse el alma, esas horas que inspiran un vivo deseo de hablar con Dios, porque el sol desaparece por momentos, y quien sabe si al presentarse en el Oriente volveremos á saludarle.

Juan y la Señora Baltasara quedaron solos en la calle de la Ballesta, y Gabriel quiso aprovechar esta ocasion para conversar con el ciego.

Don Pedro no saldria de la iglesia hasta las ocho: al dar las siete llamó nuestro jóven pintor á la puerta de la morada del sacerdote.

— No ha oido V. la campanilla? dijo Juan al ama de llaves... será el jóven amigo del Sr. Don Pedro?

— Pues no ha de ser, contestó la anciana, le conozco en el modo de llamar. Cuando él viene todos estamos contentos; Dios le bendiga! — Voy á abrir.

Poco despues estrechaba Gabriel la tosca mano del criado.

— Buenas noches, amigo mio, le dijo al entrar.

— Hola... es V. Señorito Gabriel...? El Señor Don

Pedro ha salido, pero eso no importa, estará V. un rato conmigo, y buena falta me hace, porque me hallo muy triste.

— Triste V. Juan? Un hombre como V. que representa la abnegacion, no debe estarlo.

— Que quiere V... hay dias... pero yo me consuelo pronto, y cuando V. me habla, hasta me parece ver y tocar lo que V. me explica... y me quedo tan satisfecho...!

— Qué bueno es V. Juan, dijo Gabriel, contemplándole con ternura.

— Hay muy pocos jóvenes, repuso el ciego, que paren su atencion en los viejos y en los seres desgraciados, asi es que cuando se halla uno, hay que apreciarle en lo que vale. — Conque vamos, dígame V., añadió cambiando de tono, es verdad lo que Don Pedro nos ha contado, vá V. á abandonarnos?

— Sí, Juan, con mucho sentimiento, porque habia encontrado en ustedes una familia, pero aqui no adelanto en mi carrera.

— Y se va V. tan lejos... nada menos que á Roma?

— A Roma, sí.

— Donde está el Padre Santo?

— Sí por cierto.

— Y es preciso ir allá para saber pintar?

— Es necesario, porque Roma es la madre de los artistas, los guia, los inspira con sus bellezas, despierta en ellos el sentimiento de la gloria!

— Yo lo creo... ah! debe ser muy hermoso eso de pintar? No me ha dicho V. que pintar es copiar lo que se vé?

— Algo mas que copiar... dijo sonriéndose Gabriel; y despues continuó con entusiasmo : es crear, empleando las acciones de Dios! Quizás V. es pintor y no lo sabe.

— Yo! qué cosas tiene V., dijo Juan admirado y ruboroso... ¿cómo he de ser pintor si no veo?

— Pues no creo equivocarme. — ¿Se acuerda V. de los primeros años de su vida... antes de quedar ciego?

—Que si me acuerdo...? exclamó Juan como herido por un rayo y experimentando al mismo tiempo una inexplicable fruicion, que si me acuerdo... ah! tenia entónces veinte años... era robusto, nunca habia salido de las montañas, desde pequeño quedé

huérfano, pero no me faltaba nada y era tan feliz...! — Hay momentos en los que me parece ver las montañas con sus picos nevados, los blancos caseríos, los rebaños de cabras trepando por las rocas; y en los dias de fiesta bajaba el gaitero hasta la plaza de la aldea y todas las zagalas acudian á bailar. Entónces mi señorita, la hija de mi amo, iba con su padre á ver la fiesta, y al tenerla á nuestro lado todos estábamos contentos. Parecia una rosa, tan fresca, tan buena... con unos ojos azules como el cielo, unos cabellos hechos trenzas, rubios como los de la vírgen de Baztan... ¿qué si me acuerdo de mi juventud? vaya si me acuerdo... Al anochecer volvia yo del campo, y veia la luz del sol apagarse poco á poco... miraba atrás y la oscuridad me asustaba; las fogatas de la montaña que formaban nubes de humo, las llamaradas que parecian salir de la tierra tras los montes, todo me daba miedo... aun me parece verme correr...; pero cuando el viento traia á mi oido el son de la campana de la ermita, entónces me detenia y cesaba de temblar, rezaba la oracion, y despues caminaba tranquilo, como si alguien viniera conmigo. Ah! sí, todo lo veo aqui, dijo señalando su

frente, y hasta me parece tener veinte años y la luz que me falta.

Cuando Juan acabó de responder á la pregunta de Gabriel, las lágrimas á un tiempo de alegria y de pesar, brotaban de sus ojos.

El jóven habia espiado todos sus movimientos, habia adivinado cuanto experimentaba el pobre ciego, y tambien lloraba, pero ocultando su emocion le dijo :

— Ve V. como es V. pintor... Acaba V. de pintarme un cuadro con mas vida, con mas fuego que muchos de los maestros mas célebres; y es porque para ser artista, seria preciso dejar de ver cuando se acaba la juventud y no reproducir mas que los recuerdos de este purísimo período de la vida.

Serenándose Juan, y estrechando la mano que le ofreció Gabriel, continuó diciendo :

— Vaya...! cuando digo que es V. nuestra alegría. Hacia ya mucho tiempo que no gozaba como he gozado ahora. ¿Porqué se quiere V. marchar? ¿Qué va á ser de nosotros cuando no le veamos todos los dias?

— Mi ausencia será corta, pero no puedo menos

de partir : V. posee un alma noble, no conoce el mundo é ignora lo que es ambicion.

— Es verdad, pero...

— Yo envidio esta vida tranquila y apacible que disfrutan ustedes, sé que la paz del alma es la única felicidad de la tierra; pero soy pobre, necesito proporcionarme una existencia decorosa; por eso me marcho, para trabajar y volver dentro de un año. El tiempo vuela, este plazo pasará pronto, y yo procuraré que no nos separemos nunca mas.

— ¿No es verdad, señor Juan, añadió Gabriel fijando sus ojos en la frente del ciego para descubrir la impresion que le causaban sus palabras, no es verdad que si algun dia falta Don Pedro, vendrá V. á mi lado á acabar su existencia?

— ¡Cómo! ¿V. querria continuar la obra de caridad de mi amo, preguntó Juan sorprendido, V. me llevaria á su casa? ¿Y para qué podria servirle?

— Para tener siempre delante un modelo de abnegacion y de virtud. V. ha sabido sacrificar su vida al honor de su amo...

— No diga, V. esas cosas... ¡Pobre de mí! ¿qué es lo que he hecho en el mundo?

— Aunque V. nada me ha dicho, sé lo que V. ha hecho por Don Pedro y por su hija...

— ¡Cómo! V. sabe...?

— Don Pedro nada ha querido revelarme, pero yo sé que antes de consagrarse al sacerdocio tenia una hija; sé que esta hija enamorada, abandonó su casa por un amante; sé que al querer impedir su fuga cayó V. sin sentido porque el raptor disparó sobre el rostro de V. una pistola, robándole la vista para siempre. ¿No es verdad esto, señor Juan?

— ¡Ah! sí, todo es verdad, respondió el ciego conmovido... ¿Cómo ha sabido V...?

— Las buenas obras alcanzan siempre el premio. ¡Cuántas lágrimas ha debido verter el pobre anciano...! ¡cuantas V.....! pero no quiero entristecerle con estos recuerdos. — Voy á partir mañana muy temprano, prométame V., Juan, que si algun dia se halla V. solo me llamará su hermano.

— Señorito Gabriel, exclamó Juan enternecido... no seré un hermano, sino un esclavo que besará sus piés.

Al mismo tiempo hizo ademan de arrodillarse ante el jóven, pero este se lo impidió y diciéndole:

— A mis brazos Juan.

Le estrechó con toda la efusion de su alma, confundiendo sus lágrimas con las del pobre ciego.

En aquel momento elevando sus ojos al cielo, murmuró :

— ¡Madre mia, mira á tu hijo!

Empezaba á cumplir su mision, y gozaba porque Dios le inspiraba los sentimientos de su alma.

Gabriel se separó de Juan y corrió á su casa.

Don Pedro lo esperaba.

Oigamos la confianza que deseaba hacerle el hijo de Lucía.

CAPITULO XIV

El perdon.

La habitacion que ocupaba Gabriel era muy reducida.

En un solo cuarto tenia su lecho, una cómoda para guardar su ropa, algunas sillas y su caballete.

Las paredes estaban cubiertas de cuadros bosquejados y concluidos, de dibujos y grabados, de trozos de escultura : hacinados en los rincones se veían algunos lienzos, y sobre la cómoda en un agradable desórden algunos bustos de yeso.

Todo indicaba las huellas del artista, y aquel modesto cuarto parecia un templo consagrado al trabajo y al talento.

Don Pedro entró y sentándose en la única butaca

que habia, al ver llegar al jóven se dispuso á escuchar la revelacion que le habia prometido.

Gabriel se sentó tambien á su lado, y el cuadro que presentaba aquel grupo en aquella habitacion y á aquella hora, era interesantísimo.

— He rogado á V. que viniera á mi casa porque deseaba que estuviéramos solos algunos instantes, le dijo el jóven.

Voy á partir, el viaje es largo, y aunque yo espero que volveremos á vernos; si la desgracia nos separase ahora para siempre, sufriria eternamente por no haber confiado á mi mejor amigo un secreto que guarda mi alma. V. es para mí un padre y al mismo tiempo un ministro de Dios, oigame V. como el primero me oiria; acuérdese, V. de la indulgencia del segundo para juzgarme.

Sorprendido con este exordio el bueno de Don Pedro, no sabia que pensar de las palabras de Gabriel.

— Hable, V., hijo mio, le dijo; si es una desgracia lo que va á referirme, yo soy muy desgraciado y le comprenderé; si es un pecado que necesita indulgencia, Dios me ha enseñado á perdonar, y me

ha encargado que perdone en su nombre todas las culpas que me confiese el arrepentimiento.

Gabriel cogió entre las suyas la mano de Don Pedro, y continuó su comenzada conversacion.

— Nunca he contado á V. mi historia, y esta es la confianza que deseo hacerle.

Mi nacimiento es el fruto de una desgracia, soy la imágen de un eterno remordimiento, y la alegría que sonrie á otros niños en la cuna se trocó para mí en abundantes lágrimas que derramó sobre mi rostro muchas veces mi desdichada madre.

La sociedad, señor Don Pedro me cierra sus puertas porque no tengo un nombre mio que decirle; soy hijo natural.

Gabriel se detuvo un instante : las primeras palabras que habia pronunciado habian sumido en una meditacion dolorosa al infeliz anciano, que sin poderlo remediar pensaba en su querida hija, y sentia abrirse en su corazon la herida que habia causado en él al separarse para siempre de su lado.

Gabriel prosiguió :

— Desde el momento en que nací, la miseria, el llanto, el amor entrañable de la que me dió el ser,

fueron los únicos compañeros de mi vida, mis horizontes, mi existencia.

Mi pobre madre, honrada, virtuosa, nacida para el bien, fué seducida por un hombre que arrancándola del seno de su familia, la abandonó antes de que naciera yo, y desde entónces no hemos vuelto á saber el paradero del ser á quien debiamos nuestra desgracia, pero á quien no hemos maldecido nunca porque su sangre corria por nuestras venas.

— ¡Pobre Gabriel! exclamó el sacerdote estrechando la mano del jóven, ¡cuanto ha sufrido V.!

— Hasta hace un año, aislados en el mundo, hemos pasado una vida de tormentos crueles. Enfermedades, hambre, desengaños, todo nos ha perseguido, nadie nos ha buscado para consolarnos, ni una palabra de cariño, ni una esperanza de perdon nos han sonreido en medio del abandono, de la sociedad en que hemos vivido.

Mi madre era un ángel, ciega por su inesperiencia deshonró el nombre de su familia, sacrificó su porvenir y su presente á un hombre ingrato, cometió una culpa y comprendió que debia resignarse á su espiacion.

Trabajada dia y noche para proporcionarme el sustento, y solo gozaba al tenerme entre sus brazos, pero aun entónces las terribles ideas que llenaban su mente le hacian exclamar.

— Oh! hijo mio, no me maldigas nunca, perdóname el sello de desgracia que he impreso sobre tu frente al darte el ser, perdóname por las lágrimas que ves siempre en mis ojos, por el arrepentimiento de mi corazon.

— Y. V. la ha perdonado? preguntó vivamente Don Pedro.

— Pues no... ¿acaso tenia yo derecho para quejarme de ella si me amaba tanto como las demas madres á sus hijos? ¿no me habia dado su sangre? ¿no habia velado mi sueño, besado mi frente, y mecido mi cuna? ¿no me adoraba, no era yo quien debia perdirle perdon por mi existencia, si era á sus ojos la imágen viva de su pecado, si á un mismo tiempo era el objeto de todo su cariño y el torcedor eterno de su conciencia? ¿no veia yo continuamente en sus ojos las lágrimas del mas profundo arrepentimiento? Ah! si la sociedad, si la familia de mi pobre madre, que la maldijo, la hubiera visto

como yo, jóven aun y gastada por el dolor; viviendo en la miseria, con la ansiedad del mañana, con esa mezcla de duda y esperanza del porvenir, sin mas aspiraciones que el perdon y el amor de su hijo, enseñándome á respetar al hombre que la habia herido de muerte, guiándome por la senda de la virtud; si la hubiera visto como yo convertida en una mártir, la hubiera abierto sus brazos y la hubiera ofrecido en su seno cariñoso todos los consuelos que necesitaba, la hubiera admirado; porque mi madre era una muger desgraciada, no una muger criminal. Sin embargo, nunca supo nada de su familia, no oyó jamas una palabra amiga en su destierro.

— ¿Y como no buscó á sus padres.?

— No los buscó, porque conocia que habia pecado, y la vergüenza la detenia; por otra parte no se creia merecedora de perdon, aun le parecia poco su martirio y desconfiaba alcanzar la bendicion que era su sueño, su esperanza, su único bien.

— ¿Y quien no la hubiera perdonado? exclamó Don Pedro. Despues animándose por momentos continuó diciendo. Escuche V. Gabriel, voy á pagarle

confianza por confianza. Yo he tenido una hija. Muerta su madre, cuando aun era muy niña, yo fuí para ella á un mismo tiempo un solícito padre y una madre cariñosa. Creció á mi lado, yo la contemplaba todos los dias, tenia grabadas en mi alma sus facciones, guardaba sus acentos en mi corazon, todo me parecia poco para ella, y cifraba en su bien toda mi felicidad.

—Un dia llamó un hombre á la puerta de mi casa, y se la abrí porque me pareció honrado. Aquel dia busqué yo propio el arma que me habia de herir.

Mi hija le vió, como era hermosa é inocente, tendió el malvado un lazo á su alma en el que cayó la infeliz.

Olvidada de su pasado, ciega por la pasion, desconociendo los peligros que amenazaban su existencia si se echaba en los brazos que debian ser su perdicion, aturdida, embriagada, huyó de mi lado manchando con un doble crímen su vergonzosa accion.

Me hirió de muerte, y ese pobre criado á quien vé V. que estimo tanto, perdió la vista porque el malvado seductor detenido por él, descargó el arma homicida sobre sus ojos.

Desde entónces nada he vuelto á saber de esta hija tan amada.

Mi primer sentimiento fué el odio, mis labios la maldijeron, en vez de buscarla la abandoné á su suerte, la soledad me inundó de dolor, huí del sitio en donde habia sido tan feliz al lado suyo, y consagrándome á la religion traté de consolar con mis plegarias, con mis oraciones el tormento que me devoraba. Todo ha sido inútil, Gabriel: un hijo es un pedazo de nuestra alma, en vano queremos desentendernos de él, la sola idea de que sufre nos mortifica porque es carne de nuestra carne, luz de nuestros ojos, y complemento de nuestra vida.

Veinte años de separacion no han podido borrarla de mi memoria un solo instante, á todas horas he pensado en su suerte, he adivinado sus amarguras y... lo confieso, he pedido al Altísimo que se apiadara de ella.

Muchas veces la he esperado; si la sociedad la escupia en el rostro, yo la hubiera ocultado á las miradas de todo el mundo, yo hubiera tenido en mi corazon consuelos para hacerle olvidar su estravío; pero ay! mis ilusiones me han abandonado una á

una, ó ha muerto, ó se ha olvidado por completo de mí.

— Dice V. que la hubiera perdonado? preguntó Gabriel.

— Quiere V. que le diga la verdad... pues bien; no solo la hubiera perdonado sino que la hubiera pedido perdon por no haberla buscado, por no haberla arrancado de la desgracia.

— Y si ella como mi madre no se hubiera atrevido, creyendo no ser digna de perdon?

— Y cómo es posible eso?

— Don Pedro, un padre sabe que puede perdonar, pero un hijo ignora si le perdonará.

— Y quién será tan desnaturalizado que no perdone?

— Aunque esa hija se hubiese presentado á V. con el fruto de sus entrañas, la hubiera V. tendido sus brazos.

— Ah! sí: aunque hubiera tenido que arrancarla de los del vicio, la hubiera abierto los mios.

— Y si cómo V. cree, hubiese muerto?

— Mi llanto seria eterno, no habria consuelo para mí.

— Don Pedro, dijo Gabriel levantándose de su silla y cayendo á sus piés, Don Pedro el hijo de la desventurada Lucía, pide á V. arrodillado que en la primera misa enconmiende V. á Dios el alma de su madre.

— Lucía...! qué dice V... Lucía...

— Lucía de Zornoza... ella me ha dado el ser, y yo en su nombre vengo á implorar perdon para su culpa.

Al mismo tiempo le entregó la carta que para él habia escrito su madre, y Don Pedro despues de devorarla con su vista :

— V... tú su hijo... tú su... exclamó... Iba á continuar, pero no pudo, sus ojos se inundaron de lágrimas, y estrechando á Gabriel contra su corazon le bendijo.

Aquel momento fué sublime... la pobre mártir gozaba desde el cielo asistiendo á una reconciliacion que habia sido en los últimos momentos de su vida, su mas ardiente anhelo.

Pasados los primeros instantes y algo repuestos de su emocion, nuevos abrazos consolidaron aquel perdon que el hijo habia alcanzado para su madre.

Don Pedro quiso que el jóven le refiriese hasta

los mas insignificantes detalles de la vida y la muerte de su adorada hija, y ya era media noche cuando el ama del sacerdote entró en la habitacion sobresaltada por la tardanza de su amo.

Don Pedro no quiso separarse de Gabriel, le llevó á su casa, y el jóven estrechó entre sus brazos al pobre ciego que habia querido salvar el honor de su madre.

Las bendiciones de todos consolaron el alma de Gabriel, y al dia siguiente muy temprano se dirigió con su abuelo materno á la Iglesia vecina.

El ministro de Dios dijo su misa como de costumbre, pero aquella vez en el momento del ofertorio, sus ojos se inundaron de lágrimas.

Perdonaba á su hija y encomendaba al Altísimo su alma.

Gabriel oraba.

. . . . . .

Pocas horas despues se despidió el jóven artista del cariñoso padre que habia encontrado, satisfecho porque habia cumplido un deber.

La bendicion del cielo le acompañaba : se embarcó en Alicante para Marsella, de allí pasó á Civitta-Vechia, y no tardó en llegar á Roma.

Don Pedro quedó orando por su hija, y en medio de su dolor experimentaba un dulcísimo consuelo.

Gabriel, aquella prenda que Lucía le daba, aquel mensajero que le enviaba para implorar su perdon, era un ángel y debia vivir para él.

La Providencia es justa, y así como no deja de castigar á los culpables, tampoco niega el premio á los que lo merecen.

Gabriel despues de haber conseguido el perdon de su madre, no deseaba mas que la bendicion del autor de sus dias y un nombre, para ofrecerlo á la muger que con su amor le inspiraba tan nobles sentimientos.

CAPITULO XV

Fragmentos de varias cartas.

Don Diego de Valdivia se hallaba en Inglaterra, Isabel y su madre habitaban en su preciosa casa de Madrid, Rosalia continuaba en Pau, Don Pedro hacia la misma vida en la calle de la Ballesta, y Gabriel con la fiebre de la gloria visitaba las magestuosas ruinas de la ciudad eterna, sus grandiosos monumentos, sus museos, sus iglesias y sus pintorescas campiñas.

Los principales personages de nuestra historia estaban pues separados, y para conocer sus pensamientos, necesitamos ántes de volver á reunirlos, cometer una segunda indiscrecion transcribiendo á nuestros lectores los fragmentos de las cartas mas importantes, que unos á otros se dirigieron desde los primeros dias del Otoño de 1857 hasta igual época

del siguiente año; pero no se crea que la correspondencia será larga.

Algunos párrafos, nos bastarán para satisfacer nuestra curiosidad.

GABRIEL A ROSALIA.

« Roma, Setiembre 1857.

« ¿Te acuerdas aun de mí? ¿No has olvidado al pobre huérfano á quien ofreciste un eterno cariño al borde de la tumba de su madre? — Creo que no, porque mi corazon no me engaña, y me dice sin cesar que cuente con tu auxilio para cruzar este valle de lágrimas.

» Solo nos queda un año de separacion, y parece que la fortuna me protege. Una fuerza misteriosa me sostiene, y cada dia avanzo mas, porque al final de mi camino espero hallarte. — ¿No es verdad que seremos muy felices? »

DON PEDRO A GABRIEL.

« Madrid, Octubre 1857.

« ¡Cuánto placer me proporcionan, hijo mio, tus cariñosas cartas! Si ya tu pobre madre no hubiera

sido un ángel, tu intercesion hubiera bastado para aplacar mi enojo y disponer mis brazos á recibirla en ellos.

» Muerta la infeliz, tú solo eres mi esperanza en el mundo, y aunque te quiero mucho, todavía me parece poco, porque desearía emplear en tí todo el cariño, todos los cuidados de que privé á tu pobre madre.

» Todos los dias pido á Dios que te bendiga y te traiga á mi lado.

» No moriria satisfecho si tus manos piadosas no cerrasen mis ojos, y ya los años pesan sobre mi frente, y como los pesares me han gastado, siento que me abandonan las fuerzas.

» Acaba pronto tus estudios, hijo mio, para que yo te vea á mi lado, y para que un nuevo triunfo te haga feliz y me conceda la dicha de gozar viéndote gozar.

» Juan y yo, hablamos continuamente de tí, y por las noches rezamos juntos encomendando á Dios el alma de tu madre.

» Veo frecuentemente á la Marquesa y á su hija Isabel.

» A cada instante elogian tu talento y tus virtudes, y yo las oigo embelesado, y gozo en ir á verlas para hablar de tí.

» Adios, hijo mio, no dejes de escribir á tu padre que te abraza. »

ISABEL A ROSALIA.

« Madrid, Octubre 1857.

« No puedes figurarte mi querida hermana cuanto he gozado al leer tu última. ¿Conque recibes á menudo noticias de tu pobre huérfano; eres feliz, Dios te conserve esa felicidad toda la vida.

» Yo me aburro, querida hermana.

» Mi primo sigue haciéndome el amor. No sé quien le ha dicho, que una gota de agua puede con el tiempo agujerear una piedra, y se ha convertido para mí en gota de agua.

» Aunque me hace poco favor comparándome con las piedras, yo le probaré, que tambien los refranes se equivocan.

» Siempre que nos escribe el Sr. de Valdivia, nos pregunta por tí con el mayor interés, y nos encarga que te saludemos en su nombre.

» Mamá se propone ir á buscarte definitivamente á mediados del próximo verano.

» Todos los dias le pido á Dios que te traiga á mi lado, porque esta será la mayor felicidad de tu hermana.

» ISABEL. »

ROSALIA A GABRIEL.

« Convento de Pau, Noviembre 1837.

» Gabriel, no dejo ni un instante de pensar en tí. El año próximo, á principios del Otoño, estaré en Madrid, y ántes de salir del convento, te indicaré donde debes buscarme.

» He visitado varias veces la tumba de *nuestra querida madre;* la llamo así porque recuerdo con gozo que al pié de su lecho de muerte te ofrecí un cariño que desde entónces no ha hecho mas que aumentarse.

» Si Dios escucha mis oraciones, creo, Gabriel, que seremos muy felices.

» Animo, y piensa siempre en mí. »

GABRIEL A D. PEDRO.

« Roma, Enero de 1858.

» Veo que han sido inútiles cuantos pasos ha dado V. para saber si vive ó ha muerto ya el autor de mi vida. ¡Cómo ha de ser! Yo desearia conocerle, no para echarle en cara mi desgracia, sino para hablarle de mi madre, para lograr que bendijera su memoria, que derramase algunas lágrimas por ella como he conseguido que V. la perdone.

» Quizás la Providencia le coloque algun dia en medio de mi camino. Mi madre me decia muchas veces, que para darme á conocer á él bastaria con que le presentase el anillo que siempre llevo en mi mano. Confiemos á la Providencia la realizacion de mis deseos, y hablemos ahora de mi cuadro y de mis proyectos, para que vea V. que me apresuro á darle gusto.

» El cuadro avanza rápidamente : toda mi alma está reconcentrada en mi obra, y las ideas que me asaltan contribuyen á dar mas vida, y mayor interés á las figuras que traza mi mano. Las impresiones que los grandes Museos que he visitado han dejado en mi mente, la admiracion que las obras mas sublimes del hombre y de la naturaleza reunidas dentro y al rededor de esta ciudad me han causado, los recuerdos de mi pasado, las esperanzas de mi porvenir, todos estos sentimientos son los que trabajan por mí; la soledad en que vivo contribuye tambien á sostener mi ilusion, y en los primeros dias de la Primavera habré concluido el cuadro y volaré á reunirme con V.

» Tengo aun que confiarle muchos secretos : de mi primer triunfo depende mi completa felicidad.

» Pida V. á Dios que me dé inspiracion, que haga que mi pincel alcance para mí, el perdon y el afecto que mi alma ha alcanzado de V. para mi madre. »

Terminaremos esta série de epistolas, trascribiendo las últimas palabras de una carta que dirigió desde Lóndres Don Diego de Valdivia á la Marquesa de la Llana.

D. DIEGO A LA MARQUESA.

« Londres, Febrero 1858.

. . . . . .

. . . . » Puede ser que nos veamos muy pronto. Entre tanto suplico á V. en nombre de nuestra antigua y leal amistad que se disponga á escuchar favorablemente una confianza y una peticion que piensa hacerle su mejor amigo.

» DIEGO DE VALDIVIA. »

Este último párrafo escitó vivamente la curiosidad de la Marquesa, y en el fondo de su alma, como tenia formada una buena opinion del antiguo secretario de su marido, deseó saber el secreto que le anunciaba proponiéndose complacerle, si, como se figuraba, dependia de ella la felicidad de Don Diego y de alguno de los seres que mas le interesaban en el mundo.

Las cosas continuaron de este modo hasta mediados de Julio.

La Marquesa confió el cuidado de su hija Isabel á la madre de su sobrino Juanito, y tomando la diligencia se dirigió hácia Pau á buscar á su hija Rosalía.

Don Diego regresó de Inglaterra, yendo en seguida á Carabanchel á visitar á Isabel, que con su tia y su primo habitaba la quinta de su madre; y Gabriel, salió de Roma henchido de esperanzas, porque Rosalía le habia enviado una nueva carta anunciándole que el dia 10 de Agosto podria hallarla á las 8 de la mañana en la iglesia de San Antonio de los Portugueses de Madrid.

Antes de llegar á la época en que todos nuestros personajes volvieron á reunirse, en que el choque de sus encontrados sentimientos debia producir una crisis inminente, ántes de bosquejar las situaciones dolorosas que debian poner á prueba la abnegacion, el heroismo del hijo natural, formemos un paréntesis y sorprendamos, por decirlo así, las horas íntimas, los momentos en que la conciencia hablaba al corazon de Diego; los instantes en que abatido y apesadumbrado Gabriel, se revelaba á sí propio los mas ardientes deseos de su alma.

No nos detendremos mucho en esta observacion : la rapidez, la multitud de los sucesos que aun nos quedan que referir, nos imponen el deber de apresurar su narracion.

CAPITULO XVI

Recuerdos y deseos.

La vida es una série de acciones y recuerdos.

El hombre, durante el primer período de su existencia, obra.

Sus últimos años se forman de recuerdos.

El primer período es de pasion, el segundo de análisis.

Antes de ser juzgados en la hora de la muerte por el supremo tribunal de Dios, nos juzgamos nosotros mismos en las horas de desaliento por nuestra propia conciencia.

El jóven que ha gastado los dones de su alma en los placeres que producen los vicios, el que se ha separado de la senda que traza la moral, en vano quiere aturdirse cuando el cansancio, el vacio que

experimenta en la vida le recuerda las horas que ha perdido, los dones que ha malgastado.

Hay una voz mas fuerte que sus gritos, una voz que resuena cuando se han estinguido el estrépito y la algazara de las bacanales, una voz que persigue á los libertinos cuando abandonan el festin, que no les deja reposar, que escuchan hasta en sus sueños, una voz que, cuando han dejado de existir, repite el eco todavía, y habla desde su tumba á todos los que pasan cerca de ella : esa voz terrible es primero la de la conciencia del malvado, despues la de la conciencia pública que le rechaza.

Los mas descreidos tiemblan al oirla, porque hay instantes en los que el hombre no puede ménos de creer en un poder supremo, y el que ha formado un mundo tan maravilloso, se dicen, no puede haber creado al hombre para *destruir*, sino para *conservar*.

Estos instantes de abatimiento, de prostracion son crueles; un segundo de dolor borra toda una existencia de placeres.

Cuando el hombre llega á cierta edad, cuando ya sus facultades se hallan destruidas ó por el tiempo

ó por el abuso; cuando se acerca á la vejez, á la muerte, comprende que necesita de nuevo el mismo auxilio que sus cariñosos padres le prestaron desde su nacimiento hasta su adolescencia, comprende que la única verdad de la vida es sembrar beneficios para recoger gratitud, y si es un padre de familia y ha pasado los dias de su existencia sin desviarse de la senda de la moral, sus últimos años, sus enfermedades, en vez de atormentarle, son nuevas dichas para su alma, porque siempre encuentra á su lado una esposa solícita, un hijo cariñoso, un amigo reconocido, y al mismo tiempo le sonrien los recuerdos, y la muerte no le espanta, y las bendiciones de todos le acompañan en el sepulcro, como corrieron á recibirle en la cuna.

Pero el que ha agotado los purísimos goces, ó mejor dicho, el que no los ha conocido nunca, y sin crear una familia, sembrando males, apurando en un instante de estravio las fuerzas de su espíritu, llega á una prematura vejez y se ve solo, abandonado, perseguido por su conciencia; no solo sufre los tormentos de sus recuerdos, sino que se acobarda y busca seres que le acompañen, seres

que, si llega á encontrarlos, son otros tantos torcedores para su corazon; porque ¿cómo han de darle cariño, si no lo ha sembrado en su alma?

Por eso, si como hemos dicho y creemos, la vida es una serie de acciones y recuerdos, para que la memoria no nos atormente, preciso es obrar bien.

¿Y habia observado esta doctrina el padre natural?

En la mitad de su carrera, despues de haber empleado su juventud y casi todos los dias de su existencia en hacer daño á sus semejantes, viejo ántes de tiempo, no de rostro, sino de alma, ¿podria vivir tranquilo, escuchando á todas horas la voz de su implacable conciencia?

Nuestros lectores adivinarán facilmente que no.

El oro, proporcionándole cuanto anhelaba, le aturdia; mas tarde, la continua agitacion de su espíritu empeñado en los agios, le distraia en cierto modo; la ambicion le dominaba, y esta pasion llenaba por completo su existencia; pero cuando separado de los negocios, retirándose á un país extranjero para ocultar en el suyo ante la sociedad

que le adulaba una época de escasez, porque perdió gran parte de su fortuna en una jugada de bolsa, se halló desocupado y solo; entónces, en aquel instante de desaliento, le asaltaron sus recuerdos, su conciencia le habló, tuvo miedo y buscó en medio de su exaltacion un refugio, un amparo; buscó el arma que debia herirlo, el castigo que merecian sus culpas.

Hemos dicho que salió de Madrid dirigiéndose á Londres.

Su alma aturdida, pero no muerta, repasó dia por dia todos los que habia vivido, y al recordar la seduccion de la pobre Lucía, al recordar la virtud, la inocencia, el puro amor de aquella mártir, no pudo ménos de sentir un cruel remordimiento.

Si no la hubiera abandonado, se decia, si como tantas veces le prometí, la hubiera dado el título de esposa, hubiera compartido conmigo mis desgracias y mis prosperidades, yo no tendria que arrepentirme de haberla muerto para el mundo, y ahora estaria á mi lado y me consolaria, y acaso el tierno fruto de nuestro amor, que me maldecirá si vive, llenaria de felicidad los momentos que hoy paso en

la desesperacion. Estoy cansado, la vida carece de ilusiones para mí, pero no tengo valor para deshacerme de ella : la soledad me mata. ¿A quién interesa mi bien? ¿Quién sufre conmigo los pesares que me atormentan?

Estos y otros pensamientos del mismo género le perseguian sin tregua ni descanso; trataba á toda costa de volver á la vida agitada de los negocios para olvidar sus dolorosos recuerdos, y una idea que ni aun para sí mismo se atrevia á formular, se mezclaba con sus pesares, y formaba la parte principal de sus proyectos.

Así pasaba el tiempo, sin dejar de enviar en una sola carta de las que remitia á la marquesa, afectuosas espresiones para Rosalía; y de este modo combatido por su pasado y por el incierto porvenir que se le presentaba, llegó hasta principios de Julio, época en la que, como ya hemos dicho, salió de Londres para volver á Madrid.

Allí emprendió de nuevo sus negocios, y esta vez, careciendo de fortuna, tuvo que cimentar sus negociaciones sobre un crédito falso, y de fatales consecuencias.

Entre tanto Gabriel, satisfecho de su comportamiento, amado por Rosalía, bendecido por el venerable sacerdote, lleno de entusiasmo y soñando laureles y ovaciones para hacer olvidar su orígen y conquistar un puesto honroso en la sociedad, pasaba el tiempo en Roma, admirando á Dios y al hombre en aquella suntuosa ciudad, pensado en su porvenir y orando por su madre.

Algunas veces oscurecia su rostro una nube de profunda tristeza: entónces ni aun á sí propio se atrevia á darse cuentas de las ideas que cruzaban por su mente, de las espinas que punzaban su corazon.

Veia á otros jóvenes ostentando con orgullo el nombre recibido de sus padres, y él carecia de este supremo bien.

Algunas veces pensaba en las caricias, en los cuidados, en los desvelos que otros como él recibian de los autores de su vida; le habia negado esta felicidad la suerte, y ni sabia siquiera si su padre vivia, ó si habia muerto, en donde reposaban sus cenizas para ir á bendecirlas y á tributarles el último homenage.

Por mas que su conciencia estuviera tranquila, por mas que dulces esperanzas dieran aliento á su privilegiado corazon, ofreciéndole un porvenir risueño, por mas que su cariño filial estuviese satisfecho, habia sufrido demasiado, le sociedad le habia hecho heridas terribles, y no podia ménos de exhalar dolorosos quejidos.

— Un dia llegará, se decia, en el que yo conseguiré estar al lado de Rosalía. Al ofrecerle el título de esposa, su familia preguntará quién soy, cuál es mi orígen, ¿y qué deciré? ¿Acogerán al hombre desheredado, á quién la sociedad no ha querido dar lo que no niega á los mas miserables, cuando la religion y la moral los presentan al mundo?

Si logro un triunfo y fijo la atencion de los que hoy me desprecian, ¿no me preguntarán tambien quién soy? no dirán todos... ¡Qué lástima de jóven, tiene mucho talento, pero no tiene un padre, no tiene un nombre!

Estos tristísimos pensamientos le asaltaban, y entónces delante de su cuadro, los ojos inclinados hácia el suelo, el pincel en la mano, estático, inmóvil, permanecia horas enteras hasta que un rayo de

esperanza vivificaba sus creencias, su fé: y continuaba trazando su cuadro, obra gigantesca, que concebida bajo la influencia del dolor y la fé, debia mas tarde... pero no nos adelantemos á los sucesos.

Hemos llegado á la época en que nuestros personajes iban á reunirse.

Sigámoslos en sus viajes para volverlos á encontrar á su regreso en España.

La Providencia velaba sobre aquellos séres, los impulsaba en sus acciones, y el Juez supremo, severo é inmutable, veia y esperaba.

Reanudemos ahora el hilo de nuestra historia.

CAPITULO XVII

Esperanzas y dudas.

Desde que la Marquesa de la Llana salió de Madrid con direccion á Pau, Isabel con su tia y su primo Juanito fué á esperar en la casa de campo de Carabanchel la vuelta de su madre y de su hermana.

Momentos ántes de partir la Marquesa, recibió su hija, una carta de Gabriel en la que le anunciaba su próximo regreso.

La jóven comunicó á su madre la noticia.

— Cuanto me alegro, exclamó la Marquesa.

— Porqué mamá? preguntó Isabel dándole gracias en el fondo de su corazon.

— Me alegro, porque tengo proyectado pedirle que haga tu retrato y el de tu hermana á la que, ni si quiera pienso hablar de nuestro amigo. Tú harás

que venga á vernos al dia siguiente de nuestra llegada, encárgale que tomé apuntes en su memoria del rostro de Rosalía, y de este modo, le proporcionaremos una sorpresa que no dejará de agradarle: ¿que te parece mi proyecto?

— Me parece mamá que nos quieres muchísimo, y que somos las hijas mas felices de la tierra, dijo Isabel besando su frente.

La Marquesa partió, y su hija, la madre de Juanito, y el enamorado galan, quedaron como hemos dicho en Carabanchel.

Durante los dias que permanecieron en la quinta, no se quitó Juanito la bata, lo que hará comprender á nuestros lectores que no se movió del lado de Isabel, y que emprendió en toda regla su campaña amorosa.

Isabel no le hacia caso, no contestaba á sus preguntas, y hasta llegaba á ser con él indiferente, esquiva.

Las protestas de amor que Juanito le regalaba de cuando en cuando, mortificaban su alma, porque la despertaban del delicioso sueño en que vivia.

Amaba, y amaba por la primera vez de su vida

con ese amor purísimo é inmenso que nos permite á un mismo tiempo hallar la tierra y habitar en el cielo, con ese amor que nos ofrece cuadros encantadores, que trae á nuestro oido músicas celestiales, que nos hace pasar los únicos instantes felices de nuestra vida, al ménos los verdaderamente dichosos.

Gabriel no era como los demás hombres, pensaba y sentia, no vivia esclavizado en la monótona sociedad que convierte á los hombres en autómatas, que con sus reglas los reduce á la mas ínfima especie, era rey de la naturaleza, dominaba á los demás, con su pincel imitaba á Dios, y su mano inspirada, podia conmover á una generacion entera.

Isabel le comprendia de este modo, y le profesaba un verdadero culto.

Su pobreza, su modestia, eran nuevos encantos para ella, le seguia á todas partes con su pensamiento, soñaba al lado suyo nuevas y eternas felicidades, su adoracion al jóven hasta le hacia odiar su posicion en el mundo, y muchas veces en sus instantes de desaliento, se decia...

Si al ménos fuera su hermana... si tuviera derecho para hacerle feliz.

Estas ideas, estos sueños, estos delirios, llenaban su mente á todas horas : con solo decir esto pueden imaginarse nuestros lectores el efecto que producirian en ella las palabras de Juanito.

No pudiendo deshacerse de él en sus paseos por el jardin, sabiendo que su primo no era madrugador y que el inmenso amor que segun él decía, le profesaba, no seria bastante para impulsarle á dejar el lecho hasta las doce de la mañana, se levantaba Isabel muy temprano, casi al amanecer, bajaba al jardin, y el espectáculo que ofrecian en el cielo las primeras luces del dia, esa dulcísima claridad del alba, saludada por los gorgeos de los pájaros, embalsamada por el perfume de las flores, las frescas auras que acariciaban su rostro, todo aquel cuadro de pureza le permitia respirar, y allí, sola con Dios, apartada del mundo por su meditacion, dejaba volar libremente su pensamiento y edificaba castillos deliciosos, descubria escenas encantadoras, que adormecian sus penas, que evocaban en torno suyo imágenes de dichas desconocidas, que la separaban de la tiera, que hacian de ella el tipo primitivo de la muger, el que realizó Dios, el que

desvirtuó la sociedad, el que destruyeron las pasiones.

La aparicion de Juanito ahuyentaba de su lado todas aquellas imágenes de felicidad, y sin odiarle, porque en su alma purísima no podia caber el odio, le temia como la inocente paloma al gavilan, y deseaba que se olvidase de ella.

Pero el incansable doncel la perseguia con una tenacidad digna de mejor causa, y cuando sufria una derrota iba á quejarse á su querida madre, que le mimaba mucho, y que perteneciendo á la clase vulgar de su sexo, exclamaba...

— Déjala... déjala... el orgullo se la come viva y le parecerá que eres poco para ella. ¿ A qué aspirará la tontuela ? Si, pues, que se ande con remilgos, y al fin se quedará para vestir imágenes.

Ya ven nuestros lectores hasta donde van á parar los que juzgan sin saber lo que juzgan.

Isabél hubiera dado á Juanito todos los tesoros de la tierra porque la hubiese dejado en paz, y su tia creía que el desamor era ambicion, orgullo.

De este modo pasaron aquellas tres personas, Juanito, su madre é Isabel algunos dias, y en los

últimos del mes de Julio llamó á las puertas de la casa de campo nuestro jóven pintor.

Un criado anunció á su señorita la llegada de Gabriel, y alborozada, henchida del mas puro entusiasmo, olvidada de que solo era un amigo, de que la sociedad impone ciertas trabas al sentimiento, corrió al encuentro de su jóven salvador que la esperaba en una sala baja.

Iba decidida á recibirle en sus brazos, pero al verle, recordó su deberes, se ruborizó de sus propósitos, y conteniendo el ímpetu de su alma, se limitó á tenderle una mano.

Pensaba poder hablarle mucho, y notó que le trataba con ménos franqueza que nunca.

Gabriel refirió sus impresiones de viaje, habló de su cuadro, de sus esperanzas, y le preguntó por la Marquesa.

Su alegria fué inmensa al saber que Rosalía no tardaria en llegar á Madrid, y no atreviéndose á revelar á Isabel el secreto amoroso que guardaba en su alma, aceptó con el mayor gusto la peticion que cumpliendo el encargo de su madre, le dirigió su jóven amiga.

Quedó en volver algunas veces para empezar el retrato de Isabel, y esta, á su vez prometió anunciarle la llegada de la Marquesa con su hermana.

Isabel al despedirse de él, despues de haber deseado con tanto afán el momento de volver á verle, quedó muy abatida, se convenció de que habia soñado mucho, y commenzó á vivir en medio de una lucha terrible.

Unas veces creia que era amada, otras que solo inspiraba una fria amistad, y el que hubiese observado atentamente sus ojos, hubiera descubierto en ellos, la dolorosa situacion en que se hallaba su alma.

Estas dudas, esta ansiedad, debian tener fin, y no estaba muy lejos el momento en que la realidad iba á poner á prueba su corazon.

Entre tanto Cabriel ébrio de gozo, esperaba el dia fijado por Rosalía para volver á verla, y sus tristes ideas estaban amortiguadas con las caricias de Don Pedro y con los sueños de gloria que llenaban su mente.

Su cuadro no habia llegado todavía, pero lo esperaba de un momento á otro y prometió á Isabel que

su protectora veria ántes que nadie la obra de su favorecido.

Un dia á fines del mes de Julio, salia Gabriel de la quinta de Garabanchel despues de haber sabido que la Marquesa y su hija llegarian el uno ó el dos de Agosto, á tiempo que un carruaje atravesaba por la puerta de la verja del jardin.

La rapidez del caballo que apenas podia contener el cochero, puso en peligro la vida de Gabriel.

Iba á pasar la verja al mismo tiempo que el coche entraba, y aunque pudo retroceder algunos pasos y el cochero haciendo un gran esfuerzo detuvo al animal, sufrió Gabriel un golpe que le obligó á apoyarse en los hierros para no caer.

Un hombre ya de edad, pero elegantemente vestido, asomó la cabeza por la ventanilla del carruaje y sin dar la menor satisfaccion al jóven, sin cuidarse del golpe que habia recibido, dijo al cochero :

— Sigue adelante hasta la puerta de la casa.

Gabriel se alejó poco á poco, y algunos segundos despues saludó Isabel á Don Diego de Valdivia, que recien llegado de Inglaterra, su primer cuidado fué,

segun dijo, ir á visitiarla y á saber si habia llegado ya Rosalía y su madre.

Despues de estar un corto rato al lado de la jóven, volvió á Madrid en su carruaje, y durante todo el camino fué diciéndose :

— Isabel conoce demasiado el mundo... la otra ha vivido en un colegio, no sabe nada, y me conviene mas. En cuanto llegue la Marquesa volveré á visitarla.

Gabriel se dirigió á su casa, que era la de Don Pedro.

El golpe que recibió le retuvo en el lecho durante tres dias, pero al cuarto se halló en disposicion de ir á saludar á la Marquesa, que segun le escribió Isabel, habia llegado con su hermana.

CAPITULO XVIII

Rosalía.

Con efecto el dia 1° de Agosto de 1858, llegaron al anochecer, á su quinta de Carabanchel, Rosalía y la Marquesa.

Isabel corrió á abrazar á se hermana : las dos se amaban tiernamente porque su comprendian.

Con Isabel salieron al encuentro de las recien llegadas, Juanito, su madre y el Sr. de Valdivia.

Como era tarde pasaron todos al comedor, durante la comida hablaron del viaje, de los adelantos de la colegiala, Juanito se esforzó en ser complaciente con su nueva prima, para dar celos á Isabel, y hallándose cansadas las viajeras, despues que se sirvió el thé, se retiraron Juanito y su madre, el primero con el encargo de anunciar en Madrid el feliz

arribo de su tia, y de invitar á los íntimos de la Marquesa para que al dia siguiente fuesen á comer á su casa de campo.

El Sr. de Valdivia salió tambien con ellos, pero ántes acercándose á la Marquesa;

— Podrá V. recibirme mañana, le dijo, para escuchar mi confianza y mi peticion.

— Iba á suplicar á V. que viniera, le contestó, porque mi calidad de muger, me hace estar impaciente.

Los huéspedes partieron, y Rosalía y su madre, que estaban muy rendidas, se acostaron.

Al dia siguiente bajó Isabel muy temprano al jardin, y como de costumbre Juanito la interrumpió recordándole que vivia en el mundo, con las palabras que copiamos :

— Hoy querida Isabel va á ser un dia de fiesta para los habitantes de esta preciosa quinta. Ayer noche apenas llegué á Madrid, fuí á casa de la Baronesa, y por fortuna mia hallé reunidos á casi todos los que buscaba. Mi llegada anunciando la de mi tia con su hechicera hija, que sea dicho de paso, es mas amable que tú, fué saludada con entusiastas

aclamaciones, qué efecto hice, qué efecto! todos me prometieron trasladar hoy sus reales á estos encantadores sitios, y vendrán ademas el señor de Valdivia que anoche al despedirse pidió una audiencia para hoy á la Marquesa, y vuestro jóven Apeles, Gabriel Garcia por otro nombre, que por haber estado en Roma y haber pintado un cuadro bueno sabemos lo que será, anda mas hueco que un miriñaque. Celebraré que no admitan su cuadro en la esposicion, porque francamente, me parece que tú le miras con buenos ojos, y si fuera mi rival, ah! si lo fuera; pero como hay que tener diplomacia en el mundo, le he tratado afectuosamente, le he dicho que viniera, y para animarle le he anunciado que encontraria hoy en esta casa infinitos asuntos para otros tantos cuadros. La Baronesa con sus dos hijas forman un grupo digno de Goya, tú mi querida prima puedes servir de modelo para una estátua de la indiferencia, y los demas.... pero en fin lo cierto es que he cumplido perfectamente el encargo de mi adorable tia, y que vengo, prima del alma, á poner á tus plantas mi magnífico triunfo, como los antiguos guerreros, etc, etc.

Isabel apenas prestó atencion á este largo discurso, y notándolo Juanito, se fué acometido por un acceso de desesperacion, á pedir un refrigerio... porque segun su confesion tenia debilidad de estómago.

Rosalía se presentó en la puerta del jardin, y corrió de nuevo á arrojarse en los brazos que le tendió su hermana.

Estaba hermosa: su cuerpo esbelto y elegante, pero con esa elegancia natural que hace resaltar la belleza de las que la poseen, su rostro, en el que una mezcla de facciones como las de las mugeres mas hermosas del Norte con esas tintas de las del Mediodia, combinadas y armonizadas de un modo sorprendente, le prestaba un encanto indescriptible, sus ojos garzos, ardientes y espresivos, su cabellera de ébano luciente y fina, todo este conjunto de atractivos, hacian de ella una de esas mugeres que forma el Hacedor, destruyendo despues el molde en que las ha vaciado para que no tengan igual.

Su aspecto dulce é imponente á la vez, causaba admiracion, al escuchar su acento tímido casi siempre, despues de haberla visto, no podia menos

de sentirse hácia ella una viva simpatía, porque despertando con su presencia el respeto que inspira una matrona, producia con sus palabras sencillas y espresivas la impresion que nos causan las inocentes aldeanas.

Todo lo que sentia su corazon lo repetian sus labios. Por otra parte, recien salida del convento, sin conocer el mundo, sin mas trato que el de las colegialas sus compañeras, parecia cortada, y solo al hallarse al lado de su hermana se encontraba en su centro : como el pez necesita el agua y el pájaro el aire, Rosalía necesitaba respirar en el círculo de su familia; habia nacido para la vida íntima, y la sociedad que apenas conocia comenzaba á parecerle una prision, dorada si se quiere, pero al fin una prision.

Isabel deseaba aquella primera entrevista, porque queria mucho á su hermana, le interesaban sus amores con el huérfano de quien tanto se habian ocupado en sus cartas, y conociendo que debia aprovechar aquellos momentos en que se hallaban solas, le pidió que calmase su ansiedad.

— Tú tambien me contarás tus secretos, le dijo Rosalía.

— Los mios muy tristes, porque empiezo á perder las esperanzas, le contestó Isabel, pero tambien sabrás cuanto he pensado, cuanto me ha sucedido. Ahora querida hermana, refiéreme tus pensamientos.

Cuando mamá no te comprenda, cuando nadie quiera escucharte calificando tu pasion de una locura, yo estaré á tu lado, yo te consolaré y te alentaré.

Las dos jóvenes enlazadas por sus brazos, comenzaron á pasearse por una calle de árboles, y Rosalía que por su parte no deseaba menos que su hermana aquel momento de espansion, empezó á confiarle los misterios de su alma, misterios que tambien deben saber nuestros lectores para formar una idea completa de ella.

— Con que vamos, dijo Isabel, cuéntame lo que sientes por ese jóven, todo lo que te ha sucedido desde que no me has escrito, los proyectos que tienes, las esperanzas que alimentas.

— Todo lo que me pasa es muy estraño, y si he de confesarte la verdad soy muy feliz. ¿No es cierto Isabel que el primer latido de amor de nuestro

corazon es el primer síntoma que nos revela nuestra existencia?

Yo por mí sé decirte que vivia tranquila, preocupada con mis estudios, con mis juegos, sin pensar en otra cosa mas que volver á vuestro lado.

Estas eran todas mis esperanzas, y su realizacion me prometia una felicidad sin límites; pero cuan engañada estaba! ¿Será que los que se divierten en las grandes reuniones del mundo no conocen el amor? — Yo no lo sé, pero te aseguro que desde el primer momento en que abandoné mis primitivos ensueños, por los que me inspiró la presencia del honrado hijo que lloraba al pié del ataud de su madre, me creí mucho mas feliz, y hoy no me cambiaria por la muger mas dichosa de la tierra. Desde que mi jóven... amigo se alejó del convento prometiendo buscarme y ofrecerme un dia con el nombre de esposa un cariño mas grande, mas eterno que todos los del mundo, sentí mi alma regenerada, y sin poder explicarme cómo, dejé de ser una niña para convertirme en muger. Las grandes fiestas de la sociedad que yo me pintaba á mi modo, el bullicio de los salones, no molestaban, necesitaba

la soledad, pero la soledad con él, que es para mi el complemento de la vida. En vez de maldecir los lazos de la tierra, en vez de acobardarme los pesares, los disgustos, las enfermedades de la vida, las esperaba resignada. Estando él á mi lado nada podia infundirme temor. Aunque la muger es débil y está condenada á sufrir, cuando es buena y se consagra por completo á amar á un hombre digno de ella, Dios se apiada de su debilidad, y le ofrece como puerto de salvacion los tiernos brazos de un esposo El lujo, el fausto, no valian nada á mis ojos, eran miseria, si los comparaba con la pobreza socorrida por mí, con los consuelos ofrecidos al dolor y á la desgracia.

Si él llega á ser mi esposo, como es pobre me gustará serlo tambien, decia yo : nunca saldré de la esfera en que me coloque mi amor, y en cualquier parte seré feliz si me acompaña su cariño.

En vez de figurarme escenas suntuosas, me complacia en observar durante mis paseos á las pobres mugeres que llevaban en sus brazos á sus hijos, y al advinar las incomodidades, las inquietudes que sufrian con ellos, daba gracias á Dios porque sen-

tia en mi alma fuerzas, no solo para soportar, sino para desear aquellas inquietudes. Comprendia la felicidad de aquellas mugeres que podian pagar á sus maridos con una sincera caricia sus largas horas de trabajo, comprendia su tranquilidad al estar separadas de ellos, porque podian decirse. « Piensa en mí, el sudor que corre por su frente riega el pan que sostendrá mi vida para consagrarla á su adoracion; » y al comparar sus horas serenas con las de las mugeres, cuyos esposos viviendo en la ociosidad, no pueden menos de engañarlas, envidiaba su suerte; y estas aspiraciones tan modestas, esta vida apacible, sin ruido, sin grandes goces, pero sin grandes dolores, es mi mas dulce esperanza, la delicia mas santa de mi corazon.

Las cosas mas insignificantes, las mas vulgares, al verlas rodeadas con el prestigio del amor, me parecen encantadoras. ¡Cómo le cuidaré, qué cariño mas grande me inspirarán las paredes que nos guarezcan del frio, los muebles que nos ofrezcan comodidades, los campos, los paisajes que veamos juntos! Todo cuanto él toque, será para mí sagrado, su alegría será mi bien, y nuestra vida pasará de este

modo solitaria, pacífica, llena de esos encantos que desperdicia el mundo, no porque nada valgan, sino porque no los ve. Estas ideas son, mi querida Isabel, las que debo á mi amor, ideas realizables que me hacen muy dichosa. Acostumbrada á amarle de este modo, cuando le vuelva á ver, le confiaré todos mis sentimientos, y Dios y el mundo nos bendecirán. ¿No lo crees así?

Pues no; ¿quién habria de atreverse á turbar tu felicidad? exclamó Isabel besando la frente de su hermana, y admirándola porque su lenguaje purísimo demostraba que la verdadera felicidad de la vida no es la que ofrece la imaginacion, sino la dulce y tranquila esperanza qua una conciencia limpia y un alma virtuosa deja entrever, á los que sin salir del mundo, buscan en él las venturas que encierra ¿Quién habria de atreverse, repuso, á destruir unas ideas que te ennoblecen?

— Sin embargo, dijo Rosalía con timidez, él no cree que mamá acceda á nuestra union. Como su posicion es tan humilde...

— En cuanto mamá sepa el santo amor que os une, accederá.

-- Es que aun hay mas, añadió Rosalia con un acento de profunda tristeza; y luego como tomando una resolucion continuó : Voy á darte una prueba de cariño haciéndote una confianza. Antes de fallecer en el convento, su pobre madre le reveló su orígen. Seducida, y abandonada por su amante, no pudo darle el nombre de su padre, y segun él me ha dicho, es hijo natural. Yo no he podido comprender lo terrible de estas palabras, pero deben ser muy terribles, porque al pronunciarlas lloraba y añadia; « Nos separa una inmensa distancia; te buscaré como te he prometido, tú me amarás eternamente, pero ni tu familia consentirá jamás en nuestro enlace, ni la sociedad me admitirá en su seno porque soy un hijo desheredado. « ¿ Puede esto suceder? ¿Tiene la culpa de haber nacido de este modo?

— No, Rosalía, dijo Isabel, participando de la tristeza de su hermana, pero no se equivoca; el mundo castiga injustamente en el hijo el pecado del padre, y ese será un obstáculo... Con todo él es honrado, y si te ama, como crees, no desmayes : mamá se paga un poco de las preocupaciones sociales;

pero una madre que lucha entre el bien de su hija y el qué dirán del mundo, acaba siempre por ser madre. Cuenta conmigo para todo.

Estas palabras derramaron un dulcísimo consuelo en el corazon de Rosalía, y terminada aquella conversacion, en la que no se pronunció ni una vez siquiera el nombre de Gabriel, iba Isabel á confiar á su hermana sus sentimientos y su historia, cuando la voz de la Marquesa las llamó. Aplazando para mas tarde aquella relacion, corrieron las dos jóvenes al encuentro de su madre, al mismo tiempo que Juanito, dando grandes voces, anunciaba la llegada de los amigos que debian pasar el dia en la preciosa quinta de Carabanchel.

Pero antes de pasar adelante, debemos referir la conversacion que mientras Isabel y Rosalía paseaban por el jardin, tuvo la Marquesa con el Sr. de Valdivia, quien pretestando negocios urgentísimos, salia de la quinta, al mismo tiempo que entraban en ella los personages anunciados por Juanito.

CAPITULO XIX

Un paso decisivo.

Nuestros lectores recordarán que el Señor de Valdivia, á quien han conocido durante el curso de nuestra historia como emigrado en Baztan, con el nombre de Gabriel ante Lucía, y con el de Diego ante su protector y la sociedad madrileña, buscaba en su retiro de Londres los medios de aturdir sus remordimientos.

Su soledad le daba miedo, y abrigaba un proyecto que debia ofrecerle, con su realizacion, cuanto necesitaba.

El mismo dia en que llegaron á Carabanchel Rosalía y su madre, dijo á esta última que deseaba hablarle, y convinieron en que al siguiente tendrian una entrevista.

Poco despues de haber bajado Rosalía al jardin á pasear con su hermana, anunció el criado á la Marquesa la llegada del Señor de Valdivia, y apresurándose á recibirle, los dos se hallaron en uno de los gabinetes de la casa de campo.

La Marquesa era una de esas señoras excelentes de corazon, de ameno trato, y amante de sus hijas; pero creyéndose infalible en sus opiniones al pensar en su felicidad.

De un carácter muy franco, y expresiva con sus amigos, era muy estimada, y su virtud y la dignidad de sus acciones, le hacian tener mucho ascendiente sobre las personas que la rodeaban.

Siempre habia estimado al Sr. de Valdivia, y le miraba como á un amigo íntimo, como á uno de esos seres que, sin ser miembros de la familia, forman parte de ella por concesion voluntaria, por costumbre.

La Marquesa contaba ya cincuenta y cuatro años, pero se conservaba bien, y era una de esas señoras á quienes la edad no quita los encantos, no hace mas que cambiárselos.

Pensaba mucho en el porvenir de sus hijas, y

aunque el prospero estado de su fortuna no le hacia temer por su suerte, deseaba, como todas las madres, casarlas, pero casarlas bien.

Sin saber porqué, habia creido adivinar la confianza que iba á hacerle Valdivia, y muy dispuesta en su favor, le recibió, ya lo hemos dicho, con gran intimidad.

Diego sabia aprovecharse de las ocasiones, y despues de saludarla y de apurar todas las frases que en semejantes casos sirven de introduccion á todo diálogo, entró de lleno en la cuestion, y habló de esta manera á la Marquesa :

—La confianza que voy á hacer á V., Señora, dijo Diego con acento solemne, le causará estrañeza, pero qué quiere V., todos tenemos que pasar en el mundo por el mismo camino, y los que no caen al principio no pueden menos de caer al fin. En una palabra, yo que siempre he creido que la vida de soltero era la mas á propósito, la mejor para el hombre, hoy, con la conviccion de la práctica, he pensado...

— Que ha vivido V. en error, ¿no es verdad? interrumpió la madre de Rosalía. Doy á V. gracias en

nombre de mi sexo, porque le proporciona V. un triunfo.

— Ah! sí, señora, un hombre solo es una planta parásita, un ser inútil, nada. Llega un dia, como á mí me sucede, en el que el mundo hastía, en el que las ilusiones se van, en el que no queda mas que el vacío á nuestro alrededor, y es porque no tenemos una muger cariñosa que se interese por nosotros, porque nos faltan esos cuidados que los hijos inspiran y que llenan la segunda mitad de la vida. ¿Qué es una casa donde no hay una esposa y un hijo? A mí la mia me parece un desierto; y despues de reflexionar muchísimo y de comprender que no puedo vivir así, despues de ver que cuento con los medios para contraer nuevas obligaciones, he decidido cambiar de vida, casarme; y esta es la confianza que me proponia hacer á V. : ahora tenga V. la bondad de escuchar mi peticion.

— Antes, dijo la Marquesa, permítame V. que le dé mi enhorabuena por su modo de pensar. No solo le ennoblece, sino que le hace á V. alcanzar á mis ojos mayor estimacion.

— ¿V. aprueba que me case?

— Lo creo muy bien pensado.

— Ah! tantas gracias, eso me alienta para esponer á V. mi pretension.

— Veamos en que puedo complacerle.

— V. sabe, señora, que yo, gracias á la proteccion del marqués, logré reunir en Méjico una fortuna regular. Pues bien, mientras que he estado en Inglaterra me he ocupado en arreglar mi capital aumentado, en realizarlo, lo he traido á Madrid, y me propongo utilizarlo aquí para que me produzca mas aun, y sobre todo, para tenerlo á mi disposicion y librarle de quiebras. Sumando lo que me puede dar, he visto que poseo lo suficiente para vivir en la esfera en que hasta ahora he vivido, y proporcionar á la esposa que elija cuantas comodidades bastan para completar la felicidad. Partiendo de esta base, he buscado la digna compañera á quien debo ofrecer mi vida y mis cuidados, y he creido encontrarla. ¿No adivina V. quién puede ser, Marquesa?

— Yo... dijo la Marquesa afectando ignorancia... no adivino... no caigo...

— Pues yo se lo diré á V. Soy muy observador, conozco el mundo, y sé apreciar las cualidades de

las mugeres; ¿no comprende V., señora, que he fijado mis ojos en una de sus queridas hijas?

— Oh! tantas gracias, exclamó la Marquesa; V. nos hace muchísimo favor...

— No tal, si V. me otorga el bien que mas ambiciono en el mundo. Mi edad no es ciertamente un atractivo...

— Por al contrario, amigo mio, yo sé que la esperiencia solo se adquiere con los años, y conozco cuan necesaria es para la vida.

— Cree V. entonces que no será un obstáculo...?

— Voy á hablar á V. con franqueza. Como todas las madres, he pensado mucho en el porvenir de mis hijas, y he visto con dolor que los jóvenes de la actual generacion son capaces de todo, menos de hacer feliz á una muger. Esto me ha dado muy malos ratos, y mi bello ideal ha sido siempre enlazar á mis hijas con hombres dignos de ellas, de nobles sentimientos y juiciosos. Usted y yo somos antiguos amigos, ambos estamos enterados de nuestra posicion, y en mi concepto la alianza que V. me propone no haria mas que aumentar el afecto que ya nos profesamos.

— Será cierto, Marquesa... ¿V. acepta? dijo Diego no pudiendo disimular la alegría que le proporcionaba el triunfo que obtenia.

— Por mi parte con gusto, añadió la excelente señora, que huyendo de un peligro, del que la juventud con sus desórdenes podia causar á cualquiera de sus hijas, caia en otro no menos terrible. Pero pensaba bien de Diego, informes muy recientes le hacian creer que su fortuna era efectivamente sólida y crecida, y le consideraba un buen partido. Con este motivo le preguntó... ¿Y cual de las dos es la que... merece su predileccion?

— Señora, la eleccion era difícil. Isabel es un ángel, Rosalía es su hermana, y con esto lo digo todo; pero desde el principio, cuando aun era muy niña, me inspiró Rosalía un vivo afecto; mientras que ha estado en el colegio no he cesado de pensar en ella, V. habrá visto que en todas mis cartas la nombraba, y puedo asegurar á V. que hoy su felicidad es mi mayor deseo, ¿Querrá V. concederme la mano de Rosalía?

— Si por mi fuera, amigo mio, respondió la Marquesa no pudiendo á su vez ocultar su satis-

faccion, si por mi fuera, en este mismo instante daria una respuesta afirmativa; pero una madre no puede disponer por completo en estas cosas; V. nunca ha hablado con Rosalía, no sabe V. si aceptará con gusto, aunque creo que sí, sus bondadosos ofrecimientos; yo, por mi parte, no profeso el principio de mandar en estos casos, me gusta aconsejar, y no puedo decir á V. otra cosa sino que le daria el nombre de hijo con gran satisfaccion. Yo hablaré con la niña, la aconsejaré; indíquela V. tambien sus proyectos, y si accede, aunque es muy jóven y no corre prisa casarla, la voluntad de ustedes dos será la mia.

Valdivia al escuchar estas palabras, y creyendo su triunfo seguro, porque contaba con la sumision y la inesperiencia de Rosalía, manifestó su gratitud á la Marquesa, le rogó que apresurase el momento de informar á la jóven de sus deseos, y juzgando que con su ausencia llamaria la atencion de la colegiala, y queriendo al mismo tiempo hacer ver á su madre que sacrificaba sus gustos al cuidado de sus intereses, pretestó urgentes ocupaciones, y salió de la casa de campo ébrio de gozo, y contando con su

imaginacion los productos que aquel enlace reportaria á su empequeñecido crédito.

La Marquesa estaba muy contenta. ¿Qué madre no lo está cuando cree haber encontrado la felicidad para sus hijos? Valdivia le parecia un hombre honrado, rico, de juicio, y estaba decidida á influir con su hija para que le aceptase. Contando desde luego con que la voluntad de Rosalía seria la suya, satisfecha y deseando dar parte de su satisfaccion, llamó á sus hijas para comunicarles la nueva.

— Venid, venid, les dijo, tengo que daros una buena noticia.

Las dos se apresuraron á escucharla, sin saber explicarse cual seria la causa de la alegría que demostraba el rostro de su madre.

— El Sr. de Valdivia que acaba de salir, continuó diciéndoles, me ha confiado un proyecto que me ha llenado de satisfaccion.

— ¿Qué proyecto? preguntaron las jóvenes.

La Marquesa no pudo contestarles, porque en el momento en que iba á hacerlo, se presentó Juanito anunciando á los convidados, los que corrieron á

abrazar á Rosalía, porque casi todos eran amigos de su infancia.

La voz de la Marquesa detuvo á Isabel en el momento en que se disponia á confiar á Rosalía los sentimientos de su alma : la llegada de los amigos de la Marquesa impidió á esta comunicar á sus hijas una noticia que hubiera destruido su alegria en vez de acrecentarla.

La Providencia tuvo piedad de Rosalía.

Asistamos ahora con la Marquesa y con sus hijas, á la animada recepcion, que durante aquel dia dispensaron á sus convidados.

CAPITULO XX

Alegria y dolor.

Precedidos de Diego, penetraron en el jardin la Baronesa del Salto, señora de sesenta años, remilgada, y compuesta con gran coqueteria, y de la que podia decirse que estaba condenada á tener la risa en los labios; Lucrecia, su hija mayor, una morena de veinte años, de rostro franco, resuelta, bulliciosa; Olimpia, su hermana, rubia, de ojos azules, tipo enteramente opuesto al de la anterior : el Sr. de Noriega, un abogado de cuarenta años, que habia sido procurador fiscal en casi todas las provincias de España, y que habia logrado una plaza de relator en la audiencia de Madrid, daba el brazo á la Baronesa; Arturo, un militar de veinticinco años, tipo perfecto de la carrera que profesaba, servia de caballero á Lucrecia, y Olimpia venia al

lado de Luis, auxiliar del ministerio de Estado, que no tenia de diplomático mas que la forma, careciendo del fondo.

Todos estos personajes entraron, como decimos, en el jardin, y las muchachas se comieron á besos á Rosalía y á Isabel, y el sexo feo las saludó lo mismo que á la Marquesa, dividiéndose en grupos, despues de la salutacion.

— ¿Con que ya de vuelta? dijo la Baronesa sonriéndose.

— Sí, mi querida Iréne, y te doy gracias por haberte apresurado á venir, lo mismo que á estos caballeros por su amabilidad.

— Señora, yo...

— Es un deber...

— Cuando ha pasado mucho tiempo, agrada...

Estas tres frases fueron el resultado que dieron las tres inteligencias de los recien entrados, despues de haber estado en prensa, para contestar á las galantes frases de la Marquesa.

— Ya no te acordarás de tus amigas, de la infancia, ¿no es verdad? dijo esta á Rosalía.

—Pues no me he de acordar, respondió la colegiala.

Las señoras mayores y el Sr. de Noriega se sentaron en un banco, Arturo, Luis y Juanito se pusieron á hablar de la última corrida de caballos, y entre tanto las jóvenes que formaron un delicioso grupo, hablaron lo siguiente :

— Sabes que estás muy guapa, Rosalía, dijo Lucrecia... No lo hubiera creido.

— Es favor.

— Y tú, chica, ¿qué me cuentas? preguntó Olimpia á Isabel.

— Nada... ya sé que estuviste en el concierto del general.

— Sí por cierto... mi prima Eugenia llevó el mismo vestido de siempre, y la generala no se separó en toda la noche del secretario de la embajada inglesa. Si vieras cuanto me rei con Arturo, ¿no es verdad? añadió, dirigiéndose al jóven militar que se acercaba al grupo femenino.

— Pues no ha de ser si V. empeña... Y tú, muchacha, ¿qué me dices? preguntó á Rosalía... Supongo que ahora no llorarás como antes cuando te rompia las muñecas, ¿no es verdad?

— Ya ves, los tiempos varian.

— Y tú tambien... Estabas tan delgaducha, tan... Pero ahora ¿quién se acerca á tí?

— Siempre has de estar de broma, dijo Isabel, sonriendo...

Arturo se alejó, y Lucrecia continuando su interrumpida conversacion:

— ¿Tienes novio? preguntó á Rosalía.

— Yo... no.

— Dilo con franqueza.

— Os lo aseguro... ¿y vosotras...?

— Pues es claro... Habiamos de estar sin él: yo por mi parte, escucho á Arturo, que aunque es un tronera, me divierte, y para darle celos, suelo tambien hacer caso de Luis.

— Dos! exclamó Rosalía espantada.

— Ya se ve que sí... es el mejor sistema, con eso cuando uno falta, el otro... pero no tengas cuidado, yo te enseñaré el modo...

— ¿Y Olimpia tiene novio? preguntó Rosalía, queriendo averiguar si era ella la única que pensaba con rectitud.

— Yo, no... balbuceó la aludida bajando los ojos y poniéndose colorada.

— Di que sí, interrumpió Lucrecia... sino que esta es una beata. La obsequia el Señor de Noriega, y como Olimpia, lo que quiere es casarse, acepta sus favores.

— Pero es viejo para ella...

— Viejo! buena es esa... Todos son lo mismo... Te digo la verdad, no conoces el mundo, y tendremos que enseñarte á vivir.

Lucrecia se separó del grupo para ir á decir á Arturo que no queria que hablase con Rosalía, y á Luis que no se alejase de su lado en todo el dia; Olimpia fué á reunirse con su madre y la Marquesa, que hablaba con Juanito; y Rosalía é Isabel quedaron un momento solas.

— Válgame Dios, Isabel... exclamó la primera... ¡cuantas cosas me han dicho...!

— No les haga caso, repuso Isabel, ni siquiera saben que viven.

Cinco minutos despues fué general la conversacion, se formaron mil planes para pasar el dia agradablemente, y se puso á votacion un proyecto de baile al anochecer que, sostenido por Juanito en un discurso como todos los suyos, fué aceptado.

Las cinco de la tarde iban á dar, y la Baronesa. que sentia debilidad de estómago, preguntó á la Marquesa :

— ¿Estamos ya reunidos todos los que hemos de comer contigo?

— Aun no : todavía nos falta un convidado...

— ¿Quién? quién?... gritaron á una Olimpia, Lucrecia y sus jóvenes acompañantes.

— A ver si lo adivinais.

— ¿El baron del Soto?

— ¿La mamá de Juanito?

— ¿El conde de la Espada ?

— ¿El Sr. de Valdivia ?

— Ninguno de esos, no lo acertais, y os lo voy á decir.

— El Señorito Don Gabriel Garcia, dijo un lacayo, presentándose en la verja del jardin y anunciando la llegada del jóven pintor.

— Ahí le teneis, exclamó la Marquesa, y como todos le querian, corrieron á su encuentro mientras que Rosalía, que se habia conmovido visiblemente al escuchar el nombre que habia pronunciado el criado, cayó medio desmayada en los brazos de Isabel...

— ¿Qué tienes? le preguntó su hermana sobresaltándose.

— Ese nombre...

— ¿Cual...?

— El que acaba de decir el criado.

— ¿Qué, habla...?

— Es el del huérfano, el de...

— Gabriel Garcia! añadió Isabel estremeciéndose.

— Sí.

— ¿Y es ese jóven que llega con mamá?

Rosalía miró, y su rostro se cubrió de un vivo carmin.

— Ah! sí, es él... dijo: la Providencia le trae á mi lado... ¡Gracias, Dios mio!

— ¡Era él mismo! murmuró para sí Isabel, quedando sumida en un profundo abatimiento.

Ninguno de los asistentes se apercibió de la emocion ni del diálogo de las dos hermanas, porque todos se dirigieron á la verja, y cuando volvieron con Gabriel, Rosalía estaba repuesta, y la pobre Isabel, resignada, al menos por el momento, á ocultar á su hermana el dolor que habia causado en su alma con su última revelacion.

Antes de que llegara Gabriel con los demas, se apresuró á decirle.

— No puedes figurarte cuanto me alegro que sea él, porque es mi salvador, y se asemeja en alma, al hombre que mas cariño me ha inspirado en el mundo.

La emocion de Gabriel, su sorpresa no fué menor que la de Rosalía.

La Marquesa le presentó á su hija.

Los convidados formaron diversos grupos. Isabel fué á buscar á Juanito, quien, segun le dijo, desesperado por no alcanzar su amor, estaba examinando los árboles para colgarse de uno de ellos.

Rosalía y Gabriel no se atrevian á hablarse, se miraban furtivamente, y aunque les parecia haberse conocido toda la vida, era tal su emocion, que permanecieron algunos momentos silenciosos.

Gabriel habló por fin.

— Rosalía... dijo... la Providencia nos ha reunido... ¿Nos separaremos ya alguna vez?

— Nunca, le respondió la jóven, no podria vivir.

En aquel instante sus manos se estrecharon im-

pulsadas por un mismo movimiento; y aunque habian hablado muy poco durante su vida, habian pensado tanto el uno en el otro, se amaban de tal manera que despues de pronunciar algunas frases mas, al anunciar el criado que la comida estaba pronta, se separaron cambiando estas palabras :

— Juro ser tuya hasta la muerte, dijo Rosalía.

— Y yo hacerte feliz á costa de mi vida.

El anuncio del lacayo puso en movimiento á los convidados.

— Vamos... vamos al comedor, gritaron todos.

— Gabriel, deme V. el brazo, dijo la Marquesa.

— Deme V. el brazo, repitió la madre de Lucrecia y de Olimpia, dirigiéndose á Luis; sus dos pimpollos se agarraron á los brazos de Arturo la una, del Sr. de Noriega la otra, y Juanito, entusiasmado porque su prima le habia hecho caso, gritó :

— Yo voy con Isabel.

— No, dijo la Marquesa, tú irás con Rosalía, guiando á estos señores hasta el comedor.

Todos fueron entrando en procesion, y la Marquesa, su hija Isabel y el jóven pintor, quedaron solos un instante.

— Isabel, mi querida Isabel, le dijo su madre, tengo que darte una noticia, la alegría no cabe en mí, y para desahogarme, quiero decírtela antes de que comamos.

Gabriel, que oyó estas palabras, se retiró por delicadeza para no oir aquella confianza; pero la Marquesa, que le estimaba mucho, que le trataba con franqueza, y sobre todo que deseaba decir á alguien lo que las circunstancias le habian obligado á callar á todos, volviéndose hácia él.

— No se vaya V., Gabriel, le dijo, pues no faltaba mas, V. es como de casa, y puede oir lo que voy á decir á Isabel.

— ¿Qué es? mamá, preguntó con impaciencia la jóven, al mismo tiempo que Gabriel obedeciendo á la Marquesa, se acercaba á las dos.

— El Sr. de Valdivia me ha pedido la mano de Rosalía.

— ¿Y tú?

— Yo, por mi parte, se la he otorgado... Es una buena boda, añadió dirigiéndose á Gabriel... Vamos al comedor, que notarán nuestra tardanza.

Un rayo no hubiera herido á Gabriel con mayor violencia que las palabras de la Marquesa.

¿Era posible que al tocar el fantasma de su felicidad, al oirle, desapareciese tan pronto de su vista? ¿Era aquel el premio que la Providencia reservaba á su abnegacion, á su heroismo?

La fria etiqueta de la sociedad le hizo comprimir su dolor; en cuanto terminó la comida, no pudo menos de pedir permiso á la Marquesa para retirarse.

Cuando se vió solo, pensó en que la posicion de Rosalia la separaba de él, y su abatimiento fué inmenso.

No tardaremos en voler á encontrarle.

Isabel, por su parte, sorprendida con la noticia que acababa de oir, sufrió horriblemente, y no podia explicarse los sentimientos que experimentaba su alma.

Para ella no comenzaba la lucha, no hacia mas que agravarse.

Pero aun faltaba otra víctima.

Cuando todos los convidados abandonaron la quinta de Carabanchel, la Marquesa dió cuenta á

Rosalía de los proyectos del Sr. de Valdivia, le demostró cuanto placer la proporcionaria accediendo á ellos, y no queriendo oir su respuesta, y rogándolo que la pensase bien antes de pronunciarla, se retiró á su habitacion.

Aquella noche no durmieron tres seres, cuyo único delito era tener corazon.

Gabriel, Rosalía y su hermana experimentaban una angustia terrible; el mundo parecia conjurarse contra ellos, y las lágrimas del mas profundo dolor anegaban sus ojos.

¡Pobres almas! ¡No veian que los ángeles del cielo velaban todavía al lado suyo!

CAPITULO XXI

Misterios de la vida.

Nuestros lectores nos permitirán que los llevemos un instante al lado del Sr. de Valdivia, en aquella misma noche en que las lágrimas de su desventura no dejaban cerrar los ojos á Gabriel, ni á las inocentes hermanas.

Tambien él velaba; pero por uno de esos fenómenos inexplicables á veces, cuando se juzgan sin profundizarlos, mientras las almas puras y nobles de los jóvenes sufrian, la suya, culpable y envilecida, esperaba.

Las últimas ilusiones de su vida se agrupaban ante su vista en forma de guarismos, y contaba las horas de la noche al mismo tiempo que se entregaba á una multitud de operaciones algebráicas, que

nos permitiremos calificar de *matemáticas... impuras*, porque las dictaban la codicia, el interés mas censurable, el egoismo mas refinado.

El hombre que en lo mejor de su juventud finjió tan bien el papel de emigrado ante los honrados habitantes del valle de Baztan, el que pudo pagar la proteccion del comerciante de Málaga sustrayendo de su caja los caudales que habia puesto bajo su custodia; el que sedujo á una candorosa jóven, engañándola, deshonrándola y abandonándola cuando el fruto de su amor bullia en sus entrañas, debia ser capaz de cualquier cosa por absurda, por censurable, por inícua que fuese.

Habia pedido la mano de una jóven rica, y se la habian concedido, creyéndole no solo honrado, sino rico tambien.

Lanzado por esta senda que en su concepto debia conducirle á la felicidad, á la felicidad como él la imaginaba, no solamente no podia retroceder, sino que estaba decidido á conquistar el triunfo, á costa de su conciencia, de su crédito, de su vida.

Ni un solo instante se le ocurrió que Rosalía pudiera rechazarle.

— Es una niña, no conoce el mundo, la idea de casarse la fascinará, y despues... yo la manejaré á mi antojo, se decia con la mayor conviccion.

No contaba con que Rosalía tenia un alma privilegiada, un carácter formado, y sobre todo una adoracion ciega á Gabriel; pero movido por sus ilusiones, lo que menos pensaba era en una derrota,

Todo habia salido hasta entónces á medida de su deseo.

El único hombre que conocia los antecedentes de su vida desde los años de su juventud, el único que habia sabido la seduccion y el abandono de la hija de Sr. de Zornoza, el elegido por la Providencia para que recordase á Diego todos sus estravios cuando olvidase á los seres que le debian su desgracia, no descubriria á nadie los secretos de su amigo de la infancia, porque le convenia que medrase.

Manuel, que así se llamaba, era uno de esos hombres, que sin oficio ni beneficio, dominados por la pasion del juego, viven en una continua fiebre, siendo capaces en el delirio, de cometer cualquier delito, de llevar á cabo cualquier infamia.

No habia podido hacer fortuna, porque arrojado

de la casa de comercio de Málaga, donde empezó su carrera al lado de Diego, en vez de procurar librarse de una pereza atroz que tenia esclavizado su espíritu, entró de lleno en la vida del vicio, y llegó hasta París reuniéndose de nuevo con su amigo, y contaminándole.

Mas tarde volvieron á verse en Méjico, y allí Manuel, imitando á su camarada, modificó momentáneamente su carácter, trabajó algo y pudo reunir lo suficiente para regresar á España y vivir deshogado algunos años, pero en el vapor le asaltó su antigua aficion al juego, perdió todos sus ahorros, y Dios sabe cual fué su vida desde esta época hasta el dia en que, por una casualidad que causó gran pesar á Valdivia, se hallaron los dos amigos en Madrid.

Diego, con su influencia, le proporcionó algunos empleos de los que fué separado por motivos poco honrosos, y al fin y al cabo tuvo que limitarse á entrar de dependiente en casa de un banquero.

De cuando en cuando visitaba á su amigo, pero ambos convinieron en no tratarse con confianza á los ojos del público, en no tutearse ni hablar de su pasado mas que en el fondo del gabinete íntimo de

Diego, donde nadie, ni sus criados pudieran escucharlos.

Como es de presumir, esta concesion de la parte de Manuel, costaba á Diego mucho dinero, que su amigo le pedia *prestado,* amenazándole si por acaso le hacia alguna objecion, con publicar su historia y desacreditarle en el gran mundo.

Diego se conformaba y repetia :

— Este hombre es mi conciencia, pero puedo comprar su silencio.

Por una estraña coincidencia, el principal de Manuel era el banquero de la Marquesa de la Llana, y el dependiente sabia aprovecharse de esta circunstancia para dominar por completo á su amigo.

— La Marquesa te estima mucho, le decia, pero el dia que me juegues una mala pasada, te desprestigio á sus ojos, y no te vuelve á abrir la puerta de su casa.

Diego sabia que era capaz de hacerlo, y le mimaba adelantándose á complacerle, por mas que en el fondo de su alma le maldijera á cada instante, inquieto y temeroso de su lengua.

Diego perdió en la Bolsa, ya lo hemos dicho, per-

dió las dos terceras partes de su fortuna; pero solo Manuel fué confidente de esta terrible pérdida.

Como sabemos, marchó á Lóndres, y á su vuelta dijo á su amigo el pensamiento que le animaba, y le pidió su ayuda, ofreciéndole un premio exhorbitante.

Manuel pudo prestarle un gran servicio, y se apresuró á trabajar en su favor con la esperanza de que la mejor parte en el triunfo de su amigo, seria la que él sacase.

Al dia siguiente de la llegada de la Marquesa, fué muy temprano á Carabanchel por encargo de su principal á entregarle unas cuentas; y la buena señora que, como ya hemos dicho, creia adivinar la confianza y la peticion que le habia anunciado Diego, dirigió al jóven dependiente estas palabras:

— Parece que el Sr. de Valdivia goza de mucho crédito en la Bolsa.

— Yo lo creo, Señora, contestó Manuel, tiene un gran capital, y lo que es mas precioso en los negocios, una inteligencia superior un acierto que maravilla, para el manejo de los intereses.

— ¿Y en cuanto se valúa su capital?

— En un millon de duros.

Acto continuo buscó Manuel á Diego, le confió lo que habia hablado con la Marquesa, y no queriendo desperdiciar la ocasion, le pidió adelantados seis mil reales para vivir un par de meses, porque, segun le dijo, proyectaba abandonar al banquero, y, con un jóven dibujante, á quien habia conocido en una casa de juego, y que se distinguia por su gran habilidad en la falsificacion de toda clase de letras y documentos, llevar á cabo una jugada que les daria por resultado algunos miles de duros.

Valdivia se alegró de tener de este modo en su poder á su amigo, porque efectivamente si se atrevia á descubrir sus secretos, él á su vez, ó antes de que pudiera hacerse oir, le entregaria á los tribunales como falsificador.

Así pues, no le inquietaba tanto el temor de que se descubriera su pasado, y la idea de su triunfo le sonreia.

Era un instante de falsa felicidad, quizás para que el castigo fuese mas cruel, pero lo cierto es que pa-

ra él sonreian todas las ilusiones, mientras que los tres jóvenes sufrian.

Apesar de su ansiedad, dejó pasar un dia sin ver á la Marquesa, y al siguiente se encaminó á Carabanchel.

Allí supo que Rosalía se encontraba indispuesta, y la Marquesa, que no podia darle aun una contestacion definitiva, pretestó que la repentina indisposicion de su hija lé habia impedido confiarle los deseos de Valdivia.

La respuesta quedó aplazada algunos dias, pero Diego no perdió la esperanzá.

— La idea de casarse al salir del colegio, repetia, le halagará, y al cabo será mi esposa, y yo no seré víctima de la pobreza, del abandono, del remordimiento.

Ah! ¿cómo, Dios mio, pueden aspirar al bien y creer conseguirlo los que han sembrado el mal?

Busquemos la resolucion de este problema.

CAPITULO XXII

Los buenos y los malos.

Nuestros lectores desearán conocer algunos detalles de la situacion en que se hallaban Rosalía, su hermana y el jóven pintor.

Nada mas justo, y por eso nos apresuramos á complacerlos.

Al dia siguiente de la funesta revelacion, Isabel, como tenia de costumbre, se levantó muy temprano y bajó al jardin.

Las flores y los árboles comenzaban á tomar esas tintas melancólicas que hacen del Otoño la estacion del recogimiento, de la tristeza, de los suspiros.

No hacia veinticuatro horas, que allí mismo, debajo de aquel cielo, al lado de aquellos árboles, de aquellas fuentes, habia soñado la mas dulce, la mas

encantadora de las felicidades; y al despertar, los mismos objetos que habian sido testigos de sus esperanzas lo eran de su dolor.

Con una imaginacion exaltada, creyendo posible realizar en el mundo los bellísimos delirios de su alma, aquel golpe era un golpe de muerte para su corazon.

Si la siguiéramos en el revuelto laberinto de sus ideas, la calificariamos de loca, y no era mas que desgraciada.

Su situacion era cruel.

Amaba con toda la fuerza, con toda la intensidad de un alma mucho tiempo comprimida, creia próxima su ventura, y en un instante descubria que el hombre que inspiraba su amor no sentia por ella mas que amistad, y que la venturosa rival que le robaba su cariño era su hermana, su hermana á la que profesaba una verdadera adoracion!

¿Por qué martirizarla con este dolor si era un ángel?

La Providencia tiene misterios impenetrables que deben acatarse.

— No... se decia... no quiero presentarme á los

ojos de mi hermana : conoceria en mi rostro que yo he codiciado su dicha, que yo he tratado de robarle la felicidad. ¿Pero podré renunciar á la mia, podré resignarme á ver morir todas mis ilusiones? No... tampoco... Dios mio, dame fuerzas para soportar la terrible prueba á que me sometes... aparta de mi mente las ideas infames que quieren sorprenderme... No... tú has querido que ellos sean felices... yo no debo turbar su tranquilidad, yo no debo ser un fantasma que se levante entre ellos... me odiarian, y necesito que me amen, necesito al menos que sean dichosos...!

Entregada á esta lucha, le parecia no encontrarse en el mundo, creia andar errante por el caos, y que dos espíritus se la disputaban : el del bien y el del mal. El uno le gritaba :

— Sé generosa, sé lo que Dios ha querido que seas, un ángel de consuelo, sacrifícate en el mundo para ganar la morada de las vírgenes.

El otro le decia :

— No renuncies á tu único bien. Tú has hecho mucho por ese jóven, te deberá sus triunfos, le necesitas para vivir, dile que le amas, y aunque no sea

mas que por gratitud, caerá á tus piés. Apresura la boda de tu hermana con ese hombre que desea ser su esposo, sacrifícala á tus deseos, y si no puedes, pronuncia al menos una palabra, confiesa los sentimientos de tu alma, y ya que no realices tus ensueños que tampoco ellos sean dichosos. Mátalos con el puñal con que te mata el destino.

Isabel oia estas dos voces, la última que hablaba la convencía, su corazon entretanto sufria un intenso dolor.

La anunciaron que Rosalía se habia quedado en el lecho, y solo al oirlo, avergonzada por haber escuchado las palabras del espíritu del mal, sintiendo renacer en su alma todo el cariño que profesaba á su hermana, corrió á su lado y cubriendo de besos su frente, derramó con ella un abundoso llanto.

— No, se dijo, no turbaré su felicidad, contribuiré á ella.

Desde entónces se sintió mas tranquila, escuchó con evangélica resignacion las quejas de su hermana y pudo consolarla.

Dios se habia apiadado de ella y le abria las puertas del cielo.

Rosalía no sufria tanto como Isabel, pero tambien sufria muchísimo.

Estaba segura de que nadie en el mundo podria destruir su voluntad, sabia que tarde ó temprano, fácil ó difícilmente seria la esposa de Gabriel; pero habia confiado en vencer los obstáculos, habia creido que la Providencia la ayudaria desde el momento en que vió á Gabriel cuando menos lo esperaba, y en donde no podia imaginarse, y despues el golpe que recibió al oir la noticia funesta la impulsó á abarcar con su mirada las inmensas dificultades con que debia luchar; y aunque no se amedrentó por eso, el dolor que le habia causado la primera impresion, la dejó en el mayor abatimiento.

Las palabras de Isabel mitigaron su pena.

— No llores, Rosalía, le dijo, nuestra madre es buena; si te ha ofrecido como ventajoso tu enlace con el Sr. de Valdivia, es porque te ha creido libre, porque una madre desea ver bien casadas á sus hijas y porque de este modo se ha figurado labrar tu felicidad. En cuanto le hables con franqueza, en cuanto le pidamos de rodillas, si es preciso, que renuncie á esa union que comienza costándote lágri-

mas, verás como nos oye y como su acendrado cariño nos saca de la dolorosa situacion en que nos hallamos. Animo, hermana mia. Dios no puede querer que sufran las almas virtuosas, y la tuya es la mas pura, la mas noble, la mas angelical de la tierra.

La esperanza volvió á sonreir á la jóven, y esperó.

Gabriel en tanto sufria el efecto de sus terribles pensamientos: habia realizado sus deseos de artista alcanzando una pension para trazar en Roma un cuadro del que estaba satisfecho; habia conseguido que el sacerdote perdonara á su madre y le abriera sus brazos; por una dichosa casualidad habia conquistado el aprecio de la familia de Rosalía, y la habia hallado cuando menos podia imaginárselo; pero al mismo tiempo que recibia todos estos bienes de la mano de la Providencia, su destino le colocaba en la situacion mas difícil, mas inminente, mas dolorosa del mundo.

Despues de haber sabido que un hombre rico, digno de toda la estimacion de la Marquesa, habia pedido la mano de Rosalía, ¿cómo podria atreverse

á estorbar una union en la que una cariñosa madre cifraba la felicidad de su hija, él, que nada podia ofrecerle, ni siquiera su nombre? Por otra parte, ¿cómo defraudaria las esperanzas de la Marquesa despues de haberle merecido tanta confianza, puesto que le habia comunicado antes que á nadie uno de los secretos mas íntimos de su familia?

Confesad que no podia ser mas cruel la situacion de un jóven pundonoroso, de nobles sentimientos, y que al mismo tiempo no contaba con nada para poder decir:

— La felicidad de Rosalía es mi amor; y puedo darle todo lo que los demas hombres.

Despues de muchas horas de reflexion decidió sacrificarse, y resolvió no volver á ver en su vida á Rosalía.

Esperaria en Madrid el resultado de su cuadro, y partiria en seguida al extranjero: de este modo nunca tendria que acusarse de haber quitado á la muger que mas amaba una ocasion de ser feliz.

Esta resolucion, obra de su delicadeza y de un instante de abatimiento, en el que sin embargo creyó

poder vencerse, fué mas dolorosa para su alma, y necesitando consuelo, lo buscó en las palabras del sacerdote á quien confió todas sus penas.

— ¡Pobre hijo mio! le dijo el padre de Lucía... Crees poder contar con tu abnegacion... Ay! no... la adoras demasiado, y durante tu vida su ausencia será para tu corazon un dolor incurable.

El pobre anciano pensó en vez de ayudarle á desistir, ayudarle á conquistar la felicidad que necesitaba, y aquel mismo dia escribió á su apoderado del valle de Baztan, dándole ciertas instrucciones, que no creemos deber referir por ahora á nuestros lectores.

Ocho dias despues, llegó á Madrid el cuadro que Gabriel debia presentar en la Esposicion, y como desde Roma lo habia dirigido á la casa de la Marquesa, recibió aviso de su llegada por una carta de Isabel, concebida en estos términos :

« Gabriel,

» Lo sé todo, y quisiera hablar con V. ¿Porqué no ha vuelto V. á casa? Mamá lo ha estrañado y desea verle. El cuadro de V. ha llegado esta mañana, y es-

peramos á que V. venga. No tarde V. : se lo ruega su hermana.

» ISABEL. »

Esta carta destruyó todos los propósitos del jóven, y en aquel mismo dia, impulsado por una fuerza irresistible, llamó á la puerta de la Marquesa.

Habian regresado de Carabanchel y habitaban en su casa de Madrid.

Cuando llegó, no estaba la Marquesa, pero le recibieron Isabel y su hermana.

Los tres no se hubieran reconocido al volver á verse, si sus corazones no se hubieran estremecido al sentir el contacto de sus manos; tan demudados estaban, y tanto habian padecido en aquellos pocos dias!

Isabel dejó solos á Rosalía y á Gabriel.

— Rosalía, dijo el jóven: ¡Cuánta felicidad y cuánta desgracia!

— No... respondió Rosalía, no habrá desgracia si tú me quieres tanto como me has prometido, si tú no me abandonas.

— ¿Abandonarte yo?

— Y qué no has comenzado á hacerlo?

— Rosalía...

— En ocho dias, ¿cuantas veces has venido á casa?

— ¿Has podido dudar?

— Sí, he dudado; porque mientras que yo buscaba tu amparo para oponerme á los deseos de mi madre, mientras que yo te llamaba para que me animases, tú, lejos de mí, sin saber si sufria, ni una palabra de consuelo me has enviado, ni una esperanza me has hecho concebir.

— Antes que tú, he sabido que otro hombre te ofrecia su nombre y sus riquezas, ¿cómo podia aspirar á destruir la esperanza de tu familia?

— ¿Y dices que me amas?

— Ah! mas que nunca, Rosalía.

— No me basta que me lo digas, necesito que me lo pruebas.

— ¿Cómo?

— Jurando de nuevo no abandonarme.

— Rosalía...

— Yo juro ser tuya, aunque tenga que desobedecer á mi madre, aunque tenga que ir á buscarte,

aunque vivamos en la mayor pobreza. ¿Me juras, tú, ser mio, abrirme tus brazos en cualquier momento, venir conmigo hasta el altar de Dios para que bendiga nuestro enlace?

Gabriel dudó un instante, quiso callar, pero no pudo.

— Sí, te lo juro, dijo; y sus manos se juntaron, y Rosalía sintió en su frente los labios de su amante.

En esto entró Isabel anunciándoles que habia llegado la Marquesa.

— Soy un miserable, se dijo Gabriel, antes de jurar, he debido pensar en mi orígen.

Todos salieron al encuentro de la Marquesa.

Gabriel sufrió una reprimenda cariñosa de la madre de Rosalía por haber estado tanto tiempo sin visitarlas.

— Dentro de cuatro dias, le dijo, quiero que venga V. á pasar la noche en nuestra compañía : todos nuestros amigos, que desean ver el cuadro, asistirán á la reunion, y es necesario que el héroe de la fiesta acuda á recibir el homenaje de sus admiradores.

Rosalía pidió á Gabriel que fuese, con una de esas

miradas suplicantes que son á un mismo tiempo una promesa y un deseo.

Aceptó el jóven la invitacion, pasó á una sala donde estaba su cuadro, y los criados lo desembalaron bajo su direccion á presencia de la Marquesa y de sus hijas, que no pudieron menos de admirarle.

Gabriel notó que los ojos de Rosalía se humedecian con una tiernísima lágrima.

Aquel primer triunfo que obtenia su talento, y los juramentos que poco antes habia hecho la jóven, le dieron ánimo, y se separó de ellas esperando que Rosalía venceria á su madre, ó que él podria ofrecerle en breve un nombre glorioso y una posicion modesta, pero honrada.

Cuando entró en su casa, se hallaba algo mas tranquilo.

Valdivia por su parte estaba entusiasmado con la esperanza de su próxima boda, y cuando Rosalía juraba á Gabriel eterno amor, se ocupaba en formar el presupuesto de los gastos que tendria que hacer á fin de conquistar con los preparativos de su enlace, ya que no el corazon, al menos la imaginacion de la ex-colegiala.

Aquel dia terminó de este modo : Rosalía esperaba, Isabel resignada sentia una ventura indefinible al pensar que su hermana podria ser feliz, la Marquesa confiaba en que su hija accederia á sus deseos : solo Gabriel al volver á su casa, al hallarse con su conciencia, sufrió porque habia jurado, sin recordar que un hombre como él, desheredado, sin amparo, sin nombre, sin fortuna, no podia ofrecer una felicidad que jamás le habia sonreido.

El momento de tregua cesó, y comenzó la lucha tomando mayores proporciones.

Gabriel no volvió á ver á Rosalía, y terminados los cuatro dias de plazo para la reunion anunciada por la Marquesa, se acercaba el momento que mas temia.

¿Saldria de Madrid sin ver á Rosalía? ¿Tendria valor para volver á verla por la última vez?

Su ansiedad era cruel!

Los buenos y los malos se hallaban en la situacion que hemos descrito, ocho dias despues de la llegada de la Marquesa con su hija.

Desde entónces los acontecimientos debian sucederse con mayor rápidez, y nosotros á fuer de ver-

daderos historiadores los vamos á seguir sin detenernos á comentarlos, porque ellos por sí mismos dirán mucho más de lo que nosotros podríamos decir para poner en evidencia la justicia de ese Supremo Ser que rige los destinos de la tierra.

CAPITULO XXIII

Dos resoluciones.

El dia 15 de Agosto fué un dia memorable para los personages de nuestra historia.

La Marquesa habia tenido varias conferencias con Rosalía y con Don Diego.

Este último apremiaba.

Rosalía se mostraba apesadumbrada, huia de su madre para no darle una respuesta definitiva, y encontraba consuelo confiando á Isabel el profundo dolor que le causaba la ausencia y el silencio de Gabriel.

Esta última, que llevaba en su alma la ilusion muerta de su felicidad, procuraba calmarla, pero sus palabras eran tristes.

La Marquesa, respondiendo á las vivas instancias

de Valdivia, le prometió sacarle de sus dudas en la entrevista que tendrian el 15 por la noche.

Con este fin, suplicó á Rosalía que la buscase antes de la hora fijada para la recepcion.

Este momento, que se acercaba á paso de gigante, era para la angustiada amante un fantasma espantoso. ¿Qué podria decir á su madre? ¿Tendria valor para desoir sus ruegos, para oponerse á sus mandatos, para cumplir su juramento, cuando Gabriel parecia abandonarla?

Durante la tarde, buscó los medios de evitar la entrevista anunciada.

Cuando empezaba á anochecer, Isabel fué á su cuarto, y la encontró llorosa.

— ¿Por qué lloras así? le preguntó con la mayor inquietud.

— ¿Y tú me lo preguntas, dijo Rosalía enjugando su llanto, Gabriel ha cambiado, desde hace cuatro dias no viene, no me busca despues de haber sabido que desobedeceré á mi madre, si es preciso, para seguirle? No ha tenido valor para luchar.

Isabel procuró calmar su exacerbacion, todo fué inútil.

— Esta noche vendrá, le dijo.

— Será tarde, repuso Rosalía, mamá quiere saber esta noche mi resolucion, y yo ignoro si puedo contar con él.

Isabel no sabia que decirlo, cuando llamó un criado y le entregó una carta.

Era para Rosalía y las dos hermanas reconocieron en el sobre la letra de Gabriel.

— Le culpabas, dijo Isabel, y le culpabas sin razon, verás como te animan sus palabras.

Rosalía rompió el sobre y se puso á leer.

Aquella carta era la resolucion del jóven, el resultado de la terrible lucha que habia sostenido.

Una mortal pálidez apareció en el rostro de Rosalía á medida que devoraba con sus ojos las líneas de la carta.

Al concluir, cayó abatida en una butaca, y entregando la carta á Isabel:

— Lee, lee, le dijo, ya no me quiere, me abandona; y sus ojos se inundaron de lágrimas.

Isabel leyó los siguientes renglones.

« Rosalia, si acepto tus promesas, tendremos que luchar, tú contra una madre cariñosa, y yo contra

una protectora. Tú serás mala hija, yo un desagradecido. No merezco la dicha que hemos soñado juntos. Perdóname, Rosalía, y obedece á tu madre. Con la muerte en el alma me despido de tí, porque tengo que renunciar á mi felicidad, y porque me separo de tu lado, siendo perjuro. No tengo valor para estrechar tu mano por la última vez. Mañana, muy temprano, saldré de Madrid. Adios. »

Al terminar la lectura de la carta, Isabel, profundamente conmovida, no sabia qué decir á su hermana.

Rosalía, levantándose de pronto, impulsada por una idea que cruzó por su mente, exclamó:

— No se irá...

— ¿Qué proyectas hacer? preguntó Isabel con ansiedad.

— Voy á hablar á mamá, á confesarle la verdad; pero es preciso que no me abandone, que no se aleje de Madrid.

Sin perder un instante, escribió una carta á Gabriel.

« Si te vas, si me dejas, creeré que nunca me has amado. Si vienes esta noche, y confiado en mí, te

atreves á arrostrar las consecuencias de un paso decisivo, habla con mi mamá, pídele que nos una. Yo voy, en este instante, á confesarle que jamás podré ser la esposa de ese hombre que me destinan, porque amo al único que puede hacerme feliz. Ten ánimo, Gabriel, y, de todos modos, te ruego, en nombre de tu madre, que vengas esta noche. »

Isabel se encargó de que llegase á manos de Gabriel la carta de su hermana, y Rosalía, resuelta firmemente á arrostrar todas las consecuencias de su determinacion, entró en el gabinete de la Marquesa.

No la esperaba, y como siempre huia de ella por temor de tener que responder definitivamente á sus preguntas, fué grande su sorpresa.

Ademas una madre lee siempre en los ojos de su hija el estado de su corazon, y la Marquesa, al ver á Rosalía, comprendió que habia llorado y que sufria.

Al verla entrar se apresuró á tenderle sus cariñosos brazos.

— Has llorado, hija mia, ¿qué tienes? ¿qué te pasa? le preguntó con maternal solicitud.

— Nada, mamá, respondió Rosalía, sintiendo que sus fuerzas flaqueaban un poco, al descubrir la magnitud con que, á sus ojos, aparecia la empresa que habia decidido llevar á cabo.

La Marquesa continuó, interrogándola.

— ¿Para que me ocultas tus penas? le dijo; no eres leal conmigo. Desde que te he comunicado la pretension del Sr. de Valdivia, has cambiado enteramente de carácter. Tú, que siempre me has profesado un inmenso cariño, huyes de mi, evitas toda clase de entrevistas conmigo, te encuentro triste á todas horas. Esta situacion no pode continuar. Ya que has venido á verme, es preciso que hablemos con franqueza. ¿Te disgusta el enlace que te ofrezco?

— Sí, mamá, respondió Rosalía, ¿para qué engañarte?

— ¿Y eso te hace sufrir?

— Eso me mata.

— Eres una niña, dijo la Marquesa, sonriendo, y tu imaginacion te asusta sin motivo. ¿Crees acaso que al apoyar la pretension de un hombre á quien estimo, es porque quiero desprenderme de tí? No,

hija mia, serénate y escucha. El Sr. de Valdivia es un hombre formal; cuando era jóven le protegió tu padre, y al volver se deshizo en elogios de su talento, de sus excelentes cualidades. Despues regresó á España con una gran fortuna, y desde entónces ha sido nuestro amigo; te ha visto niña, se ha interesado por tu suerte, y quiere tu felicidad. Hé aqui el fantasma, una excelente boda, al salir del colegio. Ahora bien, ¿no le quieres porque dobla tu edad?

— No, ni he pensado en eso.

— Ya se conoce que no has pensado, añadió la Marquesa, y mas aun que ignoras, hija mia, como se halla la sociedad. Yo tambien he vivido de ilusiones. Tuve la suerte de encontrar en tu padre un hombre como pocos, pero ¿cuántas consiguen esta fortuna? Tiende la vista en derredor y observa. La juventud actual, y especialmente en nuestra clase, desconoce los santos lazos de la familia. Esos casinos, que encubren bajo la cristiana palabra de asociacion, el vicio mas aciago, el del juego, absorben su interés. Los que han pasado su niñez entre criados, porque sus padres han tenido que vivir en el gran mundo, los que no han conocido el valor del dinero

con que compran todos sus caprichos, los que, sumidos en el ocio, son capaces en un dia de apuro, hasta de negociar la herencia de sus familias, estos malos hijos no pueden ser ni buenos padres ni buenos esposos; se casan por lujo ó para derrochar mas tarde el dote de su infeliz muger con una cualquiera, y profanan el sacramento, llevando á él todas las pasiones, todas las torpezas de la vida mundana, y lo que es mas, hasta las enfermedades de su abatido cuerpo, que cuando han malgastado su capital, es todo el porvenir que dejan á sus hijos. Esta es la juventud de nuestra esfera por regla general. ¿Crees tú, que una madre que anhela el bien de sus queridas hijas, debe aspirar á enlazarlas con jóvenes así? Pues bien, por esto he demostrado una satisfaccion inmensa al ver que un hombre fuera de los combates de la primera edad me ha pedido tu mano; por eso te he rogado que oyeres mis consejos. ¿No es por tu bien? Respóndeme, hija mia, con toda libertad.

Tranquilizada Rosalía con el lenguaje cariñoso de su madre, con nuevo valor para confiarle su secreto, comenzó de este modo su revelacion.

— No sé si es tan terrible ese cuadro, le dijo; pero aun cuando lo fuera, yo me veria libre de los dolores que tratas de evitarme. Comprendo tus deseos, y los agradezco. Sí, yo sé que me quieres, y por lo mismo voy á decirte con entera franqueza, porque me desagrada la union que me propones. No es que me inspire desconfianza un amigo que tanto te interesa, es madre mia...

Al llegar aquí se detuvo, porque el rubor y el miedo se apoderaron de su alma...

— ¿Qué te detiene...? Habla, le dijo la Marquesa.

Era preciso, y al fin se resolvió.

— Pues bien, exclamó Rosalía, es porque amo á otro hombre.

Esta revelacion llenó de asombro á la Marquesa.

— ¡Tú, amar á otro hombre!

— Sí, soy culpable porque nada te he dicho; pero este sentimiento inunda mi alma, y me perdonarás habértelo ocultado, dijo la jóven, sin atreverse á fijar sus ojos en los de su madre.

— Has hecho mal en no advertirme, dijo la Marquesa con severidad, pero conociendo á fondo el corazon de su hija, y por otra parte no queriendo

asustarla, cambió de tono. ¿Y quién es? ¿Desde cuando le conoces? preguntó con interés á su hija.

— Le he conocido en Pau.

Esta contestacion de Rosalía acabó de calmar su inquietud, y con amabilidad.

— Pero, hija, le dijo, un amor de colegio no es un lazo formal. Nace de una mirada, se alimenta con los obstáculos, una flor, una carta lo sostienen, al fin deja un dulcísimo recuerdo y nada mas. Ayer no es hoy : ayer eras una niña, y hoy eres una mujer. Llorarás un dia, si escuchas mis consejos; y serás al siguiente, una esposa feliz.

— No, mamá, dijó Rosalía, impulsada por el purísimo sentimiento que abrigaba su alma, el amor que hay en mí, no es tan efímero. El jóven que lo inspira no es como todos. La desgracia le hizo simpático á mis ojos, despues nació el cariño y se arraigó en el alma. Nos separamos, y la distancia lo aumentó; nada ha podido destruir el lazo que nos une.

— Conque es decir que has abusado de mi confianza, repuso la Marquesa.

— Puedo alzar mi frente á los ojos de todo el mundo; y ahora te pido al menos, que no dispongas de mi mano hasta que él te haya hablado. Si me impusieras la obediencia, me exigirias un sacrificio inmenso.

— Comprendo que te hallas bajo la influencia del primer amor, y yo bien sé lo que he de hacer, dijo la Marquesa, pensando para sí que poner resistencia seria perder la confianza de su hija, y hacer tomar á aquellas relaciones, que le parecian un capítulo de novela, las proporciones de un suceso deplorable. Creyó mas oportuno esperar, y preguntó á Rosalía;

— ¿Está ese jóven en Madrid?

— Sí, mamá, y te aseguro que muy en breve podrás verle y oirle. Hasta tanto no me preguntes mas.

— En fin, como ha de ser... voy á probarte mi cariño... Le escucharé, veré si te conviene... Yo esperaba esta noche anunciar en la reunion tu enlace con Valdivia.

— Ah! no por Dios...

— Aplazaré este paso, pero prométeme confiar en

mí, y dejarte guiar por una madre que te adora. No estés triste, hija mia.

— Ya no lo estoy, dijo la jóven, corriendo á abrazar á su madre.

El criado anunció la llegada de Diego, que debia comer con la Marquesa y con sus hijas; todos pasaron al salon, y un cuarto de hora despues al comedor.

Valdivia se esforzó en estar amable con Rosalía, pero el aspecto de la jóven le hizo augurar fatales resultados para su pretension.

Al terminarse la comida, tomaron el café en el gabinete de la Marquesa, y despues Isabel y su hermana, con pretesto de arreglar su tocado para la recepcion de aquella noche, dejaron solos á la Marquesa y á Valdivia.

Rosalía estaba satisfecha de la resolucion que habia tomado.

CAPITULO XXIV

Recuerdos inoportunos.

Hemos dicho que la Marquesa y Diego quedaron solos.

Antes de repetir el diálogo de estos dos personages, tan importantes en nuestra historia, justo será manifestar la impresion bajo cuya influencia vivia Valdivia en aquellos momentos.

A cosa de las nueve de la mañana, entró en su cuarto el dependiente del banquero, ó mejor dicho el ex-dependiente, porque habia dejado su destino, y en sus ojos conoció Diego que habia pasado la noche en blanco.

— Hoy es el gran dia, dijo Manuel al saludar á Diego, hoy se va á dar el golpe.

— Y por eso te hallas tan pálido y ojeroso, pre-

guntó Valdivia á su amigo, al mismo tiempo que este se arrellanaba en un sillon.

— No tal, estoy tranquilo, respondió : ese chico dibujante que me ha ayudado tiene el diablo en el cuerpo, y al ver los pagarés y las letras que nos proponemos *negociar*, nadie diria que son hermanas del famoso beso de Judas. Pero no he dormido en toda la noche, era preciso tenerlo todo pronto para hoy, y lo que mucho vale mucho cuesta : así es que los dos hemos velado.

— ¿Y en qué puedo servirte? le preguntó Valdivia, deseando en sus adentros que su amigo se fuese, y no volviese á recordar su nombre, porque era un criminal y temia que le comprometiera.

— ¿En qué puedes servirme? dijo Manuel. Es una cosa bien sencilla. He venido á pedirte... no te asustes que no es dinero, he venido á pedirte de almorzar, porque no tengo casa, y como pienso emprender esta noche, si todo sale bien, un viaje muy largo, he despedido á mi cocinera. Ya ves que no deseo serte gravoso.

Un cuarto de hora despues, almorzaron juntos, y escitado por el sabroso vino de Málaga con que le

obsequió su forzado anfitrion, al pasar del comedor al gabinete de Diego, se vió asaltado por un profundo sueño que acabó por dominarle cuando se sentó en una butaca.

Eran las diez de la mañana, y á las once se despertó sobresaltado. Diego, aprovechándose del sueño de su amigo, habia escrito varias cartas y terminaba su correo, cuando la voz agitada de Manuel le apartó de su tarea.

— ¿Qué hora es, Diego? preguntó levantándose de pronto.

— Las once, contestó Valdivia, pero ¿qué tienes...? ¿qué motiva tu agitacion?

— No es nada... me asusté... creí que era mas tarde. Figúrate que me he dormido, y que durante el sueño se ha apoderado de mí una maldita pesadilla... ¡Pícaro vino...!

— Será preciso que nos separemos.

— Yo lo creo, cada cual á su negocio; pero antes, quiero contarte el sueño... qué, si es lo mas estraño! Apuesto cualquier cosa á que te pongo de mal humor.

— ¿De mal humor...?

— Lo que oyes. Escucha y tiembla, como dijo

Otelo. Era una noche deliciosa, yo paseaba por las orillas de un transparente lago, un lago de novela. Todo convidaba á gozar, como diria Lamartine, aquel poeta que estaba en voga cuando nosotros viviamos en Francia. De pronto sale de entre las aguas un fantasma, su ropage era blanco, avanza hasta la orilla, pisa el césped, se dirige hácia mí, y su vista me deja inmóvil, petrificado... ¡Qué opresion sentia en el pecho! A medida que avanzaba el fantasma, percibia sus formas: era una muger, y traia en sus brazos un niño. — ¡Bah! debí yo decir para mis adentros al cerciorarme, este fantasma poco daño me puede hacer: prosigamos andando. Apenas doy el primer paso, oigo una voz que pronuncia mi nombre. Vuelvo los ojos, y el fantasma se hallaba á mi lado. ¿Quién dirás que era...? Si parece mentira... pues era nada menos que Lucía, aquella chica que sacaste del valle de Baztan, llevándola á París, y que al partir á América dejaste abandonada con su niño.

Al oir, Diego, estas palabras, se estremeció; una mortal pálidez cubrió su rostro, y quedó profundamente pensativo.

Manuel, sin reparar en su emocion, continuó su relato:

— Pues sí, era ella con sus ojos lánguidos, y su cara de vírgen embellecida con el blanco ropage que cubria su cuerpo. Al oir su voz, me detuve de nuevo. Quise hablar, y no pude. Ella fué la primera que interrumpió el silencio: « ¿Donde está mi Gabriel? me preguntó. » Ya te acuerdas que tú, para ella, no eras Diego, sino Gabriel. » ¿Donde está? continuó, porqué me ha abandonado? » Le dije que ignoraba tu paradero, y ella enseñándome la criatura: « Mira, añadió, mira su hijo, está muerto; él le ha matado, y yo le busco para que le bendiga una vez, siquiera una. » En esto, comenzó á llorar, y despues impulsada por un vértigo, dejando el niño sobre el césped, se abalanzó á mi cuello con una fuerza hercúlea, y comenzó á gritar: « Infame, tú, tú has sido quien le ha arrancado de mi lado, tú quien le ha seducido con el oro del juego; devuélvele á su esposa y á su hijo; devuélvelo ó pereces. Era tal la presion de sus manos, que estaba á punto de estrangularme cuando, gracias á Dios, me desperté. ¿No te parece que ha sido esto

una pesada broma de parte del tunante de Morfeo?

Diego nada contestó, le abismaban sus pensamientos.

— Pero ¿qué tienes? dijo Manuel, reparando el aspecto sombrío de su rostro... te ha entristecido mi relato, ¿lo tomas por lo serio...? Bah! eres un pobre hombre. Ríete como yo... y como ella se reirá si ha podido atrapar á un inocente y le ha encajado el fruto de vuestro romántico amor. ¿Qué hombre no tiene un pecadillo como el tuyo? Todos somos iguales, Diego, y tú ya estás arrepentido. ¿Qué mas quieres?

— Quiero que olvides para siempre ese acontecimiento de mi vida, dijo Diego, levantándose de pronto con ira, y que me dejes en paz.

— Ves como te has puesto de mal humor... añadió Manuel, sonriéndose.

— Calla, y vete con Dios.

— Ya se ve que me voy á realizar algunos cuartos : ea hasta luego ó hasta el valle de Josaphat... y no seas tan podre de espíritu... Qué diablo, ten pecho como yo, tú sacaste á una chica de la casa paterna, y yo me marcho á ver si saco algunos duros

de la caja de un banquero... Conque lo dicho... y cuidado conmigo.

Manuel salió del gabinete de Valdivia, y este se dijo:

— Es preciso enmudecer la lengua de ese miserable.

Pero al quedarse solo se apoderaron de él los mas crueles remordimientos, y permaneció hasta el anochecer luchando brazo á brazo con su conciencia, que se habia valido de Manuel para darle el primer golpe.

Recordarle la seduccion y el abandono de Lucía, cuando aspiraba á la felicidad, que para él se reducia á tener dinero y una muger que ahuyentase con su presencia los fantasmas que en la soledad le asaltaban; cuando habia gustado las dulzuras de la esperanza, era acibarar sus últimas ilusiones, robarle la tranquilidad despues de haberle dejado saborearla algun tiempo.

La Marquesa le esperaba para comer, y dominando, por decirlo así, todas las voces secretas que en lo mas íntimo de su corazon le acusaban, desafiando al castigo que entreveia:

— Yo no soy el único que ha pecado en el mun-

do, se dijo, los demas viven y gozan, yo tambien viviré y gozaré.

Tiró del cordon de la campanilla y entró en el aposento su ayuda de cámara.

— Voy á salir, le dijo, si alguien viene á buscarme, dí que hoy no como en casa.

— Bien, Señor.

— Y si me traen alguna carta, llevámela en seguida á la calle de la Ballesta.

— Está muy bien, repuso el fámulo y añadió: El caruage está esperando... cuando Usia guste.

Diego subió á su coche, y un cuarto de hora despues saludaba á la Marquesa.

Durante la comida no cesó de pensar en el ensueño de Manuel. Mas tarde, cuando se quedó solo con la madre de Rosalía, el ansia que experimentaba, el temor que tenia de que sus planes encontrasen obstáculos, le hizo olvidar por un instante su impresion, y al quedar solo con la Marquesa, se apresuró á preguntarle:

— Y bien, señora, ¿qué noticias tenemos... puedo esperar esa felicidad que tanto ansío, ó debo renunciar á conseguirla?

La contestacion de la Marquesa le desconcertó.

— Amigo mio, le dijo, las noticias que puedo dar á V. no son buenas.

— ¿Cómo es eso, Señora? repuso Diego, afectando un sentimiento que no era el que experimentaba; ¿me desprecia Rosalía?

— Nada de eso... esta tarde me ha bablado, y reconoce como todos, las excelentes cualidades de V.; pero, segun me ha dicho con el llanto en los ojos, llanto de niña por supuesto, tiene V. un rival.

Un rival! exclamó Valdivia como herido por un rayo, porque no se le habia ocurrido que semejante obstáculo pudiera suscitarse.

Explicar el odio que sintió en aquel momento hácia el hombre desconocido que queria disputarle el único recurso con que contaba para vivir y olvidar su pasado, explicar la impresion que las palabras de la Marquesa produjeron en él, seria difícil; en vano quiso ocultar su emocion, y al verle desmayar, continnó la Marquesa con afabilidad, porque á pesar de todo sus esperanzas eran que al fin efectuaria el enlace de su hija con Valdivia.

— ¡Cómo es eso...! ¿tan pronto se da V. por vencido...?

—¡Ah! Señora, dijo Diego demostrando inquietud, desmayo porque veo con pena que habrá que renunciar á la ventura que mas he ambicionado,

—Nada de eso... Valdivia, no se han perdido todas las esperanzas, y aun puede ser...

— Pero ¿quién es ese rival?

— Le ha conocido mientras ha estado en el convento, y en mi concepto, debe ser algun jóven romántico, que por lo visto la ha seguido á Madrid... Un primer amor con toda su poesía y nada mas.

— ¿Y no merece la aprobacion de V. ? se apresuró á preguntar Diego, no comprendiendo la actitud de la Marquesa, que se mostraba tranquila y sumamente afable con él.

— Yo no cambio tan facilmente de opinion, dijo la madre de Rosalía con una especie de solemnidad, que calmó un tanto la ansiedad de Valdivia, ahora repito á V. lo que le dije al pedirme la mano de mi hija. Seria una madre muy feliz si la viera casada con V.; y á decir la verdad, añadió cambiando de

tono, estas noticias que le doy son mas satisfactorias de lo que parece.

—¡Satisfactorias! dijo Diego admirado, no comprendo porqué.

—Ese jóven, repuso la Marquesa, debe venir á hablar conmigo, y como todo es obra de la imaginacion en el amor que se profesan, la prosa de la vida destruirá sus ilusiones, él volverá á su patria, y Rosalía comprenderá que su felicidad es llamarse la esposa de un hombre que sepa colocarla en la posicion que merece.

La Marquesa hablaba con la mayor sinceridad y trataba á Diego con verdadero afecto al espresale hasta sus mas puériles ideas; pero este que veia las cosas de un modo diferente, que temia.

—No, Señora, objectó, la prosa de la vida no los separará, por el contrario en la juventud domina la pasion, y si Rosalía ve en mí un obstáculo, tenga V. por seguro que me odiará.

—Nada de eso, yo poseo su confianza, y he procurado no mostrarme severa para no enajenarme su cariño. Los dos, amigo mio, deseamos su felicidad, ¿nos es cierto? Pues bien, esperemos, observemos su

conducta, separémosla del mal, y nuestra obra alcanzará el triunfo mas dulcísimo que hayan podido obtener dos corazones que velan cuidadosos, que se sacrifican, si es preciso, por ofrecer á un corazon inocente, angelical, la ventura del cielo que ha perdido al bajar á la tierra. Todos seremos muy dichosos, y V. cuente siempre conmigo.

Al prononciar la Marquesa estas palabras, tendió la mano á Diego, y este se apresuró á estrecharla un poco mas tranquilo.

— Tiene razon, se dijo, contando con su apoyo, el tiempo me dará lo que deseo. Por un instante volvió á soñar.

La Marquesa deseaba pedirle un favor, y temiendo ser sorprendida con la llegada de sus convidados, sin perder un minuto, continuó diciendo á Valdivia :

— Ahora, mi buen amigo, tengo que suplicar á V. un favor.

— Ya sabe V., Señora, que puede disponer de mí, dijo Diego no adivinando lo que podia necesitar de él la Marquesa.

— Se trata de proteger á un jóven á quien esti-

mo mucho V. conoce al Director de la Academia de Nobles Artes; la esposicion va á inaugurarse en breve, y aquel muchacho que conocimos en Aranjuez, no sé si V. se recuerda, el que salvó á Isabel cuando V. estaba en Lóndres.

— Sí, ya recuerdo.

— Pues bien es el autor del cuadro que deseo enseñar á mis amigos esta noche. Sumamente modesto, estoy segura de que no se atreve á pedirme que le recomiende al jurado, para que en la colocacion de cuadros den buena luz al suyo, y como me intereso por su suerte, tendria un placer en merecer á V. esta recomendacion. Es un muchacho huérfano, segun creo: vive de su trabajo, pero en casa le profesamos mucho afecto, y ademas es un talento privilegiado, ya verá V. despues qué cuadro ha hecho. ¿Conque quedamos en que me hará V. este favor?

— Con mucho gusto, dijo Valdivia, y ¿cómo se llama ese jóven?

— Su apellido es vulgar, contestó la Marquesa, sonriéndose, pero yo espero que será célebre. Se llama Gabriel Garcia...

— ¡Gabriel Garcia! exclamó Diego, no pudiendo ocultar su emocion.

— ¿Le conocia V.?

— No... no, recuerdo, añadió Diego, procurando disimular el efecto que aquel nombre habia producido en su ánimo.

Nuevamente volvió á caer en el abatimiento en que por la mañana le habia colocado el ensueño de Manuel, y por fortuna suya no pudo apercibirse la Marquesa de su turbacion, porque Isabel entró á anunciarle que sus amigos la esperaban en el salon.

— Vamos, vamos allá, dijo la madre de Rosalía.

— Antes, Señora, dijo Valdivia, me permitirá V. que ponga cuatro letras para recomendar á su protegido.

La Marquesa é Isabel se dirigieron al salon donde ya estaban con Rosalía los amigos á quienes vimos en la casa de campo de Carabanchel y algunos otros mas, invitados por la amable Señora para que tributaran á Gabriel el homenage de su admiracion.

Diego quedó en el gabinete.

— ¡Gabriel Garcia! se dijo... Ese nombre... y recordando al jóven á quien solo habia visto una ó dos veces... no puede ser, continuó pensando... representa mas de veintidos años, y luego ese apellido lo llevan infinitas personas.

Valdivia se figuró un instante que podia ser el hijo de Lucía, pero no tardó en convencerse de que esto era imposible. Sin embargo, despues de haberle recordado Manuel uno de los períodos mas infames de su azarosa juventud, despues de recibir aquel terrible golpe, escuchar de los labios de la Marquesa un nombre que era el mismo que habia adoptado para engañar á una familia honrada, para infamarla, labrando la desdicha de una infeliz muger, sobre todo cuando aspiraba á un enlace, le pareció un sarcasmo ó un castigo; pero en un acceso de fiebre, porque fiebre era su exaltacion, exclamó:

— ¿No es bastante que haya pagado con una vida solitaria, angustiosa, en medio de la riqueza, un delito, que no soy el único que lo ha cometido? — No, no me arredran esos recuerdos que han evoca-

do, es necesario á toda costa que ya entre en la familia de la Marquesa, aunque sea preciso deshacerse á cualquier precio de ese hombre que quiere arrebatarme el triunfo. Sino, antes de un año, el desprestigio, la pobreza... la soledad.

Estas ideas acabaron de resolverle á dar un paso decisivo.

Pensó en Manuel para encargarle que le desembarazara de su rival, aunque fuese preciso cometer para ello un atentado, escribió la carta que habia ofrecido á la Marquesa, y con nueva energía se dirigió al salon.

Al pasar por una habitacion que separaba el gabinete de la Marquesa de la sala de recibo, encontró á Juanito, que corriendo á estrecharle la mano, le detuvo.

— Oh! mi Sr. D. Diego, dijo el recien llegado, aquí tan solitario cuando es V. en los salones el hombre á la moda, el asunto de las conversaciones.

— ¿Qué dice V.?

— Lo que V. oye. Hoy he comido en casa del banquero Martinez, un salon *comme il faut*, una señora

y dos vástagos femeninos, que cada uno vale un millon lo menos, y unas trufas... ¡qué trufas!—Pues, como digo, se ha hecho mencion de V. — « El Señor de Valdivia se casa con la hija menor de la Marquesa de la Llana, dijo la Señora de Martinez. »

— ¡Con mi prima! pregunté yo admirado; y ¿cómo lo han sabido ustedes? — « Nos lo ha contado la Baronesa que es muy amiga de su tia de V. » — Entonces lo creí, porque la Baronesa sabe todo lo que pasa en Madrid, y lo que no pasa, y venia á reñir con mi tia. ¡Cómo se entiende! proyectar bodas en esta casa sin darme parte... ¿Es esto justo? — Ante todo que sea enhorabuena.

Diego, en quien las palabras de Juanito no hacian mas que aumentar la ira, porque si no se realizaba su boda caeria sobre él un espantoso ridículo, figurándose que quizás en calidad de primo sabria algunos secretos de Rosalía, y afectando una gran modestia :

— No recibo la enhorabuena todavía, dijo, es necesario que su prima de V. acceda.

— ¿No ha accedido...? exclamó; y despues con

fatuidad siguió diciendo... Ah! ya caigo porque no se ha resuelto.

— ¿Ha hablado V. con ella?

— Pues no he de hablar, y me ha contado cosas..., añadió con misterio... cosas...!

— Intimas, ¿no es verdad?

— Intimas, no por cierto, repuso con malicia el constante perseguidor de Isabel.

— ¿A pesar de ser primos?

— Se dice que ser primo es una ganga, pero yo creo que es ser primo y nada mas; con todo he descubierto que...

Valdivia, que no podia contenerse, le dijo :

— ¿Sabe V. que hay un jóven de por medio?

— Pues ya se ve que sí.

Juanito no sabia una palabra, pero uno de sus defectos mas desarrollados era la fatuidad.

Al oir Valdivia su respuesta afirmativa sin ocultar su exaltacion :

— Su nombre, amigo mio, su nombre...

— ¿Cual?

— El de ese rival...

— Pero sí...

— Es necesario que yo lo sepa.

Ignorando que contestarle, se valió de un pretesto para aguardar á que su imaginacion le sacase del compromiso.

— Antes deseo saludar á la Marquesa. Venga V., y hablaremos, porque la historia es sumamente larga.

Los dos entraron en el salon, y Juanito, acercándose á su tia, y despues á una de las hijas de la Baronesa, y despues á cada una de las señoras presentes, siempre seguido de Diego, que anhelaba el relato prometido, procuró libertarse de sus preguntas hasta mas no poder.

Dejémoslos en el salon para volver á la habitacion contigua, en donde entró Gabriel al mismo tiempo que Valdivia y Juanito se dirigian al lado de la Marquesa.

CAPITULO XXV

Una revelacion dolorosa.

Gabriel estaba decidido á salir de Madrid, pero esta decision le costaba un inmenso sacrificio.

El deber dictó su última carta á Rosalía, el deber le incitaba á alejarse de su lado para siempre; pero al amor combatia con el deber, y al recibir la súplica de la jóven, al ver que en nombre de su madre le llamaba, y le pedia que hablase á la Marquesa, no tuvo valor para negarse á este ruego, y aunque pensaba que todo sería inútil, quiso apurar la copa del dolor que su padre acercaba continuamente á sus labios, desde el momento en que le abandonó.

Como hemos dicho, entró en la habitacion en donde habian estado hablando Valdivia y Juanito.

Su rostro revelaba la lucha de su espíritu.

Cualquiera que se hubiera detenido á examinar su mirada, hubiera dicho que ya no sonreia para él la esperanza, y era verdad, casi todas sus ilusiones habian desaparecido, y sufria horriblemente.

Al penetrar en casa de su protectora, su pulso temblaba, su paso era vacilante, pero no habia remedio, Rosalía le llamaba, necesitaba darle esta última prueba de su amor.

Deseaba, antes de entrar en el salon, hablar con la Marquesa, y la esperó en la sala contigua.

Esta habitacion habia sido elegida por Isabel para esponer el cuadro de su amigo. Era una sala que separaba el gabinete de la Marquesa del salon principal, lujosamente adornada como las demas habitaciones de la casa. En el espacio de pared que dejaban dos puertas con colgaduras de terciopelo azul, estaba colocado el cuadro teniendo al rededor varias lámparas solares. Una cortina, tambien de terciopelo y del mismo color, le ocultaba á la vista de todos, y segun el proyecto de la Marquesa, al pasar del salon á su gabinete para tomar el thé, descorre-

rian los criados la cortina, y los amigos admirarian la obra de su protegido.

Deseosa esta buena Señora de que nada faltase, salió un instante del salon despues de dar toda clase de satisfacciones á su comicamente enfadado sobrino, y halló á Gabriel, que impulsado por su ansiedad, se disponia á buscarla.

Con todo al verla tembló de nuevo.

— Usted aquí, Gabriel, le dijo la Marquesa con la mayor afabilidad. ¡Cómo ha tardado V. en venir, ya empezaba á dudar...! Todos nuestros amigos han preguntado por V. — Vamos, vamos al salon, yo quiero presentarles al héroe de la fiesta.

— Tantas gracias, dijo Gabriel con timidez, pero desearia antes de recibir esos honores con que se digna V. favorecerme, que me escuchase un solo instante. Tengo que hablar á V., y es muy probable que despues de haberme oido, me aconseje V. misma que no pase adelante.

Este lenguaje sorprendió á la Marquesa, porque no esperaba hallar semejante tristeza, en el hombre, en el artista á quien iba ofrecer un triunfo, una ovacion.

Gabriel añadió.

— Habia proyectado salir mañana de Madrid para siempre.

— ¡Salir de Madrid! pero ¿qué le sucede á V., preguntó la Marquesa interesándose vivamente, porque le profesaba un verdadero afecto; quizá alguna desgracia...?

— Una muy grande, respondió Gabriel con amargura, la de haber aspirado á ser feliz.

— Vamos, Gabriel, ya sabe V. que le aprecio muchísimo, que su bien me interesa... No dude V. en hablarme francamente que es lo que tiene V.

La Marquesa, que no podia imaginarse la causa de la profunda tristeza de su amigo, se figuraba que el jóven lamentaba alguna pérdida de intereses, y se proponia prestarle cuantos auxilios necesitase.

Gabriel, alentado por la amabilidad de la madre de Rosalía, se decidió á entrar de lleno en la cuestion.

— Señora, le dijo, V. me ha abierto las puertas de su casa, me ha prestado V. un apoyo casi maternal, y yo no he correspondido como debiera á estas bondades.

— No comprendo porqué, exclamó la Marquesa, estrañando cada vez mas el rumbo que tomaba la conversacion.

— Hace dos años, prosiguió diciendo Gabriel, salí de París con mi madre : viéndose enferma quiso volver á España. Los dos habiamos pasado una larga época de sufrimiento, y gastada por los dolores físicos y las angustias de su alma, veia llegar su último instante. Apresuramos el viaje, pero su mal no le dejó realizar sus deseos; por caridad nos recogieron en un convento destinado á la educacion de señoritas, y mi madre fué sepultada en Pau.

— ¡En Pau! dijo admirada la Marquesa; y adivinando el resto, le escitó á continuar.

— Allí, al perderla, añadió el jóven, encontré un alma que se apiadó de mi desgracia, que me tendió su mano. Yo no conocia el mundo, y el sentimiento de la gratitud se convirtió en amor. Despues, al comprender el terrible martirio que me esperaba, quise retroceder, pero era tarde. Perdóne V. al pobre huérfano. Rosalía habrá hablado con V., yo soy quien ha alcanzado su cariño. No ha sido culpa nuestra. Dios enlazó nuestra alma; pero este lazo

puede romperlo una sola palabra. Dígame V. que huya de su lado, y no la veré mas.

Facilmente comprenderán nuestros lectores la estrañeza que causarian en la Marquesa las palabras de su protegido. ¿Cómo podia imaginarse que él era el que inspiraba tanto amor á su hija? y sabiéndolo, y conociendo las cualidades de Gabriel, su virtud, su talento, ¿cómo aumentar su pesadumbre con un desprecio?

Para la Marquesa, la cuestion de fortuna no suponia tanto como la de honradez. Queria para sus hijas hombres honrados, y aunque perteneciente á la clase mas elevada de la sociedad, creia que el talento era una aristocracia superior á la suya.

Dominada por estos sentimientos en vez de mostrarse disgustada por la revelacion que acababa de oir, despues de una breve pausa, dijo á Gabriel con acento afectuoso.

— Rosalía me ha hablado, y francamente no creia que fuese V. el jóven que tanto le interesa. ¡Cómo pensar! Pero si antes lo hubiera sabido, al comprender que este amor podia hacerla venturosa, hubiera dicho á V. : « Gabriel, V. es

honrado, V. tiene talento, el mundo murmuraria hoy si le admitiera en mi familia, pero yo le ayudaré á conquistar un puesto honroso, y me deberán ustedes mas tarde una felicidad mayor de la que se imaginan, una felicidad que no podrán turbar las hablillas del público, que la envidia no podrá destruir. » Esto le hubiera dicho á V., y aunque Valdivia me ha pedido la mano de mi hija, como no ansía mas que su bien, y se resignará, esto es lo que le digo. Entremos al salon y desista V. de su viaje.

Gabriel oia las palabras de la Marquesa y le parecia estar soñando.

— Es posible, Señora, dijo casi llorando de alegría, ¿no me desprecia V.? ¿Podré aspirar á esta felicidad?

— La de mi hija, es mi único deseo.

La reaccion no tardó en arrebatar á Gabriel las nuevas esperanzas que le habian sonreido.

De pronto, y como herido por un rayo :

— Perdóne V., dijo á su protectora, la alegría me ha hecho olvidar un instante el deber. — Antes de que decida de mi suerte la voluntad de V., es nece-

sario que yo le diga mi posicion : quizá al saberla no piense V. del mismo modo.

— La pobreza no es un delito, se apresuró á decir la madre de Rosalía.

— No es la pobreza, es la desgracia, repuso el jóven. Perdóneme V. por haberle ocultado un secreto de mi vida. No he tenido valor para revelarlo, porque este secreto es una acusacion de los dos seres á quienes debo la existencia.

— ¿Que dice V. ?

— En mi fe de bautismo hay dos palabras que deshonran : Soy hijo natural.

Impulsada por un sentimiento instintivo, la Marquesa retrocedió dos pasos al escuchar esta revelacion.

— Ahora, añadió Gabriel, ya sabe V. mi orígen; para cumplir la voluntad de Rosalía, le pido á V. su mano, ¿me la concede V.?

— Gabriel, dijo la Marquesa con acento solemne: al artista pobre se la hubiera otorgado, al hijo natural no tengo mas remedio que negársela; y no comprendo como ha podido V., sabiendo su desgracia, fomentar un amor que en V. no lo juzgo de cál-

culo, pero que todas las personas que se hallan esta noche en mi salon lo calificarian de tal.

Esta respuesta anonadó al desventurado artista, cuyo único delito era haber sido abandonado por un inhumano padre. Compadecida la Marquesa, al ver su abatimiento:

— No le culpo á V., continuó diciendo, le compadezco. El hijo natural es la víctima propiciatoria de la corrupcion de las costumbres: la honradez le compadece en secreto, en público, con la sociedad, le rechaza. Representa una ofensa á la moral, y su castigo, que no puede alcanzar al padre desnaturalizado, porque se oculta, recae en el hijo, injustamente sí; pero no puedo dar la mano de mi hija á un hombre como V., ni me seria posible recibirle en mi casa, si se supiera ese secreto que hace V. bien en ocultar. De lo contrario, los que vieran á Rosalía casada con V., no pensarian de mí que al unir á ustedes, habia buscado su felicidad. « Esa madre, dirian, ha tenido que ceder á las circunstancias. » La calumnia se cebaria en nosotros, y... — no, Gabriel, es necesario que renuncie V. para siempre á ese amor desgraciado.

— Está bien, Señora, ahora mismo partiré, dijo el jóven, resolviéndose á aceptar el sacrificio.

— Ahora no, se lo ruego, repuso la Marquesa: ¿Qué dirian los amigos que le esperan á V. con impaciencia? Hay que fingir, Gabriel, este es el mundo. Ante la sociedad, la risa en los labios; la hiel en el fondo del alma. No entremos juntos, si notan en su rostro de V. la tristeza, pensarán...

Despues, movida por un sentimiento piadoso, añadió:

— Deme V. esa mano, Gabriel, y ya que no puedo ser su madre, llámeme V. su amiga.

El jóven estrechó la mano de la Marquesa, y esta entró en el salon.

Todo habia concluido.

No era su pobreza, la que le robaba la única felicidad que le habia sonreido en el mundo, era el sello ignominioso que habia marcado con eternos carácteres sobre su frente el autor de sus dias.

Arrebatado, herido de muerte, iba Gabriel á maldecirle, cuando una idea que cruzó por su mente, le detuvo.

— Perdon, padre mio, exclamó, me has dado un alma!

Pero, al mismo tiempo que se resignaba, comprendiendo que de un momento á otro podria llegar Rosalía, y adivinando al verla una escena terrible, decidió desoir los ruegos de la Marquesa, y abandonar para siempre aquella casa.

Al dirigirse á la puerta de la habitacion que conducia al recibimiento, sintió una mano que cogia la suya.

— Gabriel, ¿adonde vas? dijo una voz.

Gabriel quedó petrificado.

Era Rosalía: ya no podia retroceder. Tenia que apurar hasta las heces la copa del martirio.

Entretanto perseguia Valdivia á Juanito, ansioso de saber quién era el hombre que le disputaba el triunfo, para descargar sobre él toda su ira.

Padre é hijo se acercaban el uno al otro, una mano invisible los empujaba... el encuentro debia ser doloroso.

Volvamos nuestros ojos á Rosalía y á Gabriel.

CAPITULO XXVI

Lo que puede el amor.

— ¿Adonde vas, Gabriel? dijo la jóven no pudiendo disimular la agitacion de su ánimo.

Gabriel, queriendo á toda costa dominarse:

— No me detengas, exclamó, todo ha acabado entre nosotros. Tu misma madre me ha suplicado que te olvide. Seré perjuro, despréciame, pero no me detengas.

— Ah! nunca me has amado, dijo Rosalía al mismo tiempo que sus ojos se inundaban de lágrimas; y separándose de su amante, fué á dejarse caer sobre un sillon.

Gabriel corrió á su lado.

— Rosalía...

— Si me abandonas, ¿cómo podré vivir?

— Es necesario que nos separemos.

— ¿No nos ha unido Dios? dijo Rosalía levantándose; pues bien, Él solo puede separarnos. Acuérdate que me has jurado por tu madre amarme siempre, que yo te he prometido ser tu esposa. ¿Te arredran los obstáculos?

— Soy hijo natural, y debo resignarme con mi suerte.

— ¿Resignarte á que muera? No, Gabriel, óyeme, repuso Rosalía, tu desventura no puede ser eterna, cesará un dia ¿no es verdad? Qué es lo que te hace falta? Un nombre que tu padre te ha negado, un título al aprecio de las gentes... ¿y no puedes conseguirlo? En tu frente arde el genio, tu pincel ha trazado un cuadro que lo demuestra. Sigue por esa senda, un triunfo hace olvidar hasta los crímenes, cuanto mas las desgracias. No salgas de Madrid, solo la desesperacion puede aconsejarte que me abandones, vive á mi lado, trabaja, cuéntame todos tus dolores, para que te consuele partiéndolos contigo, vivamos de una sola vida, cuando en tus horas de desaliento arrojes la paleta y el pincel, con solo recordarme volverás á cogerlos y dirás: « Ani-

mo, ella me espera, apresuremos la hora del premio, porque este premio será nuestra felicidad. » No es mejor esto, que romper para siempre el santo lazo que nos une... ¿Podrias acaso vivir sin mí... ?

— Ah! no, dijo Gabriel conmovido por las apasionadas frases de su amada, y te prometo conquistar ese nombre que me falta.

Hay ocasiones en las que la palabra de una muger nos condena á la muerte ó reanima en nosotros las muertas esperanzas.

Con efecto, Rosalía renovó en la mente de Gabriel todos los pensamientos generosos, todos los ensueños de gloria que le habian ayudado á trazar el cuadro que aquella noche iban á ver los convidados de la Marquesa. Midió con los ojos de su alma la distancia que le separaba de Rosalía, y comprendió que no faltaban fuerzas á su espíritu para vencerla.

Esta determinacion era mas noble que la de abandonar al dolor á una muger amada.

— Yo no seré de nadie mas que tuya, dijo Rosalía; y despues, acercándose al cuadro que estaba en la pared, descorrió la cortina, y llamando á su amante y cogiendo su mano:

— Ven, añadió, que nos vea tu madre, y nos bendiga. Al pié de su cadáver juré hacerte feliz. ¿No te inspira valor, ella que sufrió tanto?

Al decir esto, indicaba á Gabriel una de las figuras que aparecian en su cuadro.

— Sí, dijo el jóven: ahora siento mas fuerza que nunca para luchar, y en la presencia de mi adorada madre, juro de nuevo no abandonarte y ser digno de tí.

Rosalía estrechó con efusion la mano de Gabriel, y los dos permanecieron algunos minutos silenciosos delante del cuadro.

El asunto que habia escogido el artista era conmovedor.

Una muger jóven aun, llevando en brazos á un niño de tres ó cuatro años, se presentaba á un anciano, que parecia su padre, á implorar su perdon.

Estas tres figuras, en aquel momento solemne, eran todo un poema.

En el rostro de la infeliz se adivinaba la historia de su martirio, el dolor, la vergüenza, la esperanza del perdon y el temor de no conseguirlo, el amor

maternal, todos los pensamientos, todas las emociones de su abatido espíritu se descubrian en su mirada, en los surcos que el llanto habia dejado en sus pálidas megillas, en su actitud; el niño participaba, sin comprenderla, de la tristeza de su madre, y el anciano, poseido de una mezcla de alegria y de indignacion, alegría porque volvia á ver á su hija, indignacion porque la realidad le recordaba que su frente, pura antes de apartarse del hogar paterno, volvia manchada; queriendo perdonar y castigar al mismo tiempo, el anciano, repetimos, inspiraba respeto y compasion.

Cualquiera hubiera reconocido á su madre en la hija pródiga, á Don Pedro en el anciano.

Gabriel habia presentado á su madre no tal cual era en los últimos años de su vida, sino como se imaginó que seria al verse abandonada con su hijo, jóven aun, y con sus esperanzas muertas.

Sin separar su atencion del cuadro, sacó el jóven del dedo anular de su mano derecha el anillo que siempre llevaba, y que, como recordarán muy bien nuestros lectores, le dió su madre algunos momentos antes de morir, diciéndole que era la única prenda

que conservaba del hombre á quien habia sacrificado su felicidad y la de su hijo, y que acaso por ella podria llegar á darse á conocer á su padre; sacó el anillo, repetimos, y entregándolo á Rosalía.

— Ahora debemos separarnos, le dijo, tu madre lo ha exigido. Cuando estés sola, al mirar este anillo, piensa que te lo he dado ante Dios, que Él nos ha unido, y que solo la muerte nos puede separar.

Rosalía corrió la cortina, y al mismo tiempo apareció D. Diego en la puerta del salon.

Al verlos, se ocultó detrás de la cortina de terciopelo de la puerta.

Juanito, á quien no habia cesado de perseguir, para que le dijera el nombre de su rival, no pudiendo evadirse, hallándose, como se dice vulgarmente, entre la espada y la pared, queriendo á toda costa librarse de aquella pesadilla que no le dejaba un momento en paz, aparaciéndosele bajo la forma de un pretendiente, ávido de saber un nombre que los dos ignoraban; Juanito creyó mas prudente cometer una imprudencia que seguir siendo víctima, y en un instante de inspiracion, así al menos tuvo la

modestia de calificarle poco despues, en un instante de inspiracion, decimos, exclamó con el mismo énfasis de siempre.

— Francamente queria ocultar ese nombre, pero toda vez que V. se empeña, se lo revelaré. Es el jóven pintor á quien protege mi tia.

— ¿Gabriel Garcia? preguntó Valdivia, no dando al pronto crédito á las palabras de Juanito.

— El mismo, añadió este, pero déjeme V. en paz; y ofreciendo su brazo á una señorita, se separó de su pesadilla.

Diego buscó en el salon á Rosalia, y no la halló; buscó á Gabriel tampoco estaba.

Continuando sus pesquisas, entró en la habitacion donde se hallaban los dos jóvenes, y al verlos, no pudo menos de creer á Juanito, que habia acertado por casualidad como el héroe de la célebre fábula de Lafontaine.

Describir su ira seria inútil : conociendo su carácter y su posicion, la adivinan nuestros lectores.

Quiso cerciorarse, y se ocultó. La tormenta no debia tardar en estallar.

Rosalía, acordándose de que podrian sorprenderlos, rogó á Gabriel que la acompañara al salon.

— Sí, Rosalía, dijo el jóven.

— No me llames así, exclamó de pronto Rosalía, llámame tu esposa, Dios nos ha bendecido!

Gabriel besó su mano, y sin reparar en Diego, entraron en el salon.

La tormenta estalló.

CAPITULO XXVII

Justicia de Dios.

En el primer momento, pensó Don Diego insultar á Gabriel, promover un duelo, y matarle. Despues, reflexionó, y comprendió que era mejor encargar á Manuel la mision de librarle de un rival que en vista del afecto que hácia él habia demostrado la Marquesa, tenia tantas probabilidades de triunfar, forzándole á destruir cuantos proyectos, cuantas esperanzas le habian sonreido, prometiéndole un bienestar completo, si llegaba á alcanzar la mano de Rosalía.

Quedó un instante pensativo, sabiendo que tomaria venganza, que desuniria aquellos dos corazones que habia enlazado Dios; pero ignorando el medio que emplearia para lograr su objeto.

El odio que Gabriel le inspiraba era inmenso.

Isabel se acercó á Valdivia.

Estaba decidida á emplear toda su influencia en favor de su hermana, y resolvió hablar francamente al hombre que se oponia á su felicidad.

Diego no disimuló su mal humor en presencia de la jóven.

Isabel, animada por el deseo de obrar bien, abordó la cuestion.

—Mi hermana, le dijo, no puede unirse con V. Ama á otro hombre, y nadie podrá, en el mundo, hacer que le abandone, Su felicidad es adorarle. Sea V. generoso, sacrifíquese V. por su bien y pida á mi madre que bendiga la union de Rosalia y de Gabriel.

—Esto mas, exclamó Valdivia, ¿tambien V. protege á ese hombre que ha abusado de la confianza de una familia á la que debe cuanto tiene?

—Puede hacer la felicidad de mi hermana.

—¿Y quién es? preguntó Diego sumamente irritado, ¿quién es, para aspirar á la mano de Rosalía? ¿No es un pobre pintor, á quien la caridad de la Marquesa ha servido de amparo? ¿Cuál es su fortu-

na? ¿Con qué títulos cuenta para ser admitido en la familia? ¿Cuál es su orígen? ¿No ha dicho por ventura el nombre de sus padres? ¿No es un calquiera? No... no, de ningun modo : yo sabria sacrificarme si conociera que el hombre á quien cediese la mano de su hermana de V. podia hacerla mas feliz que yo, pero á ese quidam... nunca. Ademas yo deseo entrar en la familia de la Marquesa, debo muchos favores á su padre de V., y solo asi creo pagarle.

Isabel, adivinando por una de esas intuiciones incomprensibles, cuales eran los deseos de Valdivia, iba á decirle sacrificando hasta su amor propio.

— ¿No le da á V. lo mismo casarse conmigo? Pero en el momento en que iba á pronunciar la primera palabra, entró un criado anunciando á Don Diego que un caballero le buscaba.

Casi sin despedirse de Isabel, corrió al encuentro de Manuel.

La jóven volvió al salon desesperanzada.

Sigamos á Valdivia, y escuchemos lo que hablaron los dos amigos de la infancia.

La escena tuvo lugar en el recibimiento.

Diego, al saber que era Manuel quien le buscaba, preocupado por el deseo de deshacerse de Gabriel, corrió á su encuentro, diciendo entre sí:

— El cielo me lo envia.

Apenas vió á Manuel, no pudo menos de estrañar la agitacion que se pintaba en su semblante.

— Diego... Diego... exclamó con angustiosa voz el ex-dependiente.

— ¿Qué tienes que estás tan azorado... qué has venido á buscar?

— Tu proteccion, añadió Manuel en voz baja, y mirando á todas partes para cerciorarse de que se hallaban solos.

— ¡Mi proteccion!

— Sí, amigo mio, la justicia me persigue, aquel negocio de que te hablé ha fracasado.

— Las letras....

— Sí, por cierto, las hermanas de Judas han descubierto el orígen de su familia, y aunque logré mi objeto con la primera, despues ha conocido el banquero la falsificaciou, y un comisario ha ido á prenderme. Al pronto he conseguido escaparme

de sus uñas, pero me han seguido la pista. Fui á tu casa...

— ¿A mi casa?

— Nuturalmente, en las ocasiones es cuando se echa mano de los amigos, pero allí me dijeron que hoy comias aquí, y atravesando calles y callejuelas, he llegado corriendo. Sin embargo, el maldito comisario, que por allí he visto, tiene buen ojo y excelente nariz, no ha dejado de perseguirme, y cuando he entrado en esta casa, volvia la esquina tan á tiempo, que estoy seguro de que sabe que me hallo aqui. Si no salgo pronto, subirá, y me encuentro perdido. Es necesario pues que emplees toda tu influencia para salvarme.

Esta noticia disgustó á Diego.

— ¿Qué contratiempo, dijo, ahora que te necesitaba?

— Por la misma razon me salvarás, ¿no es verdad? Sino, añadió con tono amenazador, conozco tus secretos...

— Cuenta conmigo para todo, pero es preciso que me dejes... Puede venir el comisario, y si se enteran la Marquesa y sus amigos, comenzaré á perder á sus

ojos el prestigio que hoy tengo. Preséntate, confia en mí, y despues, muy pronto, hará lo que te mande.

—Seré tu esclavo, y voy á hacer lo que me dices, pero ten entendido que hay otro complicado en el negocio, el dibujante de quien te hablé; este dato puede servirte de mucho para abogar en mi favor. Al entregarme al comisario, le llevaré á su casa, y nos acompañará.

— Oh! ¡qué idea! exclamó de pronto Valdivia, dándose una palmada en la frente, nos hemos salvado. Escucha, Manuel, yo prometo ponerte en libertad antes de cuatro dias, pero es preciso que me prestes un inmenso servicio.

— No puede ser, estoy seguro de que me espera el comisario.

— Por lo mismo no púedes escaparte, pero ¿tienes un cómplice?

— No te lo he dicho, un jóven dibujante que promete acabar sus dias en un puesto muy alto.

— Dibujante ó pintor lo mismo dá. Me estorba un hombre, y necesito á cualquier precio deshacerme de él.

— Non te comprendo.

— Escucha...

Diego habló algunas palabras al oido de Manuel, y al terminar añadió:

— Este servicio valdrá tu libertad.

— ¿Y si descubren el engaño? preguntó Manuel.

— Confia en mí... Vamos, yo te acompañaré, y para dar mas fuerza á tus palabras, responderé de tí. Mi cuestion es triunfar ahora... despues ya hallaré un medio para salir del paso.

Los dos salieron al mismo tiempo que el comisario iba á tirar del cordon de la campanilla, hablaron con el agente de la autoridad, Manuel quedó en poder de un salvaguardia, el comisario le hizo algunas preguntas, y Valdivia volvió á entrar en la habitacion donde se hallaba el cuadro de Gabriel.

De pronto se detuvo acobardado.

— ¿Qué es lo que he hecho? se preguntó.

¿Le hablaba su conciencia? ¿Presentia los resultados del paso que acababa de dar?

La pasion ciega, y los celos mezclados con la avidez, son la pasion mas violenta de cuantas combaten el corazon del hombre.

Quiso retroceder, pero ya era tarde.

La Marquesa, seguida de sus amigos, salió del salon, anunciando que habia llegado el momento de admirar el cuadro de su protegido.

Diego permaneció vuelto de espaldas al magnífico lienzo, dos criados se apresuraron á descorrer la cortina, y la Marquesa, ébria de gozo porque pensaba que aquella ovacion aliviaria la tristeza de Gabriel, dirigiéndose á sus convidados, comenzó á elogiar la obra maestra del jóven, y sus elogios fueron repetidos por todos.

Diego no miró el cuadro porque estaba poseido de un temor espantoso.

— Me complazco, Señores, dijo la Marquesa en obtener su admiracion para el cuadro de un jóven á quien estimo muy de veras.

No habia acabado de pronunciar la última palabra cuando un lacayo le anunció la presencia del comisario de policía.

— ¡ El comisario ! exclamaron todos.

Juanito no pudo menos de temblar al oir el anuncio.

— ¡ El comisario, y á estas horas ! repitió la Marquesa, ¿ qué podrá ser ?

— Habrá ladrones, dijo Juanito.

— O estaremos ardiendo, murmuró la baronesa, riéndose como tenia de costumbre.

El comisario entró... La Marquesa salió á su encuentro.

Los convidados se agruparon con la mayor curiosidad, y al mismo tiempo, Gabriel y Rosalía se juraron de nuevo eterno amor, besando ella la sortija que aquella misma noche la habia dado su amante.

— ¿Puedo saber, preguntó la Marquesa al comisario, á qué debo, á estas horas, la visita de la autoridad?

— Señora, siento mucho, respondió el representante de la ley, venir á turbar la calma y la alegría de esta casa con mi presencia, pero el deber me impone esta penosa visita, y yo espero que tanto V., como sus convidados, sabrán dispensarme la molestia que les ocasiono. En su casa de V., Señora, se oculta un hombre á quien debo prender. Está acusado de falsificador de unas letras de cambio.

— ¿En mi casa?

— Al menos esas son mis noticias.

— ¿Tendrá V. la bondad de decirnos su nombre?

— Es mi deber. Se llama Don Gabriel Garcia.

La explosion que causaron las palabras del comisario, no solo en el alma de Gabriel, de Rosalía y de su hermana, sino en la de todos los circunstantes. solo puede compararse á la que produce un edificio donde se inflama una crecida cantidad de pólvora.

— ¡Gabriel! exclamaron todos.

— ¡Yo! dijo el jóven sin poder explicarse lo que le pasaba.

— No puede ser, se atrevió á murmurar Rosalía, corriendo cerca de Gabriel porque en el momento del peligro queria estar á su lado.

— Yo falsificador... ! repitió el jóven... ¿Y quién se atrave á calumniarme de ese modo, ¿con qué derecho se insulta á un hombre honrado? añadió con la arrogancia de una conciencia pura.

— Su cómplice de V. le ha delatado. Yo no me atreveré á decir que sea V. culpable : mi deber es obedecer las órdenes superiores, y la que esta noche he recibido me obliga á apoderarme de su per-

sona. V. responderá á los cargos que se le hagan, y si es inocente, la justicia se apresurará á devolverle la libertad.

— Pero es horrible lo que me pasa... ¡yo falsificador, y criminal... ! ¿ Quién ha podido delatarme ? Yo no tengo enemigos, soy incapaz de una accion semejante... Ustedes me conocen, V., Marquesa... Usted, Señor D. Diego... respondan Ustedes por mí, digan Ustedes á ese hombre que no soy yo el que busca.

Su exaltacion era cruel, aquel golpe despues de que habia recibido momentos antes le habia trastornado, y corria de un lado á otro, implorando proteccion, él que era inocente, que podia alzar sus ojos á la vista de todo el mundo. Si embargo todos le abandonaban en aquel trance cruel.

— Yo no le conozco á V. para nada, dijo Don Diego, y cuando el Sr. comisario le busca...

La Marquesa no fué menos terrible con las palabras que pronunció, pero tenia que justificarse ante sus amigos, y aunque no creia malo á Gabriel.

— Nunca esperé, le dijo, que por su causa se da-

ria este escándalo... Nada tengo que ver con V.; que la justicia cumpla su deber.

— Rosalía... Isabel... añadió el desolado jóven, buscando á las dos hermanas.

Las dos estrecharon su mano con efusion pero no pudieron decirle nada porque el sentimiento embargaba su voz.

El cuadro que ofrecian: Gabriel anodado por la vergüenza y el dolor, las dos jóvenes llorosas y angustiadas, D. Diego lívido y temeroso de que una coincidencia cualquiera descubriese la verdad, la Marquesa pesarosa por el escándalo, y contenta porque aquella casualidad destruia el único obstáculo que impedia á su hija aceptar el título de esposa de Don Diego, el comisario en medio, serio, impertérrito, y los amigos de la Marquesa aterrados; el cuadro que ofrecian, repetimos, era conmovedor y terrible á la vez.

— Me han abandonado Ustedes al verme víctima de la calumnia, exclamó Gabriel con voz solemne, dirigiéndose á todos... Ah! Ustedes me enseñarian que la Providencia era injusta si no creyese primero en la justicia de Dios, y despues en la de los

hombres... Yo destruiré la vil calumnia, y cuando Ustedes tengan que arrepentirse del desprecio con que me tratan, yo, á mi vez, los despreciaré á Ustedes... Vamos, Señor comisario... la verdad no tardará en esclarecerse... Adios, Rosalía... Adios, Isabel... — Vamos... vamos.

Gabriel y el comisario desaprecieron, y al llegar á la puerta, se detuvieron un instante porque pasaba el viático.

Despues continuaron su camino hácia la casa de Don Pedro, porque Gabriel suplicó al comisario que le permitiese despedirse de su familia.

La Marquesa pidió á sus convidados mil perdones por el mal rato que les habia hecho pasar, y les rogó que entrasen al salon para tomar el té.

Valdivia comenzó á paceder una agitacion febril: su conciencia le atormentaba.

Como todos los malvados, era cobarde, le parecia que le perseguian, y quedándose en el gabinete donde habia pasado la anterior escena, con Rosalía y su madre:

— Dispónsenme Ustedes, les dijo, si me marcho, pero me ha alterado el suceso que todos lamenta-

mos, me siento mal, y voy en seguida á meterme en cama.

— ¿Quiere V. tomar algo? le preguntó la Marquesa...

— No... no... me voy, adios... adios Rosalía.

Al desperdirse de la jóven, notó que habia en su mano un anillo, le acercó á sus ojos, y como herido por un rayo...

— Este anillo... exclamó... este anillo... yo le reconozco, ¿cómo ha llegado á su poder de V.?

— ¡Un anillo! dijo la Marquesa, mirándolo á su vez... tú no lo tenias... ¿Quién te lo ha dado?

— Gabriel... Gabriel, que es inocente, contestó Rosalía, Gabriel, que me ama mas que á su vida, y de quien seré la esposa á no impedírmelo la muerte. Él, que es mas noble que todos los seres de la tierra, él que se ha sacrificado por su pobre madre, seducida por un infame que la sacó del valle de Baztan para deshonrarla y abandonarla cuando Gabriel bullia en sus entrañas, él que con su talento ha alcanzado un nombre ilustre que le negó su desnaturalizado padre, él que ha conseguido para la autora de sus dias el perdon de su familia... Él me

ha dado este anillo que el seductor de la pobre Lucía, á quien yo ví morir, le entregó el mismo dia en que manchó su honra, él me ha dado este anillo, jurándome amor eterno, amor que pagaré con toda mi alma, aunque mi madre me maldiga y me arroje de su seno, aunque todo el mundo combata contra mí, y me desprecie y me abandone.

— ¿Él... él, el hijo de Lucía...? preguntó Don Diego presa de un vértigo terrible... él mi... no puede ser... Y sin embargo una voz secreta... la voz de conciencia me asegura que sí... este anillo... Lucía... el valle de Baztan... Ah! añadió de pronto corriendo como un loco hácia la puerta... No, que no se lo lleven... quiero verle...! es mi hijo... ¡es mi hijo...! Yo soy el seductor infame de su madre... yo soy... su ¡es inocente! es inocente...!

Estos gritos soblesaltaron, no solo á la Marquesa, sino á sus amigos, que acudieron á informarse de la causa que los producia.

El espectáculo fué mas horrible aun que el de la escena precedente.

Don Diego corria frenético de un lado á otro : to-

dos le seguian sin poder explicarse lo que motivaba aquella exaltacion.

De pronto descubrieron sus ojos el cuadro de Gabriel esplendorosamente iluminado.

Al verle, mas anonadado que nunca, cayó de rodillas ante una de las figuras del lienzo.

Era el retrato de Lucía. Gabriel, como hemos dicho, habia pintado á la *hija pródiga* implorando el perdon de su padre con el fruto de su amor en sus brazos.

Los retratos eran exactísimos : la espresion de los rostros conmovedora, interesantísima...

Todos siguieron á Don Diego, y al verle arrodillado á los piés del cuadro murmurando...

— Perdon... perdon, Lucía... — se apresuraron á socorrerle.

— Se ha desmayado, exclamó uno de los que acudieron en su auxilio...

— Un médico...

— Parece que la sangre ha dejado de circular por sus venas.

La conmocion fué general.

El sacerdote que bajaba de dar la extrema uncion

á un enfermo del cuarto, entró, seguido de dos personas mas, y se acercó á D. Diego.

Al volver en sí, sus ojos se encontraron de nuevo con el rostro de Lucía, al separarlo horrorizado, la presencia del sacerdote, en quien reconoció á Don Pedro, le dejo anonado, quiso apartar su vista de él, y se halló con el ciego, con el leal criado á quien habia robado la luz al arrebatar su hija al honrado habitante de Baztan.

— Ella... ! Don Pedro... ! Juan... ! murmuró Diego, queriendo huir de la presencia de todos... Me persiguen... se han reunido todos para atormentarme... Ah! perdon... perdonadme, perdonadme, hijo mio...

— Gabriel... soy un infame... yo soy quien le he delatado, siendo inocente, que venga á perdonarme...

Un jóven se adelantó hácia él...

— Mi madre, le dijo, me enseñó á amar á V., porque si no me habia V. dado un nombre, me habia V. dado un alma. Yo le perdono todo el mal que me ha hecho, y le pido su bendicion.

— ¡Gabriel... hijo mio... !

Diego y Gabriel se estrecharon. Don Pedro, Rosalia

é Isabel lloraban commo unos niños... Juan, de rodillas, oraba... Todos los circunstantes estaban profundamente conmovidos, y ante aquella escena solemne, habian olvidado las anteriores. Hasta parecia que Lucía se animaba en el lienzo, y que participaba de los sentimientos que experimentaban los que tenian su sangre en sus venas.

Valdivia, al desprenderse de los brazos de Gabriel cayó desplomado el el suelo, y por algun tiempo, le creyeron todos muerto.

Le trasladaron á un lecho que se improvisó en el gabinete, y allí permaneció cerca de doce horas, sin dar señales de vida.

Gabriel y el sacerdote no se separaron de su lado.

La Marquesa se retiró con sus hijas y sus amigos, y al dia siguiente, muy temprano, se llevó á Rosalía y á su hermana á la casa de campo de Carabanchel.

Gabriel pudo librarse de la justicia, porque respondió Don Pedro de su inocencia.

El jóven llegó á su casa; al saber Juan que le llevaban preso, corrió con él y el comisario á la igle-

sia; allí supieron que el sacerdote habia salido á dar la extrema-uncion á un enfermo; le esperaron, y despues de dejar el comisario al jóven bajo la custodia del anciano, Don Pedro, Juan y Gabriel volvieron á casa de la Marquesa.

Lo que pasó ya lo han visto nuestros lectores.

La justicia de Dios es inexorable, y los delitos que la sociedad no puede castigar, los castiga la Providencia.

CAPITULO XXVIII

El hijo natural. — La sociedad. — La ley.

Una ligera digresion y nada mas.

Un hombre seduce á una muger que forma parte de una familia honrada, la hace madre y la abandona. La ley no le alcanza casi nunca, porque la muger deshonrada se acusaria al acusarle, y ademas no se estingue en una madre el cariño hácia el hombre que al darle un hijo, la ha hecho al mismo tiempo muy desgraciada y muy feliz.

Queda pues impune el delito del seductor, al menos en las apariencias.

El padre se marcha, contrae nuevos compromisos, triunfa y goza.

La madre queda atada al sufrimiento, á la vergüenza, no puede abandonar un solo instante á

su hijo; y con él no puede presentarse en ninguna parte, porque la sociedad la preguntaria « ¿quien es su padre? » Tiene pues que vivir en el olvido, en la soledad, sus horizontes son el dolor, la vergüenza, su único consuelo las inocentes caricias del hijo de sus entrañas, quién sin embargo le dirigirá á su vez la fatal pregunta, querrá saber quién es su padre, y la pobre muger oirá de los labios del fruto de su amor la mas amarga de las reconvenciones, y acaso perderá su cariño.

Resultado : la muger que en un momento de debilidad, de estravío, de pasion, se olvida de su deber ó se vé abandonada por la virtud, queda eternamente condenada al dolor, á la vergüenza, á la soledad, al desprecio, á las reconvenciones filiales, á una muerte lenta, quizá á una maldicion; aunque sea inmenso su arrepentimiento, aunque sea su vida un continuo sacrificio.

La sociedad y la familia la escluyen de su seno, los padres separan de ella á sus hijas para que no se contaminen; y la pobre madre, judío errante de nuestra civilizacion, no halla consuelo, no da tregua á su terrible angustia.

Esto sucede por regla general : sin embargo hay casos escepcionales, hay madres que encuentran un dulce alivio en sus hijos. La desventurada Lucía es un ejemplo; otras vuelven al seno de sus familias, y ellas mismas se ocultan de los ojos del mundo.

Cuando mas, este es el castigo que deberian sufrir, el de su conciencia.

La sociedad que se complace en ostentar sus sentimientos caritativos, obraria bien calificando de desgracia la debilidad de las madres seducidas, y tendiéndolas una mano protectora. Por supuesto que hablamos de las mugeres que una vez lanzadas por la senda del deshonor, se detienen y luchan para recuperar lo que han perdido, no de las que prosiguen por esta senda inmunda que conduce mas tarde á la prostitucion.

Este es el cuadro de la madre, examinemos el del padre.

Como la naturaleza no ha querido que el padre lleve en sí ostensiblemente las muestras de lo que es, despues de abandonar á los dos seres á quienes ha sumido en la desgracia, puede andar por el mundo con la mayor tranquilidad. La sociedad no le

rechaza, porque no sabe que es culpable, ó porque si lo sabe, es mas condescendiente con el hombre que con la muger.

Resultado : que el padre natural es un hombre muy aceptable, y que si en su interior sufre los tormentos de su conciencia, su rostro está sereno, y ni la ley, ni los hombres, ni la maledicencia pueden alcanzarle.

Examinemos ahora al hijo. No solo le faltan las caricias, los consejos de un amoroso padre, sino que llega un dia en el que quiere formar parte de la sociedad, en el que su ambicion ó su inclinacion le impulsan á desear alguna de las posiciones que los hombres ocupan en el mundo, y lo primero que le piden es su fe de bautismo.

Despues de verle y rechazarle de su seno, la sociedad alega en favor de su esclusion esta injusta teoría.

—No te admito, le dice porque si te acogiera como á los hijos legítimos, te reproducirias hasta lo infinito, el santo lazo del matrimonio seria inútil, y como es mas cómodo ser padre natural que padre de familia, todos los padres serian naturales, y la

ley debe prevenir, evitar y castigar los abusos.

Pero ¿no es absurda esta manera de proceder? ¿Puede el hijo escoger padre? ¿Puede querer Dios lo que quiere la sociedad?

De ningun modo : ¿quien infringe las leyes sociales, el hombre que sin la bendicion del sacerdote dá un hijo al mundo, ó el hijo que nace fuera de las condiciones prescritas?

No habrá seguramente una sola persona que no nos diga que es el padre; y si es el padre el pecador ¿deberá sufrir el hijo las consecuencias del pecado?

No : ninguna ley razonable puede consentirlo.

Castíguese en buen hora al hombre que ha negado su proteccion, su amparo, al hijo que lleva en las venas su misma sangre; búsquesele; escúpasele en el rostro, esclúyasele de la sociedad porque ha roto los vínculos que con ella la unían, porque es indigno de figurar al lado de los hombres honrados; pero que no sufra la misma suerte el inocente hijo, que no ha tenido la culpa de nacer, que merece mas atenciones que los que viven en el seno de una familia, porque le han faltado esas dulzuras, esos

goces que engalanan los primeros años de la vida.

No le pregunteis su nombre : observad sus acciones, adivinad sus sentimientos, y si quereis como es justo, castigar el delito, y castigais al hijo porque el padre puede escaparse de vuestras manos, no creais no, que el crimen queda impune.

Ya lo hemos visto : lo que la sociedad no castiga, lo castiga la Providencia.

CAPITULO XXIX

Aclaraciones.

Hemos dicho que la Marquesa abandonó su casa de Madrid al dia siguiente de la catástrofe, llevándose á Carabanchel á sus dos hijas.

Don Pedro dispuso que el seductor de su hija fuese conducido, en una camilla, á la casa que habitaba con Gabriel, y dejando á este al lado suyo, á pesar de sus años y sus penas, trabajó cuanto pudo para poner en claro la inocencia de su nieto y lograr que su nombre no sonase para nada en los tribunales.

Manuel y el dibujante, verdaderos culpables, quedaron bajo la salvaguardia de la autoridad.

La Marquesa contribuyó tambien con sus relaciones á que se diese este giro al asunto, y parado

el golpe de la justicia, el apesadumbrado sacerdote con evangélica fe se consagró á curar las heridas que habian hecho en el corazon de Gabriel los últimos sucesos, á auxiliar al enfermo, á enjugar las lágrimas que se vertian en torno suyo, cuando él mas que nadie necesitaba quien consolase las penas con que los recuerdos y su presente situacion le atormentaban.

Los médicos que asistian á Valdivia temian por él. A la agitacion, á la convulsion primitiva habia sucedido una fiebre continua acompañada de delirios tan prolongados, que la ciencia se asustaba, creyendo no encontrar la solucion de aquella espantosa crisis dentro de sus límites.

Diego no queria separarse de Gabriel...

— Es mi hijo! exclamaba; y al pronunciar esta palabra, sus ojos se animaban y sentia en su calenturiento corazon un consuelo inexplicable.

El primer momento lucido que tuvo, lo aprovechó para realizar su mas ardiente deseo, el de legitimar á su hijo.

Cumplido este deber, pareció mas tranquilo, pero los delirios no cesaban, y su pulso ardia.

Un mes pasó, y en todo este tiempo Gabriel no se separó de la cabecera del lecho de su padre mas que para leer una carta de Rosalía, y para contestarla.

« Te envidio los tormentos que padeces, Gabriel mio, le dijo Rosalía, porque te engrandecen; y si ya no te adorase con toda mi alma, eso solo bastaria para que me postrase ante tí y te mirase como á un ser sobrenatural.

» Mi buena madre está algo mas tranquila. ¡Cuantas cosas han pasado! Pero yo siempre soy tuya, y cuando Dios nos una para no separarnos jamas, si antes no puede ser, te contaré las emociones que ha experimentado mi alma desde la noche en que nos separamos.

Isabel y yo hacemos cuanto podemos para conseguir que mamá nos lleve á Madrid. Entónces estaremos mas cerca y... quién sabe!... Escríbeme algo Gabriel mio, dime que me amas, que no me has olvidado en medio de tus tribulaciones; dime, que seré tu esposa, porque esta es la única esperanza de mi vida. »

Gabriel contestó á esta carta con algunos renglones.

« Los sucesos que han pasado por mí, no me han hecho olvidarte ni un instante. ¡Cuanta falta me has hecho! le decía. Desde aquella noche en que la desventura de mi padre hizo poner en duda mi honradez, tú y mi madre habeis ocupado mi corazon. Tú me has animado á ser digno de tí : mi pobre madre me ha dicho con lágrimas en los ojos. » Perdona, para hacer gozar lo que tú gozaste al conseguir mi perdon. — Fueron tan rápidas las impresiones de aquella terrible noche, que la segunda oscureció la primera : de todos modos no sufrí al hallarme en poder de la justicia, porque estaba seguro de que tú me creias inocente, y tú, bien mio, y mi conciencia tranquila, erais bastantes para hacerme olvidar las injusticias del mundo. ¡Pobre Rosalía, cuanto sufriste! ¡Te acuerdas de aquel instante en que al hallarme en los convulsos brazos de mi padre se encontraron nuestras miradas! ¡Qué rayo de esperanza proyectaron tus ojos sobre mi dolorido corazon! ¡Cuanta abnegacion y cuanta fe me inspiraste! Si ya mi alma no hubiese sentido el impulso del amor filial, tanto tiempo contenido, tus miradas solas, hubieran bastado para que de nuevo

hubiese estrechado entre mis brazos al desventurado autor de mis dias, que pagaba en un instante de dolor veinte años de abandono... Ah! no quiero acordarme de aquel momento! Parecía que todo lo habia dispuesto la Providencia, que es la única justicia que no se equivoca, y que señala con su dedo al inocente y al criminal...

« Desde entónces Rosalía, no me he separado un instante del lecho de mi padre, siento correr su sangre por mis venas, y me abrasa su calentura. ¡Es tan dulce tener un padre! Si aquella pobre mártir cuyos ojos cerramos los dos, viviera aun, estoy seguro de que la adoraria, porque yo creo que la gratitud y el amor de una muger que debe á un hombre un hijo, no puede acabarse nunca. ¡Qué importa que nos abandonase! ¿Acaso no ha perdido infinitas caricias, infinitas horas de inmensa felicidad, mientras ha estado lejos de nosotros? Sobre todo, yo no tengo derecho para quejarme de él, y ahora quisiera resarcirle de los goces que ha perdido mientras hemos estado separados. No sé si Dios me le conservará, su enfermedad desespera á los médicos, y su estado da lástima. No le conocerias, apenas se

atreve á fijar sus ojos en mí. De cuando en cuando coge mi mano, la cubre de besos, la estrecha con efusion, la humedece con sus lágrimas y lanza hondos suspiros, que revelan su padecimiento. Yo le animo... pero en vano. Toda mi confianza, la tengo puesta en Dios. ¿Somos malos? Ah! no... y saldremos bien de todo. No me atrevo á decirte que vengas... ¿Querrá tu madre conceder su amistad á una familia, cuya honra está manchada? Ten fé como yo, y espera. »

El contenido de esta carta, bastará para conocer cual era la situacion de Gabriel, y cual la de Valdivia. Veamos ahora lo que pasó en Carabanchel, á dónde como saben nuestros lectores, se retiró la Marquesa con sus dos hijas.

CAPITULO XXX

El ángel de la guarda.

Lo que suele llamarse *conveniencias sociales*, es en muchas ocasiones una mano de hierro que detiene los impulsos generosos del corazon.

La Marquesa sabia que Gabriel no era criminal sino desgraciado; en cierto modo le debia haber librado á su hija de un casamiento que hubiera sido la desdicha de toda su vida, sentia hácia el jóven la simpatía que inspira el dolor, admiraba sin comprenderla su abnegacion, su heroísmo, le hubiera auxiliado con su dinero, pero por nada del mundo hubiera vuelto á admitirle en su casa, en el seno de su familia, ni á dirigirle una mirada, siquiera fuese compasiva, delante de la gente, de las

personas que habian presenciado el escándalo en sus salones.

Así pues, cuanto hicieron Isabel y Rosalía para calmar su enojo, para inclinarla á mostrarse benevola con Gabriel y su desventurado padre, nada consiguieron.

— Qué dira el mundo, exclamaba, si se supiese que yo le devolvia mi amistad. Nunca : para él y su padre, el mas eterno olvido.

Rosalía tenia confianza en que su amor lograría triunfar de la obstinacion de su madre, y esperaba.

Isabel, alma noble y generosa, olvidada de sus propias penas, para consolar las de su hermana, las del hombre, en su concepto el único que podia hacerla feliz en la vida, pero que se habia consagrado á Rosalía; Isabel decimos, procurando ganar el corazon de su madre para inclinarlo en favor de Gabriel, pasaba el tiempo ocupada en pensar los medios de labrar la ventura de los jóvenes, que tanto se adoraban, en ser el ángel de su guarda.

— Es necesario que lo que ha perdido Gabriel á

los ojos del mundo que se paga de las apariencias, lo recupere. La gloria borra todos los recuerdos tristes de las personas que la alcanzan : él puede conseguirla, y yo quiero contribuir á proporcionársela.

Esto pensó Isabel, y tomó sus medidas para que el cuadro del pintor fuese admitido en la exposicion. Por una gracia especial fué aceptada la obra de Gabriel dos dias antes de abrirse al público el gran salon del Ministerio de Fomento; y los elogios fueron unánimes en el público y en la prensa : estos últimos no llegaban á noticia de Gabriel, pero su jóven protectora los recogia, regalaba con ellos el oido de su hermana, los leia á su madre, y los conservaba para ofrecérselos á Gabriel cuando pudiera verle.

A pesar de ocuparse en estas tareas filantrópicas, no dejaba de vez en cuando de sentir en el fondo de su alma el dolor que solo pueden comprender los que aman sin esperanza, y para consolarse buscó un confidente en el venerable Don Pedro, interesado como ella en no descubrir un secreto que podria alterar la felicidad de los dos jóvenes amantes.

En cambio, el sacerdote hizó á Isabel otra con-

fianza. Hemos dicho que recibió de su apoderado de Baztan una carta, y su contenido, confiado á la hermana de Rosalía, aumentó sus esperanzas de poder ofrecer dias de una ventura inmensa al hombre que habia salvado su vida en otro tiempo.

Las cosas estaban en esta situacion, cuando á fines de Setiembre, decidió la Marquesa volver á su casa de Madrid.

Antes de partir, habló Isabel á su madre:

—Ya sabes, madre mia, le dijo, que nuestro buen amigo Gabriel es inocente, que su presencia ha salvado á mi hermana de ser la esposa de un hombre indigno cuando te pidió su mano, redimido hoy por el dolor y digno de la piedad de los buenos corazones. Tambien sabes el inmenso cariño que Rosalía y Gabriel se profesan desde hace algunos años. Yo los conozco, y sé que su separacion será su muerte. ¿No querrás que tus hijas sean felices?

—¿Qué me propones, Isabel?

—Te propongo, mamá, que, como siempre has hecho, proporciones el bien á Rosalía y al hombre que mas dicha pueda darle en el mundo.

— Nunca, Isabel : ese enlace deshonraria á nuestra casa.

— ¿Es Gabriel por ventura un criminal?

— No : pero lo sabemos nosotras solamente : cuantos presenciaron la fatal escena saben al menos que su padre fué un criminal en su juventud, y aun cuando les dijéramos lo contrario, no lo creerian nunca.

— La verdad triunfa siempre de la calumnia.

— De todos modos recaerá la culpa sobre su padre.

— ¿Y pedirás al hijo cuenta de las acciones del autor de sus dias?

— Yo no, Isabel, pero el mundo...

— ¡El mundo! el mundo, madre mia, se equivoca casi siempre.

— Así será, pero vivimos en él... y nuestra posicion nos obliga á guardar las conveniencias.

— Y si Gabriel fuera un hombre privilegiado, si con su gloria borrase su pasado de desgracia, si su virtud brillase, y la sociedad que le condena le admirase y le enalteciese; si al mismo tiempo se aumentara con su renombre su fortuna y su posicion

adquirida por medio de un decoroso trabajo de una honradez heróica, igualase á la nuestra; si todo esto alcanzase, y te pidiese la mano de tu hija en la seguridad de que la haria feliz, ¿ se la negarias...?

— Entónces... pero eso no puede suceder.

— Sucederá, madre mia, sucederá; y tú podrias hacer que este venturoso porvenir se anticipase, tú podrias dar un noble ejemplo á esa sociedad espléndida en cuyo seno vivimos, haciendo justicia á las prendas del alma de un jóven calumniado. Las censuras que temes se tornarian en alabanzas, porque hay una Providencia que vela al lado de los buenos, y que refleja con la aureola que les ofrece á los que se glorifican glorificándolos. Animo, madre mia: vayamos á Madrid, veamos á Gabriel.

— Eso nunca... jamás... mi determinacion es irrevocable. Si necesitan mi apoyo, se lo prestaré, pero sin verlos.

— Bien, sea como quieras... quizás, mas tarde, el sentimiento de la dignidad que se cree ultrajada se verá dominado por el santo y purísimo de la caridad. Las bendiciones son demasiado dulces en la vida para no desearlas.

Esta conversacion terminó así : Isabel concibió un nuevo plan, esperó con ansia el momento de volver á Madrid. Rosalía tambien lo deseaba, porque su corazon le anunciaba la realizacion de sus deseos, y sabia que un corazon enamorado no se engaña jamás.

El último dia de Setiembre, se apearon del carruaje delante de la casa de la calle del Barco.

Volvamos á ocuparnos del enfermo.

CAPITULO XXXI

Amor filial.

El dia 5 de Octubre amaneció Valdivia mas aliviado. El médico le mandó levantarse y permanecer algunas horas sentado en un sillon en el gabinete contiguo á su alcoba.

A las doce del dia llamaron tres señoras á la puerta de la casa del sacerdote.

La anciana que le servia, abrió.

— Cómo se halla el enfermo? preguntó la Marquesa deteniéndose con sus hijas en el recibimiento.

— Hoy está algo mejor, pero todavía no se atreve el médico á darnos esperanzas. ¡Qué demudado se halla... qué abatido!... ¡Pobre señor!... Esta mañana le mandó el médico levantarse dos á tres horas

y salir de la alcoba al gabinete, para cambiar de atmósfera... Todo está ya dispuesto y dentro de algunos minutos le sacaremos en una butaca á que vea la luz, á que respire un aire puro.

— ¡Cuanto me alegraria verle, exclamó Rosalía!

— Si las señoras lo desean, avisaré al señorito.

— No... no... dijo vivamente la Marquesa... Nuestra presencia podria agravar el mal del Sr. de Valdivia. Vámonos...

— Tiene razon la señora, continuó diciendo el ama de llaves del sacerdote... el señor sufriria mucho viendo á Ustedes, pero hay un medio de que le vean sin ser vistas.

— Cuál?

— Cuál? preguntaron á un tiempo Rosalía é Isabel.

— Entren Ustedes en el cuarto de Don Pedro: el Sr. ha salido muy temprano porque hoy se dan los premios en la exposicion y no ha querido faltar. Allí pueden Ustedes estar un instante, y como el gabinete á donde vamos á llevar al enfermo, comunica por una puerta de escape, con la habitacion del señor, sin que nadie sepa que han entrado Ustedes,

pueden satisfacer los deseos que tienen de ver al desgraciado enfermo.

— Ya ves mamá, dijo Isabel, que puedes darnos gusto sin comprometer tu dignidad.

— No... porque llegará á saberse...

— ¿Y quién lo ha de decir?

— No sois prudentes... os he complacido viniendo hasta esta casa, y no contentas todavía, quereis que nos quedemos.

— Mamá... dijo con suplicante voz Rosalía.

— ¿Qué trabajo te cuesta? añadió Isabel... vemos á esos infortunados seres, su aspecto nos dirá si sufren privaciones, y si así es, como tú has decidido, obligamos á Don Pedro á que acepte nuestros auxilios, y nos vamos satisfechas.

— ¿Qué deciden Ustedes, preguntó el ama?

La Marquesa titubeó, pero vencida al fin...

— Bien, nos quedaremos un instante no mas, dijo, y despues nos despediremos para siempre de esta casa y de sus moradores.

El ama las condujo al cuarto de Don Pedro, y Rosalía entró en él ébria de gozo, porque iba á ver á su amante, mientras que Isabel, presintiendo el resul-

tado de aquel paso que daban, se prometia realizar su mas dulce esperanza, la de conquistar la felicidad... para otorgársela á Gabriel y á su hermana.

Dejémoslas, para internarnos en la habitacion del enfermo.

Valdivia habia cerrado sus ojos á las once, y un sueño reparador se habia apoderado de su abatido espíritu. Entretanto Gabriel permaneció á su lado como siempre.

Mas tranquilo al ver que su padre reposaba, y que el médico le habia ordenado levantarse, lo que en su concepto, era una promesa tácita de que le salvaria, se entregó á sus pensamientos íntimos, y olvidándose del pasado y del presente, engolfó su imaginacion en el porvenir.

— Dios escucha las plegarias de los buenos, se decia, yo creo en él, porque mi pobre madre, el ser mas desgraciado de la tierra creia y le adoraba. Sí... mi padre hallará la salud que con tanto fervor imploro para él; despues de las terribles pruebas porque los dos hemos pasado, sonreirá la vida para nosotros: los martirios de ayer conseguirán mañana

para nuestra alma la mas completa felicidad. Ahora mas que nunca siento bullir en mi mente la idea creadora, la inspiracion divina que produce las grandes obras de arte, que alcanza los laureles de la gloria, que borra los recuerdos tristes y lava las manchas que la sociedad ó las pasiones han dejado en nuestro corazon. El arte me dará un orígen noble, un nombre sin historia, mio, enteramente mio, hijo de mis acciones : este nombre me abrirá las puertas de la sociedad, con él conseguiré, una fortuna, y esta fortuna y mi gloria serán los títulos que presentaré para aspirar al bien supremo de llamar mia á la muger que, con su abnegacion y su entrañable amor, me ha guiado, me ha dado fuerzas en los momentos críticos, me ha sostenido y me ha animado. Este risueño porvenir es la ventura mas grande de la tierra, pero para alcanzarla son precisos innumerables sacrificios. Aun son pocos los que he hecho, tengo valor para soportarlos mas crueles todavía... El premio..., que yo consiga el premio... y no dudes, Dios mio, en enviarme mayores sufrimientos, en someterme á pruebas mas terribles.

Gabriel no era como esos hombres, que se quejan

de la Providencia, porque no recorren una senda de flores, porque cada minuto no les ofrece una dicha inefable, sin hacer los méritos para obtener estos beneficios, y sin cuidarse en sus horas de bienestar del Ser Supremo, á quien los deben.

Satisfecho de sí, y este es el mayor goce de la vida, esperó Gabriel á que su padre despertara, para trasladarle al gabinete.

El dia estaba nublado, y la débil luz que penetraba en la habitacion del enfermo, reflejándose en sus facciones demacradas, le imprimia un sello fúnebre que no asustaba á Gabriel, porque estaba acostumbrado á verle, y porque esperaba.

Cuando llamaron á la puerta la Marquesa y sus hijas, se despertó Valdivia.

— Gabriel... dijo con apagada voz... quisiera levantarme. Acto continuo dispuso el jóven lo necesario para complacer al enfermo. Cuando llegó el ama, entre ella, Juan el ciego, y Gabriel, le colocaron en una butaca y le sacaron al gabinete.

El cambio de aposento y el efecto de la luz, produjeron en Valdivia un desmayo : de tal manera estaba débil.

Repuesto ya, pidió que le dejaran solo con su hijo, necesitaba hablarle con toda su alma, desahogarse; y aquel instante en el que se encontraba algo aliviado, queria aprovecharlo para ganar con la lealtad y el amor, lo que con la ambicion y la infamia habia perdido anteriormente.

Padre é hijo quedaron solos. El gabinete era bastante grande : á los dos lados habia dos puertas vidrieras, una correspondiente á la alcoba de donde habia salido Valdivia, y otra al cuarto de Don Pedro. En los lados opuestos habia un balcon y la puerta que daba al recibimiento.

Gabriel y los criados colocaron la butaca al lado del balcon con el respaldo hácia la puerta del aposento del sacerdote. Los muebles eran todos modestos, las paredes estaban adornadas cun cuadros y bocetos del jóven pintor. Desde su asiento podia ver Valdivia dos retratos, el de Lucía y el de su padre.

Cuando despues de su desmayo abrió los ojos, no pudo menos de dirigir sus miradas hácia el retrato de la madre de su hijo, y una lágrima resbaló por sus megillas, al mismo tiempo que estrecha-

ba las manos de Gabriel, quien se habia sentado en una banqueta al pié de la butaca de su padre.

— ¡Hijo mio! exclamó profundamente conmovido.

— ¿Quiere usted algo padre?

— Sí... quiero que no me niegues ese nombre dulcísimo que me acabas de dar, quiero que me lo repitas á cada instante, porque con él derramas en mi alma un bálsamo consolador.

— Padre...

— No estés ahí á mis piés... ven á mis brazos... aun tengo fuerzas para sostenerte.

El enfermo se incorporó y estrechó á Gabriel con una efusion indescriptible...

— ¿Cómo se encuentra usted? le preguntó el jóven despues de una breve pausa.

— Oh! muy bien, hijo mio... viviré... viviré para tí, porque Dios perdona y le he pedido que me deje resarcirte con mi adoracion de los dolores que te he causado con mi abandono, ¡cuánto te he hecho sufrir!

— No hablemos de eso nunca...

— He sido muy cruel, y jamas me perdonaré, aun-

que tú hayas perdonado, las lágrimas que te he hecho derramar y ha derramado tu pobre madre.

— Un error no es un crímen, padre mio, y la Providencia disculpa los errores.

— Es verdad, pero deja al alma envilecida con su conciencia y la mia me atormenta sin cesar... ¡Ah! si tú conocieras mi pasado, si tú supieras cuan infame he sido... necesito confiártelo; pero no puedo, no, me aborrecerias, y necesito que me adores.

— ¡Aborrecer á usted! nunca, el odio no cabe en mi alma, porque no sabe odiar el que ha conocido la desgracia. Sufro sí, pero sufro al comprender los tormentos que usted padece, al no poderlos aliviar.

— ¡Qué alma tan noble!... yo no merezco un hijo como tú... soy indigno de tu cariño.

— Me ha dado V. su sangre, hago lo que me dicta mi corazon.

Mi pobre madre me enseñó á respetar al autor de mis dias y me inspiró el cariño que le profeso á V. Ni una palabra para culparle pronunciaron sus labios, ni una queja... hasta en sus últimos momentos, impulsada por el amor que sentia hácia el

padre de su hijo, se despidió de V. con una bendicion.

— ¡Angel mio... y yo tan infame!... es necesario que te cuente mi depravada vida... que sepas á quién debes el ser, para que maldiciéndome, huyas de mi lado y me condenes al suplicio que mi maldad merece... Escucha...

— No... nada debo saber... El hijo no puede elegir padre, Dios se le da y le manda que le honre y le respete. Si el padre le niega un nombre y le abandona, no puede ser su juez, ni su verdugo. Solo Dios puede juzgar y castigar, y ya lo sabe V. padre mio, su misericordia es infinita.

— Sí, Gabriel, tienes razon... y su justo castigo es mucho mayor para mí, despues de escuchar los nobles sentimientos de tu alma, que si me despreciases, que si me maldijeses. No hay perdon para un padre criminal, y soy el mas desventurado de los hombres, porque solo al borde de la tumba es cuando conozco la única, la mas santa, la mas pura, la mas eterna de las felicidades de la vida, el amor paternal. Tu madre hubiera hecho mi felicidad, yo la amaba, pero no podia decir mi nombre á su fami-

lia, no era posible nuestra union, la obligué á abandonar el santo hogar donde dejaba á un padre, la engañe, y al verme sin recursos no tuve valor para confesarle mi iniquidad. Descubrí el porvenir que me aguardaba, y fuí bastante infame para abandonaros á la miseria, al oprobio... Ay! hijo mio, hoy daria mil vidas por llamarla mi esposa. Solo muriendo, solo perdiéndote, podré redimir mi delito, y me resigno. En el cielo todas las almas son puras, y allí unido para siempre con tu madre, bendecidos por Dios, velaremos constantemente por tí.

— Si ella me escucha, le pedirá que yo no quede huérfano.

— Solo por tu virtud podria conseguir ese precioso don. Pero no es mi ventura lo que quiero, sino la tuya...

— Yo, padre mio, soy muy feliz al lado de V. Hasta ahora he conquistado la tranquilidad de mi alma dando por odio amor, y hoy al dar amor por amor, soy mas dichoso que nunca. La Providencia nos ha reunido...

— Sí, nos ha reunido cuando queria robarte el amor de Rosalía. Escúchame Gabriel, yo no la amaba,

pero acostumbrado á una vida opulenta, veia acercarse el dia de mi ruina. La codicia inspiró mi proyecto : por otra parte la vejez me asustaba, no habia olvidado que por mi causa eran dos seres desgraciados, y mi conciencia me recordaba que llegaria la hora del castigo. No os buscaba porque me figuraba que me maldeciríais, y movido por el temor, por la avaricia, fijé mis ojos, para hacerla infeliz, en la muger que habia enjugado las lágrimas que te costaba mi abandono. Hoy, no sé lo que daria por verte unido á ella. ¿La adoras, no es verdad?

— Sí, padre mio, sí; porque la hallé al borde del sepulcro de mi adorada madre, porque allí me ofreció un cariño que es el que me ha dado fuerzas para soportar las adversidades, el que ha puesto en mi mano el pincel, el que ha animado mis ilusiones. Consagrarle mi vida, ofrecerle una existencia venturosa, adquirir un nombre glorioso para dárselo, conquistar la admiracion del mundo para que ella la reciba, conseguir una fortuna que pueda proporcionarle horas sin fin de alegria, de goces, es mi mayor anhelo. Pero ay! todo ha acabado, Rosalía no cesará de amarme nunca, yo

la adoraré siempre : sin embargo la sociedad nos ha separado, y ya nadie nos unirá.

Al acabar de pronunciar Gabriel estas palabras, se abrió la puerta del cuarto de Don Pedro, y salió la Marquesa acompañada de sus hijas.

— Sí, amigo mio, dijo adelantándose hácia el interesante grupo que formaban el padre y el hijo, y tendiendo la mano al jóven con la mas viva emocion añadió, sí, encontrará V. quien le una á Rosalía. Ella cumplirá sus promesas, y yo si no le amase á V. como le amo, le pediría que lo hiciese, porque los hombres como V., merecen que cuantos los rodean, se consagren á labrar su felicidad. Rosalia será su esposa : si el mundo no comprende mi determinacion, poco me importa, yo estaré satisfecha, y bendeciré una union que Dios me manda bendecir.

Difícilmente podriamos describir la impresion que la inesperada aparicion de la Marquesa acompañada de sus hijas, y su increible lenguaje, produjeron en los corazones de Valdivia y su hijo.

El pobre enfermo sintió en el fondo de su alma una alegría y un rubor tan inmensos, que quiso hablar y no pudo hacer mas que bajar sus ojos

avergonzado y bendecir la mano de la Providencia que le castigaba acariciándole.

Gabriel por su parte se figuraba que era un sueño cuanto oia y veia.

Rosalía é Isabel le despertaron estrechando sus manos.

— Usted aquí... señora!... exclamó Gabriel.

— Sí, yo... que he sorprendido cuanto usted y su padre han hablado, yo que estoy decidida á ofrecer el consuelo que necesita, al alma mas noble de la tierra.

— Ah! Marquesa...

— Quién como usted, sabe honrar á su padre, quien como V. posee un corazon privilegiado, debe salir triunfante en las luchas del mundo. Animo, amigo mio... Su padre vivirá para bendecir conmigo el amor que V. y Rosalía se profesan.

— Antes señora, murmuró Valdivia tratando de levantarse para caer á los piés de la Marquesa, antes es necesario que yo oiga de sus labios mi perdon.

— Don Diego, yo perdono á los que se arrepienten. No hablemos nunca del pasado, pensemos solo en el

porvenir. Desde hoy Gabriel, tendrá V. en mí una madre.

— No puede ser señora, dijo Gabriel repuesto ya de la primera emocion... todavía no soy digno de aspirar á la dicha de llamarme su hijo. Cuando conquiste con mi pincel gloria para mi nombre, cuando haya ganado una fortuna con mis obras, entonces yo mismo iré á pedir á V. lo que hoy me ofrece.

— Gabriel! dijeron á un tiempo con suplicante voz Isabel y Rosalía.

Las últimas palabras del jóven, causaron un efecto doloroso en el alma de todos los que las escucharon, pero este efecto no duró mucho, porque el venerable sacerdote entró al mismo tiempo que las pronunciaba, y abrazando á su nieto :

— No, hijo mio, no tienes que esperar para conseguir esa dicha que ambicionas, exclamó derramando lágrimas de alegria : eres rico, y tu nombre de hoy mas será glorioso.

— Señora, añadió dirigiéndose á la Marquesa, mi nieto es poseedor de los bienes de su madre, esta escritura que le entrego en presencia de Ustedes es una donacion de cuanto yo poseo ; y ademas, una

noticia que voy á comunicarle, realizarlá por completo sus deseos. El cuadro que ha obtenido los aplausos del público, acaba de alcanzar el primer premio, la medalla de honor, y el nombre de Gabriel repetido con entusiasmo en todas partes, será en lo sucesivo una gloria de España. Yo le pido á V. la mano de Rosalía para Gabriel.

Cuando cesó de hablar, Rosalía no pudo contenerse y corrió á echarse en los brazos del jóven.

Isabel y la Marquesa lloraban.

Don Pedro contemplaba aquel cuadro enternecido.

El pobre enfermo, no pudiendo soportar la inmensa felicidad que le otorgaba la Providencia, cayó desmayado.

Gabriel se acordó de su madre.

— Sí, hay un Dios, dijo en lo mas íntimo de su alma. ¡Bendita seas, madre mia, que me has dado la vida para comprenderle y adorarle!

CAPITULO XXXII

El mayor castigo.

Como habrán visto nuestros lectores, al referir la historia de Gabriel, no hemos buscado efectos dramáticos con el solo fin de interesar su atencion, hemos observado cuidadosamente la naturaleza, y hemos tratado de reproducirla.

No es pues nuestro libro una mera invencion: al ocuparnos practicamente, en el exámen de una cuestion tan palpitante en todos los tiempos y en todos los paises como es la del amor filial, considerado en su naturaleza, no en sus condiciones sociales, hemos estudiado el corazon humano, le hemos adornado con todas las virtudes conocidas en el órden moral, le hemos llevado á las situaciones mas desesperadas para preguntarle en ellas sus sen-

timientos, le hemos sorprendido en la desgracia aspirando al bien, y le hemos seguido paso á paso deteniéndonos con él ante los obstáculos, le hemos dejado en plena libertad, y le hemos visto salir triunfante despues de una desesperada lucha. La obra predilecta de Dios, el hombre favorecido con las virtudes, que cuanto ve le inspiran, ha vencido á los tenaces enemigos de su felicidad, ha respetado las leyes de la naturaleza porque las ha comprendido, y ha alcanzado el infalible y supremo momento en que cesan las pruebas dolorosas para gozar del premio conquistado con la abnegacion, con el heroismo.

No sabemos si hemos logrado definir lo bastante esos dolores que llenan una gran parte de la vida de los hijos que no han nacido dentro de las condiciones legales que cada sociedad ha establecido, no sabemos tampoco si al abogar por la redencion, si así puede llarmase, del hijo natural, hemos aducido las verdaderas razones en que debe fundarse esta vindicacion tan justa, tan santa; pero sí creemos haber consolado á las pobres madres, estraviadas un instante, angustiadas y llorosas toda la vida, sí, creemos haber dado un ejemplo á los seres que no

pueden llamarse hijos legítimos, exhortándolos á abrigar en su alma la fe, á seguir los impulsos de la honradez.

En cuanto á los padres...¿qué mayor castigo puede haber para un hombre que falta á sus deberes, que el entrañable amor de un hijo, cuando su conciencia le repite á cada instante que no es digno de él?

Vean ahora nuestros lectores el castigo que reservaba la Providencia al seductor de la hija de Don Pedro.

Al verle desmayado, todos acudieron en su socorro. Cinco minutos despues, volvió en sí...

— Es verdad... preguntó con voz convulsa, es verdad cuanto he oido... ? Usted, señora, usted me perdona... Usted bendice su union... es rico... ha conseguido el premio, ah ! repítanmelo Ustedes por Dios, que esto no sea un delirio... Hijo mio... háblame...

Don Pedro satisfizo sus deseos, confirmando sus creencias.

Imposible es describir la agitacion que se pintó en el semblante del enfermo.

—¿Conque es cierto, exclamó pugnando por levan-

tarse, conque es cierto... conque te han laureado, conque todos te aplauden y celebran tu nombre? Ah! ¿cómo no vivir para poder gozar de tu felicidad...? sí, viviré, continuó diciendo exaltándose por instantes; y no nos separaremos nunca? no es verdad hijo mio? Tú me amarás siempre y yo no seré tu padre, seré tu esclavo, no te exijiré mas sino que me dejes contemplarte todos los dias, besar las huellas de ese ángel que con el purísimo amor de la esposa, va á ofrecerte una existencia de venturas sin fin... Venid, venid... todos conmigo... no os separeis de mi lado... decidme que me perdonais... que os apiadais de mí.

Al terminar cayó de nuevo desmayado, y mientras le auxiliaban la Marquesa, sus hijas y Gabriel, salió el sacerdote al encuentro de un enviado del jurado de la exposicion, que acompañado de varios pintores y amigos de su nieto, iba á ofrecerle el diplóma y la medalla de oro que habia ganado.

La explosion de aplausos y de vítores que habia resonado en el salon de la adjudicacion de premios al publicarse la noticia de que el cuadro de Gabriel habia sido premiado con la medalla de oro, se re-

pitió por aquella muchedumbre entusiasta al entrar en la habitacion del jóven artista.

El cuadro era interesantísimo.

Los recien llegados, ébrios de alegria y de admiracion, dispuestos como iban á llevarse en triunfo á Gabriel, enmudecieron al contemplarle al lado de su padre moribundo... moribundo sí, porque el gozo mata, y el que habia experimentado, le habia herido de muerte.

La convulsion interior del enfermo era terrible. Sentia que las fuerzas le abandonaban, y queria mas que nunca vivir, porque empezaba á comprender la vida.

Galvanizado, por decirlo así, con la emocion que experimentaba, levantándose de pronto...

— Vamos, hijo mio, vamos, dijo con apagada voz, quiero verte gozar el triunfo que has logrado.

— No, padre mio, contestó Gabriel, no necesitamos salir de aquí para que yo sea el mas feliz de los hombres. A usted debo la vida y mi primer triunfo debe ser para mi padre.

Tomando en seguida la medalla de oro de manos de Don Pedro y entregándosela :

— Recíbala usted, le dijo... suya es.

Valdivia profundamente enternecido, le estrechó contra su corazon, quiso llorar, no pudo, y cayó en la butaca estenuado.

Se ahogaba, y la agitacion que produjo este suceso en todos los circunstantes es imposible de pintar.

— Un médico... gritó Gabriel al ver en el rostro de su padre la sombra de la muerte.

Cada cual se apresuró á auxiliarle : algunos salieron á buscar al médico.

La ansiedad que todos experimentaban al ver que no volvia en sí, era inmensa.

Isabel rezaba.

Rosalía lloraba y no queria soltar la mano de su amante.

La Marquesa estaba consternada.

Don Pedro comprendia que el mal del seductor de su hija no tenia remedio, porque su enfermedad era un castigo de la Providencia.

Gabriel estaba profundamente conmovido : se hallaba en el colmo de la felicidad y todavía le sometia la mano del Todo-poderoso á una prueba cruel.

Juan, el pobre ciego, oraba pidiendo á Dios que devolviese la salud al hombre que le habia robado la luz.

Los circunstantes, que habian llegado dispuestos á participar del regocijo del artista triunfante, permanecian estáticos, y se lastimaban del acerbo dolor que laceraba el corazon del jóven laureado.

El médico llegó... el aspecto del enfermo le hizo augurar que su fin, si no habia llegado, estaba próximo.

Algunos estimulantes le volvieron á la vida al cabo de veinte minutos, pero no pudo moverse. Tenia la cabeza reclinada sobre una almohada, Gabriel se hallaba á su izquierda, Rosalía á su lado, la Marquesa, el doctor y el sacerdote á la derecha, Isabel algo retirada y llorosa, Juan y los asistentes rodeaban al grupo principal.

Valdivia entreabrió los ojos fijándolos con una fuerza irresistible en Gabriel. Al mismo tiempo sus crispadas manos cogieron las de su hijo.

— Me ves? le preguntó...

— Sí, padre mio, murmuró el jóven.

— Te acordarás de mí... me llorarás cuando me pierdas... ah! sí, ya veo lágrimas en tus ojos...

gracias, Dios mio... ahora cúmplase tu voluntad... Un confesor... un confesor...

— No padre mio, V. no morirá... yo necesito su cariño que me ha faltado tanto tiempo... La Providencia es justa.

— Sí, lo es... porque castiga una vida de abandono y de infamia... : cuando empiezo á sentir y á comprender las únicas felicidades de la tierra... cuando adorándote seria el mas venturoso de los hombres, me separa de tí... porque no debe el verdugo disfrutar del perdon de su víctima... Este castigo es el mayor, el mas intenso, el mas terrible... pero lo merezco y lo quiero. Sí, quiero ir á reunirme con mi esposa... Animo, hijo mio... mira siempre allá arriba, y nuestras miradas se encontrarán... Me ahogo... Gabriel... Ven... y tú, hija mia... ven... hazle muy feliz... dadle todo lo que yo le he robado en la niñez y en la adolescencia, dádselo que os lo pide el ser mas desgraciado del mundo... Ah!... se me parte el corazon... aquí, aquí... está la herida que me mata... Perdon, Dios mio... perdonádme... V. Señor Don Pedro... V. Marquesa... vosotros hijos de mi vida... Lucía... Lucía... yo mue... ro... so... co... rro... so... co...

No pudo concluir, cayó exánime y espiró.

Todos se hincaron de rodillas en torno suyo, y el sacerdote le bendijo.

Aquel cuadro... — no, renunciamos á pintarlo... era preciso verlo. . . . . .

. . . . . Ya lo hemos dicho : *lo que la sociedad no castiga, lo castiga la Providencia!* ¿Cuál castigo es mayor... ?— No hay que olvidar jamas, que al otorgaros el libre albedrio, han dado una eterna compañera á nuestro corazon... la conciencia!!

EPILOGO

. . . . . .

. . . . . .

Gabriel y Rosalía se unieron un año despues, y partieron al valle de Baztan.

En el jardin de la casa de campo donde habia pasado su niñez la desventurada Lucía, se construyó un sepulcro donde mas tarde fueron unidos los padres de Gabriel.

El sacerdote y Juan acompañaron á los esposos, yendo á morir en donde habian nacido.

Isabel y la Marquesa quedaron en Madrid.

Don Pedro que enterró á Diego, bendijo la union de Rosalía y Gabriel, y bautizó á su primer hijo.

Isabel que era un ángel halló un consuelo eficaz á sus dolores. La Providencia quiso ofrecerle, al conquistar para Gabriel la felicidad, un gozo mucho mayor que el que esperaba amándole y siendo amada.

Gabriel continua pintando, y su pasada historia y su dicha presente, son los vivísimos manantiales de su inspiracion. Es un hombre dichoso, y sus hijos harán con él lo que hizo con su padre.

Rosalía le adora cada dia mas.

Para dar fin á nuestra historia, añadiremos que Juanito, desesperanzado de obtener el corazon de su prima, se dejó robar por una amazona del Circo Olímpico, y hoy viaja por Europa con su deidad ecuestre.

Los hombres llevan su destino en su corazon!

FIN

INDICE

Capitulo	I. El convento de Pau.	9
—	II. La plegaria de una madre.	21
—	III. El Valle de Baztan.	27
—	IV. El emigrado.	39
—	V. Tardes de Otoño.	47
—	VI. El rapto.	55
—	VII. La seduccion.	69
—	VIII. El abandono.	75
—	IX. Lo que es el mundo.	85
—	X. Dios y el hombre.	91
—	XI. Una indiscrecion del autor.	99
—	XII. Sueños de gloria.	109
—	XIII. El pobre ciego.	127
—	XIV. El perdon.	137
—	XV. Fragmentos de varias cartas.	149
—	XVI. Recuerdos y deseos.	159
—	XVII. Esperanzas y dudas.	169

Cap. XVIII. Rosalia. 179
— XIX. Un paso decisivo. 191
— XX. Alegria y dolor. 201
— XXI. Misterios de la vida. 213
— XXII. Los buenos y los malos. 221
— XXIII. Dos resoluciones. 235
— XXIV. Recuerdos inoportunos. 247
— XXV. Una revelacion dolorosa. 267
— XXVI. Lo que puede el amor. 279
— XXVII. Justicia de Dios. 287
— XXVIII. El hijo natural. — La sociedad. — La ley. 307
— XXIX. Aclaraciones. 313
— XXX. El ángel de la guarda. 319
— XXXI. Amor filial. 327
— XXXII. El mayor castigo. 343
Epilogo. 353

FIN DEL INDICE

POISSY. — IMPRENTA DE A. BOURET.

J. Nomolla

de

Hijo

Natural

BIBLIOTECA
DE LOS
NOVELISTAS

LIBRARY OF CONGRESS
0 022 011 468 5

LIBRARY OF CONGRESS
0 022 011 468 5